

Ensayo histórico
sobre la noción de
Estado en Chile
en los siglos XIX
y XX

Mario Gongora

Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX

Mario Góngora



Prefacio

Los ensayos sobre el Estado Nacional Chileno que he reunido en este volumen tuvieron su origen en los sentimientos de angustia y de preocupación de un chileno que ha vivido la década de 1970 a 1980, la más crítica y grave de nuestra historia. Esos sentimientos me han forzado a mirar y a reflexionar sobre la noción de Estado, tal como se ha dado en Chile, donde el Estado es la matriz de la nacionalidad: la nación no existiría sin el Estado, que la ha configurado a lo largo de los siglos XIX y XX.

El Estado, para quien lo mira históricamente —no meramente con un criterio jurídico o económico— no es un aparato mecánicamente establecido con una finalidad utilitaria, ni es el Fisco, ni es la burocracia. Es, como dijo Burke, algo “que no debiera ser considerado como apenas mayor que un contrato de sociedad para negocios sobre pimienta o café, telas de indiana o tabaco, u otro objetivo de pequeña monta, para un interés transitorio y que puede ser disuelto al capricho de las partes. Debe ser considerado con reverencia; porque no es una sociedad sobre cosas al servicio de la gran existencia animal, de naturaleza transitoria y perecedera. Es una sociedad sobre toda ciencia; una sociedad sobre todo arte; una sociedad sobre toda virtud y toda perfección. Y como las finalidades de tal sociedad no pueden obtenerse en muchas generaciones, no es solamente una sociedad entre los que viven, sino entre los que están vivos, los que han muerto y los que nacerán”. Y diríamos también, con Spengler, “el verdadero Estado es la fisonomía de una unidad de existencia histórica”.

Estos ensayos no se pueden adscribir a la historia política, social, económica o cultural; son historia de una “noción”, sin perjuicio, como es natural, de tocar aquellas materias en cuanto hagan comprensible esa noción; de otra manera, ésta sería una mera abstracción.

Se trata aquí esta historia en forma de “ensayos”, esto es, en una forma libre y abierta, sin ninguna pretensión de sistema, ni con las exigencias rígidas de una monografía. Un ensayo histórico

es también una investigación, pero su objetivo es hacer considerar o mirar algo, sin tratar de demostrarlo, paso a paso.

Debo expresar mis reconocimientos a aquellos que me han facilitado el uso de libros o de noticias bibliográficas: a Horacio Aránguiz, Hernán Godoy Urzúa, Crescente Donoso, Ricardo Couyoumdjian, Gonzalo Izquierdo, Teresa Pereira, Joaquín Fernandois, Ricardo Astaburuaga, Víctor Vargas Cariola, Cristián Gazmuri, Isidro Suárez, Alvaro Góngora. Debo también gratitud a Jorge Marshall Silva, por instructivas conversaciones con él sobre conceptos económicos. Y, en fin, a los ayudantes de investigación Enrique Brahm y Pilar Ibieta.

El Estado Nacional Chileno en el siglo XIX

Chile, tierra de guerra

La imagen fundamental y primera que de Chile se tiene es que constituye, dentro del Imperio Español en las Indias, una frontera de guerra, "una tierra de guerra". A ésta consagran sus poemas épicos *Ercilla* y *Pedro de Oña*. *Góngora Marmolejo* compara Chile "a la vaina de una espada".¹ Los cronistas de los siglos XVI al XVIII consagran la mayor parte de sus obras a la guerra de Arauco. Cuando se crea un ejército permanente a lo largo de las riberas del Bío-Bío, en los primeros años del siglo XVII, que defenderá en adelante el territorio en lugar de los encomenderos, se van diferenciando en Chile dos regiones, cada una con su particular fisonomía. El Norte y el Centro, las ciudades de Santiago y La Serena, con sus respectivos territorios jurisdiccionales, eran el país pacificado, donde residían las supremas autoridades de la Gobernación. Allí se producía la riqueza minera, en el Norte Chico, y la riqueza ganadera y agrícola del Centro, que se exportaban al Perú. Los indígenas de esa región, ya pacificados y distribuidos en encomiendas y estancias de los españoles y criollos (los pueblos de indios que se conservaban hacia 1640 eran ya muy escasamente habitados), van a sufrir un creciente mestizaje biológico y cultural: es lo que ya en el siglo XVIII es la capa "popular" de Chile. A esos mestizos se agregarán negros, mulatos, zambos, blancos pobres. La sociedad así configurada es aristocrática, en el sentido de que rangos sociales y razas están plenamente jerarquizadas en forma piramidal; los valores y las formas simbólicas de la

clase superior son imitados y finalmente incorporados por las capas medias e inferiores.

Pero si el Centro era la residencia del Gobernador y de la Real Audiencia, al Sur estaba la "frontera de guerra", que se anticipaba ya desde el sur del Maule y se extendía después por el Bío-Bío, en una línea de fuertes que se alineaban desde la bahía de Arauco hasta la precordillera; las autoridades políticas, militares y eclesiásticas residían en la ciudad de Concepción. El ejército, de unas dos mil plazas en el siglo XVII, tenía a lo más un mil en el siglo siguiente, en que "la guerra viva" era menos frecuente. Era en todo caso un grupo militar de gran tamaño relativo en las Indias, donde por regla general no hay guarniciones permanentes, salvo en los fuertes del Caribe y en las fronteras del norte de México y del norte del río de La Plata, separando el Imperio Español del Portugués. Chile era para España "el antemural del Pacífico", y por eso había de mantenerse, apesar de que su aporte financiero al Fisco Real era escaso y a veces deficitario.

Durante la segunda mitad del siglo XVIII, el llamado Despotismo Ilustrado se caracterizó no solamente por medidas administrativas, fiscales, eclesiásticas y educacionales, sino también por una más intensa militarización, a fin de defender las posesiones españolas de los ataques ingleses. Por eso, en la frontera de guerra se reparan los fuertes, se refuerzan las guarniciones y se da una mayor disciplina militar a las milicias vecinales, que hasta entonces tenían escasa significación para la guerra.

La sociedad de esa "frontera de guerra" era mucho más pobre que la de Santiago y La Serena, y más caracterizada por el sello guerrero y soldadesco. El mestizaje era muy intenso, debido a la presencia del ejército y sus continuas "entradas" en tierra de indios, de las que volvían con mujeres, además de niños y ganados.

Más al sur de esa frontera vivían una vida separada del resto los fuertes de Valdivia y la isla de Chiloé, con su sociedad extremadamente pobre y arcaica.

Podemos decir que, desde el punto de vista económico, tenía más valor el país pacificado; pero el país militar del Bío-Bío tenía fundamental importancia defensiva y caracterizaba la imagen de Chile como país de guerra. Más aún: cuando Santiago quería eximirse de nuevas cargas tributarias —como cuando el Conde-Duque de Olivares quiso implantar la "Unión de Armas"—, los vecinos de la capital, para eximirse, alegaban en sus presentaciones ante las autoridades españolas que también

Santiago estaba sujeto a deberes propios de una tierra de guerra.

Pues bien, en el siglo XIX la guerra pasa a ser también un factor histórico capital: cada generación, podemos decir, vive una guerra. Primeramente, la ofensiva lanzada en 1813 por el Virrey del Perú desencadenó las guerras de la Independencia, que trajeron como consecuencia la creación del nuevo Estado y que se prolongaron en la "guerra a muerte" contra los realistas del Sur y en la campaña para la liberación del Perú, bajo el mando de San Martín. Más tarde se suceden, a lo largo del siglo, la guerra de 1836-1839 contra la Confederación Perú-Boliviana de Santa Cruz, la guerra naval contra España (1864-1866), la guerra del Pacífico (1879-1883), vivida como guerra nacional, y por último la guerra civil de 1891. Mas no hay que olvidar la inacabable "pequeña guerra" contra los araucanos, con sus periódicas entradas en la selva y en los reductos indígenas, los incendios de siembras, los mil ardidés de la "pequeña guerra", que remata en un levantamiento mayor en 1880, que sólo puede considerarse definitivamente aplastado en 1883.

El siglo pasado está pues marcado por la guerra, y el símbolo patriótico por excelencia es Arturo Prat, un marino caído en un combate perdido.² Todavía en la primera década de este siglo subsiste en el exterior la imagen de Chile como país guerrero. Miguel de Unamuno le escribía a un admirador, Luis Ross Mujica, hablando de Chile como "un país de cartagineses, organizado para el botín de guerra, y al cual el salitre ha corrompido".³

Mas desde el fin del siglo el rasgo guerrero comienza a palidecer y se esfuma en el transcurso del siglo XX. Ya Pedro Balma-ceda Toro, el hijo del Presidente, atestigua una sensibilidad disidente cuando escribe, bajo el seudónimo de A. de Gilbert, en sus "Estudios y ensayos literarios": "En Chile somos esencialmente patriotas: tenemos la furia del patriotismo, que es una de las tantas enfermedades heroicas que sufren los pueblos jóvenes, sin tradiciones, con un pasado nuevo y que todo lo aguardan de su propia fuerza, de su virilidad... Y la marca creciente del patriotismo, del "amor sagrado de la patria", amenaza convertirse en la más estrepitosa revolución, en el socialismo artístico más desenfrenado, que sólo reconoce a los héroes que gritan desde las estatuas, que montan a caballo con toda la coquetería de un aficionado a la alta escuela... Y conozco gentes cuya vida no es más que una perpetua canción nacional, cantada en todos los tonos imaginables, pero sin acompañamiento de música".^{3 bis}

Pero por sobre este nacionalismo popular, caricaturizado por Pedro Balmaceda, la guerra suele ser también tema de pensamiento. El más importante documento en este sentido es sin duda la carta de Portales a Blanco Encalada, el 10 de septiembre de 1836, al anunciarle que se le ha designado comandante del ejército que va a luchar contra Santa Cruz en el Perú:

“Va usted, en realidad, a conseguir con el triunfo de sus armas, la segunda Independencia de Chile... La posición de Chile frente a la Confederación Perú-Boliviana es insostenible. No puede ser tolerada ni por el pueblo ni por el Gobierno, porque ello equivaldría a un suicidio. No podemos mirar sin inquietud y la mayor alarma la existencia de dos pueblos confederados y que, a la larga, por la comunidad de origen, lengua, hábitos, religión, ideas, costumbres, formarán, como es natural, un solo núcleo. Unidos estos dos Estados, aunque no sea más que momentáneamente, serán siempre más que Chile en todo orden de cuestiones y circunstancias. En el supuesto que prevaleciera la Confederación y su actual organizador, y ella fuera dirigida por un hombre menos capaz que Santa Cruz, la existencia de Chile se vería comprometida...

”La Confederación debe desaparecer para siempre jamás del escenario de América. Por su extensión geográfica; por su mayor población blanca; por las riquezas conjuntas del Perú y Bolivia, apenas explotadas ahora; por el dominio que la nueva organización trataría de ejercer en el Pacífico, arrebatándonoslo; por el mayor número también de gente ilustrada de la raza blanca, muy vinculada a las familias de influjo en España que se encuentran en Lima; por la mayor inteligencia de sus hombres públicos, si bien de menos carácter que los chilenos; por todas estas razones, la Confederación ahogaría a Chile antes de muy poco...

”La conquista de Chile por Santa Cruz no se hará por las armas en caso de ser Chile vencido en la campaña que usted mandará. Todavía le conservará su independencia política. Pero intrigará en los partidos, avivando los odios de los parciales de los O’Higgins y Freire, echándolos unos contra otros; indisponiéndonos a nosotros con nuestro partido, haciéndonos víctimas de miles de odiosas intrigas. Cuando la descomposición social haya llegado a su grado más culminante, Santa Cruz se hará sentir. Seremos entonces suyos. Las cosas caminan a ese lado. Los chilenos que residen en Lima están siendo víctimas de los influjos de Santa Cruz. Pocos caudillos en América pueden compararsele a éste en la virtud suprema de la intriga, en el

arte de desavenir los ánimos, en la manera de insinuarse sin hacerse sentir para ir al propósito que persigue...

"Las fuerzas navales deben operar antes que las militares, dando golpes decisivos. Debemos dominar para siempre en el Pacífico: ésta debe ser su máxima ahora, y ojalá fuera la de Chile para siempre..."⁴

Es posible que nunca haya sido visto con tanta claridad el destino de Chile, y a ese horizonte histórico de Portales correspondió precisamente la expansión territorial y la expansión comercial marítima de Chile en el siglo XIX. Pero esa guerra, en sus comienzos, distó mucho de ser popular: era una visión política de un nivel demasiado elevado. Una de las acusaciones lanzadas contra el ministro por Vidaurre fue justamente que "la guerra ofensiva" que se emprendía había sido forjada "por la tiranía y la intriga". Como lo señala F. A. Encina, la guerra vino a ser popular solamente después de la victoria de Yungay, y los frutos inmediatos los cosechó Bulnes.⁵

En todo caso, el que la imagen de un país guerrero se haya debilitado o desaparecido de la mente de los estadistas y del pueblo chileno, parece significar un hito en la periodización de nuestra historia nacional. 1891 marca por eso una fecha fundamental, la de nuestra última guerra, y también el final del "Estado Portaliano". Hay que meditar sobre el sentido de ese momento, una meditación cronológica, ya que desde allí se ilumina mucha parte de nuestra historia nacional, hacia atrás y hacia adelante.

La nacionalidad chilena ha sido formada por un Estado que ha antecedido a ella, a semejanza, en esto, de la Argentina; y a diferencia de México y del Perú, donde grandes culturas autóctonas prefiguraron los Virreinos y las Repúblicas. Durante la Colonia se desarrolla un sentimiento regional criollo, un amor a "la patria" en su sentido de tierra natal, de que nos dan amplios testimonios los cronistas como Alonso Ovalle y los jesuitas expulsos en Italia, una carta llena de nostalgia por Chile escrita por Lacunza a su abuela en 1788,⁶ etc. Es un bien común en toda la historiografía americanista cuan celoso era el sentimiento criollo frente a los burócratas, comerciantes, religiosos, recién llegados de España. Pero no creo que se pueda llamar sentimiento nacional a ese regionalismo natural, aliado por lo demás a la fidelidad a la Monarquía Española. La imprevisible crisis dinástica de 1808, la invasión napoleónica y la formación de Juntas en la Península repercutieron en Chile de la manera que se sabe, y luego la ofensiva del Virreinato del Perú, a partir

de 1813, dieron como resultado la formación de un Estado ya definitivamente independizado en 1818 —lo que no se habría tal vez entrevisto jamás veinte años antes—. A partir de las guerras de la Independencia, y luego de las sucesivas guerras victoriosas del siglo XIX, se ha ido constituyendo un sentimiento y una conciencia propiamente “nacionales”, la “chilenidad”. Evidentemente que, junto a los acontecimientos bélicos, la nacionalidad se ha ido formando por otros medios puestos por el Estado: los símbolos patrióticos (banderas, Canción Nacional, fiestas nacionales, etc.), la unidad administrativa, la educación de la juventud, todas las instituciones. Pero son las guerras defensivas u ofensivas las que a mi juicio han constituido el motor principal. Chile ha sido, pues, primero un Estado que sucede, por unos acontecimientos azarosos, a la unidad administrativa española, la Gobernación, y ha provocado, a lo largo del siglo XIX, el salto cualitativo del regionalismo a la conciencia nacional.

El “Estado Portaliano”. *Revisión de un concepto*

El Estado chileno de la época de la Independencia abarcaba en verdad todas las nociones peculiares del Estado tradicional europeo, pero expresadas en el lenguaje de la Ilustración. Su finalidad esencial era lo que en las doctrinas clásicas se llama el “bien común”, pero que en el lenguaje de los “ilustrados” se suele llamar “la felicidad” del pueblo. Comprendía por lo tanto todo “el buen gobierno” y administración, la legislación, la justicia, la educación nacional, la economía, la moralidad y la sanidad públicas, etc. Incluía también el Estado nacional recién nacido el derecho de Patronato sobre la Iglesia, que le daba una amplia tuición sobre todo lo temporal de ella, salvando solamente el núcleo de lo específicamente sacerdotal: derecho de Patronato concedido tres siglos antes por el Papado a los Reyes de España, pero que en el siglo XIX rehusó conceder a las Repúblicas sucesoras, al menos “de derecho”; pues siempre se llegó a un “modus vivendi” de facto que, naturalmente, no pudo dejar de provocar la inacabable lucha entre los Regalistas, defensores del derecho estatal y el Ultramontanismo, que se inclinaba a favor de la nueva posición de la Sede Romana. A partir de 1830, después del brevísimo período caótico de 1823-1830, el Estado nacional se consolida por largo tiempo. La

interpretación de la historia chilena por Alberto Edwards, la idea de un Estado configurado desde entonces, gracias al pensamiento de Portales, es a mi juicio la mayor y la mejor interpretación de la historia del siglo pasado: la génesis, el auge y la caída de la concepción portaliana estructuran, en la intuición de Edwards, el acontecer nacional desde 1830 hasta 1891 (e incluso, como un crepúsculo, todavía desde 1891 hasta 1920).

La concepción fundamental de Portales, para Alberto Edwards, consiste en restaurar una idea nueva de puro vieja, a saber, la de la obediencia incondicional de los súbditos al Rey de España, durante la época colonial. Ahora se implantaba una nueva obediencia, dirigida hacia quien ejerciera la autoridad, legítima en cuanto legal. Pasemos rápidamente sobre la idea convencional que Edwards tuvo de la Colonia, época que jamás estudió a fondo, y que se basaba en un lugar común de la historiografía liberal del siglo pasado: nunca se dio en la Colonia el absolutismo total de la Monarquía Hispánica.

El hecho efectivo es que surge hacia 1830 un gobierno fuerte, extraño al militarismo y al caudillismo de los tiempos de la Independencia, que proclama en la Constitución de 1833 que Chile es una República democrática representativa, y que afirma su legitimidad en quien ha sido elegido según un mecanismo legal, y que rige al país según esas normas legales.

Pero la específica concepción "portaliana" consiste en que realmente Chile no posee la "virtud republicana" que, desde Montesquieu y la Revolución Francesa, se afirmaban ser indispensables para un sistema democrático, de suerte que la Democracia debe ser postergada, gobernando, entretanto, autoritariamente pero con celo del bien público, hombres capaces de entenderlo y realizarlo. Esta es la sustancia de la célebre carta de 1822 a Cea. Portales, que tenía entonces solamente 29 años, no se empeña en discutir la doctrina de la "virtud" propia de cada forma de gobierno, ni en atacar teóricamente la Democracia, da por sentado que en América no hay otra posibilidad, pero el realismo de su visión se manifiesta en que posterga su vigencia y confía solamente en "un gobierno fuerte y centralizador". Los textos legales, la misma Constitución de 1833, le importaban poco: obligatorios para los simples ciudadanos, los funcionarios y los tribunales de justicia, esos textos tenían que dejar cabida para la discrecionalidad del jefe del Poder Ejecutivo, cuando así lo exija el bien público. Mucho más tarde, en 1886, un Antonio Varas, "portaliano" en el fondo, aun en su período más liberal, dirá que "la Constitución y el reglamento son una

simple telaraña cuando se trata del orden y del interés público”, justificando así el verdadero “golpe de Estado” cometido por su correligionario Pedro Montt, quien, como Presidente de la Cámara de Diputados, clausuró el debate sobre una de las fundamentales “leyes periódicas”, en la sesión del 9 de enero de 1886, contra todo reglamento.⁷

Portales tiene una ética política personal: su “maldito entusiasmo, esta pasión dominante del bien público”, “mis insuperables deseos de orden, mi genial inclinación por el bien público, mi absoluta falta de aspiraciones, ni a la gloria ni al brillo, ni a empleos de ninguna clase”. Esta firme convicción le hace ser un fundador que rehúsa sin embargo la gloria de las apariencias prestigiosas: es una “eminencia gris”, no un caudillo; alberga su poder tras la figura de un general victorioso, Prieto, de quien sin embargo ni era amigo, pero cuya Presidencia aseguró durante dos quinquenios. Lo específicamente “portaliano”, según Isidoro Errázuriz, consistió en fundar “la religión del Ejecutivo omnipotente”; su obra fue “quebrantar los resortes de la máquina popular representativa y en sustituirle el principio de autoridad, el sometimiento ciego al Jefe del Poder Ejecutivo”, a quien rodeó de un prestigio incomparable, que no fue parte a menoscabar la injusta, franca e ingrata mofa que hacía del carácter del General Prieto.⁸ Por lo demás, éste se vengó de esas burlas, dedicando en su último mensaje presidencial unas pocas alabanzas indirectas a Portales, sin siquiera pronunciar su nombre.⁹

Jaime Eyzaguirre, que adhiere a la interpretación de Alberto Edwards, añade una feliz caracterización del conservantismo pelucón y del Estado Portaliano cuando dice que éste carecía de un fundamento ético-religioso, como lo tenía la Monarquía Hispánica del siglo XVI, según él la visualiza, sino que se basaba en un cierto “positivismo” (en sentido jurídico-político, no filosófico, por cierto). No es un conservantismo tradicionalista, sino que exige solamente el respeto a las leyes y la sumisión a la autoridad.¹⁰ }

Pero donde me apartó de la visión de Edwards es en su idea de que para Portales el gobierno no sólo debe ser fuerte y centralizador, sino también impersonal y abstracto. Pienso, por el contrario, que para Portales “el principal resorte de la máquina” era la distinción entre los que él llama en sus cartas “los buenos” y “los malos”. Los “buenos” son “los hombres de orden”, “los hombres de juicio y que piensan”, “los hombres de conocido juicio, de notorio amor al país y de las mejores intencio-

nes". Los "malos", sobre quienes debe recaer el rigor absoluto de la ley, son "los forajidos", "los lesos y bellacos", aludiendo sin duda a los pipiolos y los conspiradores de cualquier bando. Lamenta a veces la tibieza en el Gobierno y aun de aquellos que son afectos al Gobierno "por su natural propensión al orden y la paz", "todas las piezas de la máquina se van desencajando sensiblemente", "porque los malos no le tienen respeto" al Gobierno.¹¹)

Algunos de los que se inspiraron de cerca en la concepción de Portales precisaron más tarde un condicionamiento sociológico de la noción portaliana de "buenos" y "malos". Así, Rengifo (que había estado con el gran ministro hasta 1835, en que se inclina al grupo "filopolita"), le escribe a Bulnes, ya Presidente electo, en 1841, que reina la paz conveniente "a los grandes propietarios, los hombres amantes del orden y la tranquilidad pública", pues ya no quedan "multitud de aventureros que habían pertenecido a la generación revolucionaria". Manuel Montt, por su parte, le escribe a Salvador Sanfuentes en 1845 que "los partidos están reducidos a propietarios y no propietarios, gente de frac y gente de manta". En 1846 le escribe al mismo Sanfuentes que "unos pocos hombres quebrados y perdidos en el concepto público, han halagado las pasiones de la multitud, buscando los instrumentos de sus planes entre la gente sin ocupación ni oficio. Les han hecho concebir esperanzas de repartición de fortuna, y los han conducido mañosamente al saqueo, excitando por una parte su codicia e inspirándoles por otra aversión y odio a los propietarios". Andrés Bello, en una carta a un amigo venezolano, habla también de una "clase de los propietarios", que dirige el país, para suerte de éste.¹²

Pienso, pues, en contraposición en este punto con Edwards —quien es, por lo demás, a mi juicio, el mejor historiador de la época republicana— que el régimen de Portales no era "impersonal" o abstracto, sino que el Gobierno tenía que apoyarse en una aristocracia —ciertamente una aristocracia americana, de terratenientes, no de señores feudales—; pero esa clase debería estar sujeta obedientemente al Gobierno, por su propio interés en el orden público. Lo "impersonal" es propio de una burguesía o de un proletariado industrial, nunca de una aristocracia. Pero no se trata de un Gobierno puramente aristocrático como el posterior a 1891, sino que, insistimos, hay una polaridad consentida por ambas partes: por una de ellas, un Gobierno autoritario y que interviene electoralmente de la manera más abierta, enviando a los Intendentes y Gobernadores las listas de los

amigos del Gobierno para que fuesen elegidos los parlamentarios; de la otra parte, una aristocracia de terratenientes, por lo demás bastante abierta a altos funcionarios y militares, salidos de los estratos medios. El régimen portaliano presupone que la aristocracia es la clase en que se identifica el rango social, y todos sus intereses anexos, con la cualidad moral de preferir el orden público al caos. Esto sería "el principal resorte de la máquina" en el portalianismo, a nuestro juicio.

Portales mismo es suficientemente realista y conocedor de los hombres para hacerse ilusiones sobre la moralidad de la clase que lo apoyaba: los supuestos políticos del régimen por él creado van por un lado, pero sus sentimientos personales son otros. De los chilenos da testimonio de "la manía que hay en mi país de no servirlo sino por interés"; "conozco tanto las uvas de mi majuelo, estoy tan persuadido que la flojera, la inconstancia, la indiferencia, forman el carácter de casi toda la presente generación de Chile". Al referirse a la sociedad aristocrática de Santiago, o sea de una de las bases en que reposa su régimen, demuestra un terrible pesimismo: "...Nadie quiere vivir sin el apoyo del elefante blanco del Gobierno y cuando los h... y las p... no son satisfechos en sus caprichos, los pipiolos son unos dignos caballeros al lado de estos cojudos. Las familias de rango de la capital, todas jodidas, beatas y malas, obran con un peso enorme para la buena marcha de la administración".¹³

La creación de Portales nace, pues, bajo un signo ambiguo: política y socialmente fuerte, pero interiormente marcada por el escepticismo. Carente de ideas trascendentes, se basa en un "deber"; a pesar de todas las oposiciones exteriores e interiores; a pesar de la falta de "virtud republicana" en el pueblo chileno; de vueltas ya de todo el optimismo de la época de la Independencia; con todo, hay un deber que recae sobre los que mandan y sobre los funcionarios y militares, para hacer de Chile un gran país sobre el Pacífico. Es una creación "moderna", nada semejante al mundo hispánico ni colonial, más bien centralizadora a la francesa, con toda la fragilidad de Estados recién nacidos en el siglo XIX, sin ningún sentido sagrado, como los reinos medievales. Con todo, ese régimen duró unos 60 años, rigió para dos o tres generaciones. En torno a esa idea matriz se formó, dice Isidoro Errázuriz, "una casta sacerdotal" que la custodiaba: así Montt, Errázuriz Zañartu, Santa María Varas, Máximo Mujica, Francisco Echaurren.¹⁴

El fin del régimen portaliano

Si nos situamos ahora hacia 1881-1891, cincuenta o sesenta años después de su fundador, en los años finales del portalianismo, cuando Chile ganaba la Guerra del Pacífico, durante las Presidencias de Santa María y Balmaceda, nos encontramos con que el estrato social del cual salían los dirigentes del Estado, sin dejar su base económica proveniente de la Colonia —a saber, la hacienda— había sufrido una transformación importante, sobre todo desde la década 1860-1870. A los terratenientes se van uniendo ahora ricos mineros del cobre y de la plata de Atacama (los Matta, los Goyenechea, los Gallo, los Subercaseaux, los Urmeneta, los Cousiño, que más tarde serán dueños del carbón de Lota), pioneros del salitre de Antofagasta como José Santos Ossa, agricultores “modernos” del valle de Aconcagua, como Josué Waddington, que había llegado como comerciante, británicos de Valparaíso de fortuna inicialmente mercantil (Ross, Lyon, Mac-Clure, Budge, Eastman), banqueros de Valparaíso y Santiago (Edwards, Besa). Otros extranjeros ascienden sobre todo a través de la política, como Enrique Mac-Iver, Carlos y Joaquín Walker Martínez; el irlandés Guillermo Blest llega como médico y su hijo Alberto se destacará como diplomático y novelista. Es todo un grupo humano que se incorpora a la aristocracia, no ciertamente numeroso, pero importante, porque proyecta en ella el espíritu especulativo y financiero.¹⁵ En el caso de los Gallo, los Matta, Mac-Iver, ellos aportan el espíritu anticlesiástico, en unos casos por ascendencia británica, en otros por el origen en una “frontera minera”, alejada de la tradición santiaguina. En los últimos años del siglo se sumarán todavía agricultores de la Araucanía, rápidamente enriquecidos en esa nueva frontera, en otros tiempos de guerra y ahora colonizada: el nombre principal es el de José Bunster. Los banqueros serán “la punta de lanza” de esta plutocracia: las familias Edwards, Matte, Besa, serán decisivas en la acción política y en el financiamiento de la Guerra Civil de 1891, totalmente unidos a la vieja aristocracia terrateniente de los Yrarrázaval, Errázuriz, y otros.

La letra de la Constitución era democrática, pero la realidad política era autoritaria, como ya lo hemos dicho. Sin embargo, a partir de la presidencia de José Joaquín Pérez, la aristocracia empezó a transformar su liberalismo instintivo y frondista en un liberalismo ideológico de origen francés, que se manifiesta

en el aflojamiento de la relación oficial del Estado con la Iglesia Católica, y más tarde, bajo la presidencia de Errázuriz Zañartu, en un vasto conjunto legislativo, que restringe la potestad presidencial, transforma el voto censitario en sufragio universal para todos los varones mayores de 21 años que supiesen leer y escribir, y elimina los privilegios judiciales de los eclesiásticos. En el Club de la reforma¹⁶ y en el Congreso de 1870 se desarrolla un ethos republicano elocuente, para el cual el valor supremo es la idea de libertad. Participan de esa valoración también los conservadores clericales de nuevo cuño, muy diferentes de los viejos pelucones, en cuanto su propósito central era la defensa de la Iglesia, pero dentro de formas políticamente liberales. La investigación de Ricardo Krebs¹⁷ ha podido marcar entre ellos matices que diferencian al grupo más íntimamente clerical y devoto del Syllabus, de otro grupo más decididamente liberal, pero siempre dentro del mismo Partido Conservador. El Arzobispo Rafael Valentín Valdivieso y los preladados Joaquín Larraín y José Hipólito Salas tuvieron grande influencia sobre los primeros. En todo caso, en este nuevo Conservantismo se distinguen parlamentarios como Manuel José Yrarrázaval, Abdón Cifuentes, Carlos Walker Martínez, para nombrar sólo a los principales. Frente a ellos, en el Club de la Reforma, primero, luego en los Congresos de 1870 a 1888-90 se destacan los grandes paladines liberales, nacionales o radicales, defensores de las "leyes laicas" y de las restricciones al poder presidencial (en esto último los acompañaban por lo demás los conservadores). Representantes típicos del ethos republicano y liberal eran, entre los principales, Benjamín Vicuña Mackenna, Miguel Luis Amunátegui, Diego Barros Arana, José Francisco Vergara, Vicente Reyes, Antonio Varas, Isidoro Errázuriz y los dos futuros Presidentes, Santa María y Balmaceda, cuando todavía no eran presidentes, sino parlamentarios.

A veces advierten los contemporáneos la transformación que había experimentado la clase dirigente. Así, Adolfo Ibáñez (aun cuando había sido abogado de la firma Campbell en Chile), decía en la sesión del Senado balmacedista de 10 de mayo de 1891 que, sin negar la importancia de la Banca, no podía menos de agregar:

"Estas instituciones han abierto de par en par las puertas del agio, de las especulaciones aventuradas, del juego de bolsa y demás especulaciones aleatorias en cuya meta se encuentran muchas veces las desgracias de las familias y la deshonor de los

individuos. Comparando los tiempos actuales con los antiguos y buenos tiempos de mi juventud, no puedo menos de lamentar la ausencia de éstos, cuando nuestros antepasados tenían a gala decir que valía más para ellos la palabra empeñada que una escritura pública. Pero esos tiempos, por desgracia, ya pasaron acaso para no volver jamás. Tal vez no sería temerario afirmar que entre nosotros el nivel moral de las especulaciones ha descendido muchos grados.

“Por otra parte, si mucho debemos a los bancos, éstos han obtenido también pingües recompensas, y para comprobarlo, bastaría recordar el precio a que se cotizan sus acciones y los crecidos intereses que obtienen los accionistas. Por lo demás, estas instituciones bancarias en el enorme desarrollo a que han llegado, no hacen sino cambiar la corriente natural de nuestros capitales, que en vez de dedicarse a fomentar la industria nacional en sus múltiples manifestaciones, siguen por el sendero de la usura y de las especulaciones de poco o ningún trabajo”.¹⁸

El género de vida del alto estrato social en la década del 1880 está descrito con más amenidad que en parte alguna en las “Cartas Políticas” de Severo Perpena, pseudónimo de José Francisco Vergara.¹⁹ Publicadas en dos periódicos, en 1886, van destinadas fundamentalmente a combatir el autoritarismo de Santa María. Pero su interés para nosotros está más bien en la pintura de la atmósfera de su tiempo. Redactadas en primera persona, describen a un magnate porteño que viaja constantemente a Santiago por asuntos de negocios y judiciales; pendiente siempre de la relación del peso chileno con los peniques, ya en un régimen de papel moneda, desde 1878; frecuentando el Club de la Unión, los Bancos y la Bolsa; visitando a personajes de las finanzas como José Besa, Alejandro Vial, Teodoro Sánchez, Salvador Izquierdo, Waldo Silva; retratando a figuras políticas a veces ridículas, con una de los cuales casi tiene un duelo. Los agravios contra Santa María —a quien compara con el tiránico “Ilustre Americano” de Venezuela, Guzmán Blanco— son las acusaciones típicas de la época liberal: intervención electoral, nepotismo, mala política financiera, peculados, crecimiento de la burocracia (“los suches”), etc.

Erguidos contra el grueso de la aristocracia —la vieja y la nueva— los presidentes salidos del Partido Liberal, pero personalmente autoritarios —ya Errázuriz Zañartu había sido un ejemplo— defienden el poder presidencial con el vigor de una idea política que los emparenta patentemente con la tradición portaliana. El documento que a mi juicio lo refleja mejor es el

autorretrato que escribe Santa María, a petición de Pedro Pablo Figueroa para su *Diccionario Biográfico de Chile*. Aunque el documento haya sido ya publicado por Encina,²⁰ es de tal modo revelador, que es preciso reproducirlo íntegro, para ser meditado:

“He leído los apuntes que dicté a usted, sobre mi biografía para su *Diccionario*, y le devuelvo esos apuntes y le envío la biografía que yo he redactado, a base de ellos. De publicarse esa biografía, quisiera que usted la dejase en la misma forma en que la he escrito. Ella se ajusta en todo a la verdad y no contiene nada que no sea exacto. Una vida como la mía, que ha tenido en la política chilena tantas vicisitudes, tantos triunfos y quebrantos, tantas glorias y amarguras, debe ser expuesta con claridad para evitar así los juicios favorables como aquellos en contrario a mi persona. Junto con Vicuña Mackenna, he sido uno de los hombres que ha levantado en Chile más admiradores incondicionales y los más fervorosos contradictores. Se me ha acusado de falta de línea, de doctrina, de versatilidad, de incoherencia en mis actos. Es cierto; he sido eso porque soy un hombre moderno y de sensibilidad, capaz de elevarme sobre las miserias del ambiente y sobreponerme a la política de círculo y de intrigas. Pero nadie ni el más enconado de mis enemigos puede acusarme con sinceridad de que no he trabajado, como el que más, por mi Chile, por elevarlo, por magnificarlo y colocarlo a la altura de gran nación que le reserva el destino y un porvenir cercano. Tampoco mis enemigos pueden decir de mí que no haya dejado ni un momento de servir, con el mismo cariño con que he trabajado por mi patria, la causa liberal hasta convertirla en una escuela de doctrina.

El haber laicizado las instituciones de mi país, algún día lo agradecerá mi patria. En esto no he procedido ni con el odio del fanático ni con el estrecho criterio de un anticlerical; he visto más alto y con mayor amplitud de miras. El grado de ilustración y de cultura a que ha llegado Chile, merecía que las conciencias de mis concudadanos fueran libertadas de prejuicios medievales. He combatido a la iglesia, y más que a la iglesia a la secta conservadora, porque ella representa en Chile, lo mismo que el partido de los beatos y pechoños, la rémora más considerable para el progreso moral del país. Ellos tienen la riqueza, la jerarquía social y son enemigos de la cultura. La reclaman, pero la dan orientando las conciencias en el sentido de la servidumbre espiritual y de las almas. Sin escrúpulos de ninguna clase, han lanzado a la iglesia a la batalla para convertir una cuestión

moral, una cuestión de orden administrativo, una cuestión de orden político, en una cuestión de orden religioso, en un combate religioso, de lesión a las creencias, de vulneración a la dignidad de la iglesia. Esto no es exacto, y los resultados están a la vista. La iglesia ha perdido feligreses, ha visto marchitarse la fe de sus devotos y el que ha ganado ha sido el partido conservador al aumentar sus filas. El daño que la iglesia se ha hecho es ya irreparable, porque ha dividido la conciencia nacional y el partido conservador ha quedado manifestamente como un grupo de hombres en los cuales falta hasta el patriotismo por obedecer a la curia romana. Estaba dispuesto a aceptar que un vil italiano, el delegado apostólico tomase la dirección de la iglesia chilena. Frailes y beatos obraron de consumo para conseguir semejante monstruosidad que yo paralicé indignado. Así es la conciencia de los conservadores. Hablan en un lenguaje sutil de patriotismo y de la conciencia, y son capaces de las mayores traiciones. Es claro; los pecados les duran cuanto el fraile se demora en absolverlos para dejarlos otra vez en actitud de pecar, de escamotear al pobre su trabajo, de mentir con elegancia, de sobornar, etc. Se ha dicho que soy sectario y que me guía un odio ciego a la iglesia. No es cierto. Soy bastante inteligente para saber distinguir entre los ritos ridículos que la iglesia ha creado para dominar las conciencias de los hombres por esa terrible palabra que llaman fe, y lo que es un pensamiento razonado y lógico de un hombre capaz de comprender que rige al mundo algo superior, y que la iglesia embarulla para ejercer un dominio universal en nombre de Cristo, que si se levantara de su tumba los arrojaría nuevamente a azotes del templo. Estos han hecho de la doctrina de Cristo el más grande peculado y negociado que haya visto jamás la cristiandad. Y a pesar de tener estas ideas, aunque soy librepensador en materias religiosas y de creer en un Cristo humano y piadoso, la iglesia no se ha separado del estado, porque no he querido y he luchado por mantener la unión. Aquí he visto como estadista y no como político; he visto con la conciencia, la razón, y no con el sentimiento y el corazón. Hoy por hoy, la separación de la iglesia del estado importaría la revolución. El país no está preparado para ello. La separación no puede ser despojo ni una confiscación. El problema de orden jurídico que él entraña, no lo ven ni comprenden en toda su extensión ni Augusto Orrego Luco, ni Balmaceda ni Mac-Iver y apenas si lo vislumbra Isidoro Errázuriz. Para Amunátegui es una cuestión de ley; para Barros Arana, comerse a los frailes asados en el fuego de una inquisi-

ción liberal en una parrilla. Es más hondo el asunto. Las leyes laicas dejan preparado el terreno para que algún día en conveniencia de la propia iglesia se produzca la separación por su pedido o tácita aceptación. Esto lo querrá en el tiempo el resultado de las actuales agitaciones al perder con ellas la iglesia su respetabilidad moral y cuando mire serenamente al partido conservador como su peor verdugo, porque ni siquiera es su enemigo. Hay que dejar las cosas tal como están hasta que se forme en la iglesia la conveniencia de la separación. Apurarla es un error, es un crimen político y social. Yo no quise hacer la separación y preferí detenerla y entenderme con el papa para encontrar la paz de las conciencias.

”Se me ha llamado autoritario. Entiendo el ejercicio del poder como una voluntad fuerte, directora, creadora del orden y de los deberes de la ciudadanía. Esta ciudadanía tiene mucho de inconsciente todavía y es necesario dirigirla a palos. Y esto que reconozco que en este asunto hemos avanzado más que cualquier país de América. Entregar las urnas al rotaje y a la canalla, a las pasiones insanas de los partidos, con el sufragio universal encima, es el suicidio del gobernante, y yo no me suicidaré por una quimera. Veo bien y me impondré para gobernar con lo mejor y apoyaré cuanta ley liberal se presente para preparar el terreno de una futura democracia. Oiga bien: futura democracia.

”Se me ha llamado interventor. Lo soy. Pertenezco a la vieja escuela y si participo de la intervención es porque quiero un parlamento eficiente, disciplinado, que colabore en los afanes de bien público del gobierno. Tengo experiencia y sé a dónde voy. No puedo dejar a los teorizantes deshacer lo que hicieron Portales, Bulnes, Montt y Errázuriz. No quiero ser Pinto a quien faltó carácter para imponerse a las barbaridades de un parlamento que yo sufrí en carne propia en las dos veces que fui ministro, en los días trágicos a veces, gloriosos otros de la guerra con el Perú y Bolivia. Esa fue una etapa de experiencia para mí en la que aprendí a mandar sin dilaciones, a ser obedecido sin réplica, a imponerme sin contradicciones y a hacer sentir la autoridad porque ella era de derecho, de ley y, por lo tanto, superior a cualquier sentimiento humano. Si así no me hubiese sobrepuesto a Pinto durante la guerra, tenga usted por seguro que habríamos ido a la derrota.

”Dejo ya estos apuntes. La biografía que le acompaño pasa por alto los últimos acontecimientos. Están muy cercanos para pronunciar juicio. Quiero que publique esta biografía tal como se

la envió. No le agregue ni quite nada. Deje al tiempo lo que corresponde obrar al tiempo. Yo sé que he cometido errores porque soy vehemente y apasionado, porque amo demasiado a mi patria y porque soy hombre de acción impetuosa en lo que estimo grande para mis conciudadanos y para esta preciosa tierra mía. He sufrido por esta tierra, han sufrido los míos, pero ¿qué importa? Ya Chile es la potencia de Chile en América. Esto es lo que vale. Mis defectos no significan nada, mi pobreza tampoco, la pérdida de amigos queridos en las batallas de contradicción y de odios no pesan ante esta sola palabra: hemos labrado la grandeza de Chile y podemos medirnos con los hombres que nos dieron patria, casi de igual a igual, porque hemos seguido su herencia imitándolos con la reverencia que nos merecen esos patriotas.

”Cuenta con su amigo que lo recuerda y le tiene muy presente en la petición que le ha hecho y que cumplirá debidamente. Domingo Santa María.”

Estas líneas autobiográficas, magistrales a mi juicio, a pesar del laicismo vulgar que de ellas se desprende, pero que es corriente en la época, nos muestran hasta qué punto se dio efectivamente la tradición portaliana,²¹ a pesar de la oposición religiosa liberalismo-conservantismo: Portales, Bulnes, Montt y Errázuriz Zañartu son nominativamente indicados como los maestros de “la vieja escuela” que es la suya. El derecho de Patronato es defendido como un atributo de la soberanía estatal, como lo había hecho sesenta años antes Mariano Egaña, y como lo había hecho en el siglo XVIII un Campomanes; Santa María añade el notable pronóstico que “algún día en conveniencia de la propia Iglesia chilena se produzca la separación por su pedido o tácita aceptación”. Santa María había sido constantemente un partidario de las reformas liberales; pero, ya en La Moneda, “el genio del lugar” lo ha convertido al autoritarismo. El documento es la prueba más clara de la persistencia de una concepción del Estado chileno que viene desde Portales, aunque decaiga bajo Presidentes débiles.

Pero en 1891 queda derrotada esa concepción frente a la rebelión de la Marina, de la casi totalidad de la aristocracia terrateniente y bancaria, de la “intelligentsia” y buena parte de los profesionales y por una fracción minoritaria del Ejército. La consigna de la libertad electoral, sobre todo el repudio a la intervención de Balmaceda en favor de su sucesor en la Presidencia, aglutina a todos estos sectores. Como se sabe, se ha dado una vivaz controversia en torno a qué tipo de causación

actuó en la Guerra Civil. Como en todos los procesos históricos de cierta magnitud, hay que escapar a la tentación de un “monocausalismo”. No es posible en Historia dar una “explicación” exhaustiva de los fenómenos. Al lado de la lucha por la libertad electoral y por la libertad en sentido más absoluto, que es el motivo más consciente y de primer plano para los opositores, han jugado su parte el choque de la aristocracia con un cierto democratismo de clases medias, favorecidas por Balmaceda; como también la lucha de intereses entre las tendencias al nacionalismo económico de Balmaceda, su afán de nacionalizar el monopolio ferroviario de la Compañía de North, (la Nitrate Railway Company), en Tarapacá, contra los intereses de este especulador inglés y del sector de políticos vinculados con él, como lo sostuvo Hernán Ramírez Necochea.²²

Balmaceda mismo solía a veces presentar su causa a la luz de estos conflictos económico-sociales. “El Cuadrilátero —dice en una ocasión, refiriéndose a la Coalición opositora— es un Estado Mayor sin ejército. En Santiago tiene algunos hombres notables, el círculo de los Bancos, algunos corredores de comercio y nada más”. Su ministro Domingo Godoy decía en noviembre de 1890 que “el gobierno está seguro del Ejército y del pueblo” y que “el Cuadrilátero está compuesto de ricos, de grandes propietarios, sobre los cuales caerá en primero y último término el efecto de un intento de revolución”. El diario “La Nación” proclama, ya iniciadas las hostilidades bélicas, la “guerra social” contra la oligarquía y continuamente lanza sus improperios contra los banqueros. Julio Bañados Espinoza, el historiógrafo oficial del balmacedismo, y sobre todo el doctrinario defensor del Régimen representativo o presidencial, contra la interpretación parlamentarista de la Constitución de 1833, al hablar en su diario del meeting de julio de 1890, lo llama “el meeting de los banqueros”. En su “Balmaceda, su gobierno y la Revolución de 1891”, enumera como causas de la revolución, junto a las ambiciones políticas, los “intereses” de los salitreros de Tarapacá; de los banqueros, agraviados porque no se les hace concesión de emitir billetes a su arbitrio y sin garantías suficientes; con todo, se abstiene de proporcionar las pruebas, por falta de documentación. Harold Blakemore, en su equilibrada investigación de 1974,²³ demostró que Balmaceda, en materia de nacionalismo, solamente intentó quebrar el monopolio ferroviario de la Compañía de North, que manejaba los precios del salitre; pero que lo hizo apoyado por otras firmas inglesas (Campbell, Gibbs), que querían también instalar fe-

rocarriles propios para dar salida a la producción de sus oficinas. La verdadera gran aspiración de Balmaceda, acentúa Blakemore, fue su plan de obras públicas, que pudo realizar en gran escala, financiadas por el derecho de exportación sobre el salitre. Las clases altas no pudieron tener el salitre, como tenían la tierra y las minas del Norte Chico; pero el Fisco chileno se enriqueció, en cambio, y pudo aumentar los gastos públicos y la burocracia estatal, abriendo así nuevos recursos para la 'clase media', un nuevo estrato que alterará el panorama social de Chile.

La figura de Balmaceda, representada en miles de litografías populares como "el Presidente mártir", a comienzos del siglo XX, ¿contó en realidad con el apoyo popular en su lucha con el Congreso? El asunto es materia muy debatida. Abraham König, político radical y antibalmacedista, en un artículo publicado durante el destierro en "La Nación de Buenos Aires", escribe que la revolución ha sido el resultado de una cuestión de Derecho Constitucional, discutida desde distintos puntos de vista; y "la aplicación de un precepto constitucional no está al alcance de todos y, como es natural, los que se interesaban vivamente en la contienda eran los hombres ilustrados, los de buena posición social, que por su educación y cultura estaban en situación de comprender la gravedad del conflicto y apreciar sus consecuencias. En este sentido, la Revolución de Chile es aristocrática, porque ha sido empeñada, sostenida y dirigida por las clases directoras de la sociedad".²⁴ Joaquín Fernández Blanco, citado por Fanor Velasco, dice, más popularmente: "Estas son historias de los futres, dicen los artesanos y los rotos". El senador balmacedista Alfredo Ovalle Vicuña, confesaba en agosto de 1891 que el pueblo mismo "no entiende la contienda ni la toma a pecho". En fin, el mismo Valentín Letelier, en su lección inaugural de Derecho Administrativo en 1891, ya pasada la Guerra Civil, escribía: "Mas, acaso se dirá que todo esto era pleito entre ricos, ajenos del todo a los intereses del pueblo; se dirá acaso que el pueblo, que no se reúne en clubs ni en asambleas, que no publica ni lee diarios, y a quien no importan un ardite los derechos políticos, no tenía motivo alguno para alzarse en armas contra el Gobierno establecido... Por mi parte, no he de negar que efectivamente en los primeros meses de la contienda política entre los dos grandes poderes del Estado, el pueblo se mostró del todo indiferente a ella"; "la masa del pueblo no intervino en la lucha de 1890, ni para bueno ni para malo".²⁵ Los testimonios son bastantes claros, y vienen

de ambos lados, como para negar la indiferencia popular, y lo atestigua más todavía la neutralidad del Partido Demócrata, de base social artesanal y de pequeña clase media; incluso, su jefe, Antonio Poupin, murió en Lo Cañas junto a jóvenes aristócratas. Sin embargo, la póstuma popularidad de Balmaceda es un hecho histórico innegable. Después de la victoria del balmacedismo (Partido Liberal Democrático) en las elecciones de 1894, el periódico conservador "La Patria" escribe que la causa de este éxito era "la propaganda ilimitada de los dictatoriales del socialismo".²⁶ Un observador argentino, el lúcido historiador Ernesto Quesada, escribe al final de su famosa "Epoca de Rosas" que en el pueblo de Chile, tan admirado por su marcha sesuda y reposada, admiración para los ojos de los extranjeros, de repente "surgió la máscara horrible de la medusa", estalló la revolución sangrienta, que no fue "sino el choque de los principios democráticos y oligárquicos". Pero entre los partidarios de Balmaceda existe también un puñado de aristócratas u hombres de clase alta, como los dos candidatos oficiales a la sucesión presidencial, Enrique Salvador Sanfuentes y Claudio Vicuña, Juan Eduardo Mackenna, Adolfo Eastman, Adolfo Ibáñez, o incluso un Lauro Barros, que defiende, en pleno Congreso balmacedista, la facultad de los bancos particulares de emitir billetes y se opone por tanto al proyecto de Banco del Estado, y le horrorizaba cuanto "oliera a socialismo".²⁷

Todos los testimonios sobre la indiferencia popular en 1890 o 1891, cuya veracidad parece decisiva, no obstan a que póstumamente se haya desarrollado un culto popular, cuyos portadores iniciales pueden haber sido los militares dados de baja y los funcionarios exonerados después de la victoria; y más tarde, la decepción ante el nuevo régimen que, como veremos más adelante, se manifiesta ya de una manera perentoria hacia 1894. Las clases medias pueden haber tomado más y más conciencia de haber sido derrotadas en 1891, y ese sentimiento pudo haber irradiado hacia abajo. La idea de que la aristocracia había vencido en 1891 a la mesocracia (o democracia), patente por ejemplo en 1910 en Alejandro Venegas y su "Sinceridad", corrobora el juicio que había pronunciado Ernesto Quesada en Argentina en 1898.

La Marina, por su formación de estilo inglés y su contacto con las clases altas de Valparaíso tenía que inclinarse, como lo hizo, por el Parlamento, y junto a ella estuvieron el ejército del Norte y algunos jefes militares del Centro y de la frontera, como Gregorio Urrutia y el popular Estanislao del Canto. El ejército,

en el grueso de sus fuerzas, es menos aristocratizado que la Marina, es "más criollo y tradicionalista", dice Alberto Edwards, mantiene mejor "la tradición de disciplina"; en Concón y Placilla se baten, no por don José Manuel Balmaceda, sino por el Presidente de la República.²⁸ Ya en mayo de 1890 los jefes de los regimientos de Santiago, a excepción de del Canto, se declararon secretamente dispuestos a obedecer a su generalísimo, incluso si les ordenaba la clausura del Congreso: la obediencia al Presidente es para ellos algo mucho más concreto y exigente que la obediencia impersonal a la Constitución.

En fin, respecto al clero, salvo la neutralidad del Arzobispo de Santiago, Mariano Casanova y el Obispo de La Serena, Florencio Fontecilla, la inmensa mayoría estuvo junto al Partido Conservador y simpatizó con la Revolución.²⁹

En suma, diríamos que el ideal portaliano de Estado, muy debilitado bajo Presidentes de poca fuerza psicológica, como Pérez y Pinto, pero redivivo con Santa María y Balmaceda, pudo haber proseguido bajo sucesores de Balmaceda; las derrotas de Concón y de Placilla se nos aparecen como esos acontecimientos singulares que determinan un destino, que podría haber tomado otra ruta si esos hechos singulares hubieran ocurrido de otro modo; ya después de esas derrotas, solamente Arturo Alessandri pudo remontar la corriente, en una constelación general muy diferente. Es cierto que la aristocracia era muy fuerte en 1891, pero también lo era en 1830; es cierto que la de 1891 era más rica, porque pudo disponer de la banca; pero Portales también tenía que entenderse con un Presidente difícil, como Prieto, con un ejército todavía contagiado con el espíritu conspirativo de los años de pipiolismo y con una aristocracia a la que calificaba de "jodida, beata y mala". Ponderando hasta donde puedo los factores, pienso que la victoria revolucionaria no fue resultado fatal de una necesidad histórica, porque la aristocracia se hubiera fortalecido y *necesariamente tenía que liberarse del gobierno fuerte* implantado por Portales; pienso más bien que obraron factores singulares, decisiones aportadas por la suerte de las batallas, y seguramente Balmaceda carecía de la grandeza política de Portales, no obstante todo el idealismo y patriotismo que demostró a lo largo de la Guerra Civil. A la inversa en este punto de Alberto Edwards, que creía que Portales había restaurado la legitimidad trascendente de la Monarquía, repito que, a mi juicio, la obra de Portales era una creación moderna, frágil, sin la trascendencia de las grandes monarquías europeas: era un equilibrio que continuamente había que repa-

rar y corregir. Como hemos dicho, los gobiernos de Joaquín Pérez y de Aníbal Pinto no están ya poseídos por el ethos de la autoridad, en cambio ese ethos volvió a patentizarse con Santa María y con Balmaceda: la derrota de éste fue una contingencia, no una necesidad.

En 1891, hemos dicho, termina el régimen portaliano y termina asimismo el largo período del Chile guerrero. En ese momento, Chile se nos aparece cartográficamente muy diferente del de 1810. Se le han agregado el inmenso territorio que va desde el Desierto de Atacama hasta Tacna y Arica y, con el aplastamiento de la resistencia araucana, el que va desde el Bío Bío a Valdivia. En el extremo sur, ha ocupado el estrecho de Magallanes y Tierra del Fuego, que ha empezado a repartirse en grandes estancias de ganado ovino. En cambio, ha perdido sus derechos históricos sobre la Patagonia, y tendrá también que renunciar en 1899 a sus pretensiones sobre la totalidad de la Puna de Atacama, que formaba administrativamente parte del territorio boliviano anexado por la victoria, pero que Bolivia cedió secretamente a la Argentina. El Chile de fin del siglo pasado es ya, en cierto sentido, "otro" Chile, con nueva extensión, nuevas riquezas, nuevos problemas. El sociólogo Agustín Venturino ha escrito que "la colonia rural cede el paso a la República minera y después la industria, la enseñanza profesional, etc.". El ferrocarril crece gracias a la minería y a la inmigración (en Araucanía). "El ferrocarril es casi la historia".³⁰

La república aristocrática y la autocrítica de Chile

Una política fantasmal

Alberto Edwards —quien, por lo demás, adscribe este período al crepúsculo del Estado Portaliano, cuando en verdad me parece constituir su negación— ha descrito en pocas líneas lo que era la política en la época del Parlamentarismo: “La autoridad de la aristocracia subsistirá sin control durante treinta años”. “Por más de un cuarto de siglo, todo iba a parecer inmutable”. “Dominan la inercia y la hipocresía colectiva”. La política es “una anarquía de salón”; los políticos saben ser “discretos, prudentes, juiciosos”, es “la paz veneciana”. La política del Presidente con los Partidos —que por lo demás ya se había ensayado durante los tres primeros años de Balmaceda— se implanta definitivamente con Jorge Montt. Fue “una política veneciana, con sus suaves luchas de salón entre magnates del mismo rango, no divididos ni por las ideas ni por intereses, y amigos o parientes en sociedad, dilettantes en política, que distraían los ocios de la opulencia en el juego de los Partidos y de las crisis ministeriales”. “Los Gabinetes, como fantasmas de teatro, desfilaban a cortos intervalos por el escenario de la Moneda”.³¹

Solamente una rama de la política continuó siendo estable y ajena al juego de los Partidos, la política exterior, concentrada ahora, no ya en la expansión, sino en la consolidación de lo ganado en el transcurso del siglo XIX.

Después del triunfo parlamentario, los políticos y la prensa se declaran animados por el propósito de mantener su unidad para

la "regeneración" de Chile: por un año o dos se mantiene esa esperanza, para desvanecerse del todo entre 1893 y las elecciones de 1894.³² Designaciones de altos funcionarios, o la cuestión batallona de la libertad de enseñanza, trabada entre el Partido Conservador y el Radical, o también otra cuestión "teológica", la precedencia del matrimonio civil al religioso, dividen y desvanecen las esperanzas de unión. Francisco Puelma Tupper, un fogoso diputado radical, declaraba en la asamblea Radical de Santiago en junio de 1893 que temía infinitamente más a "la dictadura de los Yrarrázaval y los Walker Martínez" que a la dictadura de Balmaceda. Y el diputado liberal Abraham Gacitúa decía en mayo del mismo año: "se ha anatematizado a los hombres de la dictadura, pero no se ha anatematizado la causa que produjo la dictadura, el estado político y social que la provocó. La dictadura nació de la corrupción de los Partidos, de sus propias ideas". Más grave todavía es la confesión de un jefe importante durante la lucha pasada, Francisco Valdés Vergara, en 1894: "Duro es confesarlo, pero los hombres que hicimos la revolución con la mejor de las intenciones, hemos causado daños mayores que los bienes prometidos".³³ El partido balmacedista o Liberal Democrático, después de su resonante demostración de éxito en las elecciones de 1894, practicó en seguida la misma política que sus adversarios; el doctrinario del Régimen Presidencial, Julio Bañados Espinoza, fue durante un corto tiempo, en 1897, ministro de Errázuriz Echaurren.

Manuel Rivas Vicuña, el gran "virtuoso" de las combinaciones partidistas y parlamentarias, ha sido también el cronista de esta "política fantasmal". Nos dice que el Presidente Pedro Montt sostenía que la administración misma no era afectada por la rotativa ministerial. Pero el mismo Rivas Vicuña nos narra una anécdota que desmiente esa ilusión. Habiendo sido recién designado Ministro de Hacienda, en tiempos de Barros Luco, y preparando el Presupuesto para el año 1913, llamó al Director de Contabilidad para pedirle los datos necesarios. El Director, o sea, un alto funcionario, le dice: "¿Cómo lo quiere Su Señoría, con déficit o sin déficit?". Rivas Vicuña, estupefacto, pensó si pedirle en seguida la renuncia, o acudir al Senado para que se autoriza su destitución; pero "me detuvo el pensamiento de que aquel competente funcionario era sólo quizá una víctima del régimen".³⁴ Pero, podríamos añadir que el mismo Rivas Vicuña, gran actor del régimen, era también su víctima, al no proceder en consecuencia. La anécdota es reflejo de la época. Paradójicamente, el momento en que esta aristocracia plutocra-

tizada logra el poder total, al no estar sometida a un Gobierno fuerte de estilo portaliano, ya no puede decidir: tal es el rasgo fantasmagórico a que se refería Edwards; por eso éste dice: "No puede hacerse alta historia de esos años".

Pero la aristocracia conserva todavía hombres vigilantes y valientes para mirar la realidad. Enrique MacIver, uno de los grandes jefes radicales pronuncia en el Ateneo, en 1900, su célebre discurso sobre "La crisis moral de la República". Describe con acento desolado la estagnación de la vida chilena, la caída de la moral pública, del espíritu de empresa. La moralidad pública es para él, fundamentalmente, el cumplimiento del deber, que debe dar vigor y eficacia a la acción del Estado. Describe también con elocuencia el abatimiento de la iniciativa mercantil: "Ni de espíritu de empresa ni de energía para el trabajo carecemos nosotros, descendientes de rudos, pero esforzados montañeses del Norte de España. ¿Adónde no fuimos? Proveíamos de nuestros productos las costas americanas del Pacífico y las islas de la Oceanía del Hemisferio Sur, buscábamos oro de California, la plata de Bolivia, los salitres del Perú, el cacao del Ecuador, el café de Centroamérica, fundábamos Bancos en La Paz y Sucre, en Mendoza y en San Juan, nuestra bandera corría todos los mares y empresas nuestras y manos nuestras bajaban hasta el fondo de las aguas en persecución de la codiciada perla". La descripción de la decadencia por MacIver es, sin embargo, una constatación implacable, pero no un intento de explicar su sentido o su causa".³⁵ Julio Zegers, otro de los grandes agentes de la lucha contra Balmaceda, dirá en 1904: "La verdadera causa de la diferencia entre los antiguos y los nuevos gobiernos está en que la intervención oficial, inspirada en elevados propósitos políticos, favorecía la elección de ciudadanos honestos, dignos y patriotas, y en que la elección libre de nuestros días, maleada por el mercado de votos, es inescrupulosa en sus designaciones"³⁶

La Guerra Civil ganada contra Balmaceda, se ha declarado pues perdida por sus propios vencedores, póstumamente. La auto-crítica prendió sobre todo, desde los políticos veteranos, hacia la juventud cultivada. Unamuno le escribía a Ross Mujica en 1905: "Me dice que hoy hay allí una juventud radicalmente distinta de la generación anterior, de la que sacrificó a Balmaceda pienso yo. Así lo creo, y de ello me felicito por el bien de todos".³⁷

Los políticos llegaron hacia 1906 a la conclusión de que el régimen no marchaba porque faltaban distintos correctivos del

régimen parlamentario, tales como la potestad del Ejecutivo de disolver la Cámara de Diputados con acuerdo del Senado; de contener a este último en sus límites, de manera que no constituyera también una Cámara política, como de hecho ocurría; la prohibición de que en el Congreso se introdujeran aumentos en el gasto público sin indicar su financiamiento dentro del Presupuesto total. El hombre en quien se pensó como el precisamente indicado para operar esas reformas que se consideraban salvadoras, fue Pedro Montt, otro de los cabecillas del 91. A la Unión Liberal, que lo llevaba de candidato, se unió esta vez todo un grupo de Conservadores, "los montana", pactando con la Unión una "tregua doctrinaria" que permitiera la realización de las reformas.³⁸ Pero Montt nada pudo hacer: por eso dirá Alberto Edwards en 1912: "En 1905 eramos más felices que hoy; entonces creíamos en un hombre; ahora ya no creemos en ninguno".³⁹ El ex ministro de Balmaceda, Juan Eduardo Mackenna ataca ese mismo año las bases del régimen parlamentario, exhibiendo los últimos escándalos financieros.⁴⁰ Un grupo de diputados jóvenes de los recién elegidos ese mismo año 1912, encabezados por Rivas Vicuña, tienen que acudir a verdaderos ardidés de conjuración para lograr tan sólo una reforma parcial: restringir la obstrucción parlamentaria en el despacho de leyes, que consistía en el uso indefinido de la palabra; así como la restricción de la iniciativa parlamentaria en el aumento de gastos y en cálculo de entradas.⁴¹ Ese mismo año se formó una Liga de Acción Cívica, que pretendía atacar las lacras del régimen: entre sus miembros estaban prohombres como Vicente Reyes, MacIver, Miguel Varas, Ismael Valdés Vergara, etc.

*Arreciaba pues el sentimiento de crisis.⁴² Sin embargo, el Presidente Barros Luco, para la mirada benévola de Rivas Vicuña, sabe a veces imponer la cordura y el decoro del Estado, a su manera, practicona, pero justa. Narra, por ejemplo, como supo esquivar la presión de los más elevados representantes del sector bancario (entre ellos del propio ex Presidente Germán Riesco), para que el gobierno salvara del desastre al Banco de la República, para que no cesara en sus pagos. Y añade todavía Rivas Vicuña que anteriores presidentes como Riesco, habían actuado, en contadas ocasiones, al margen de sus ministros: así, Riesco desautorizó a Eliodoro Yáñez, para lograr la paz con Argentina en los años anteriores a los Pactos de Mayo de 1902.⁴³ Pero ninguno de estos gestos aislados podía borrar el sentimiento general de decadencia, y de impotencia gubernativa.

Un aspecto importante del régimen parlamentario fue la rela

ción entre dinero y política o, dicho en forma más general, entre política y negocios, sobre lo cual, por lo demás aporta muchos datos la obra reciente de Gonzalo Vial.⁴⁴ Los asuntos de que trataba más largamente el Parlamento solían ser aquellos que tocaban al campo económico, y que por lo tanto afectaban en uno u otro sentido a diversos sectores de la economía nacional. Los problemas "doctrinarios" de índole religiosa o educacional (los proyectos de dictar una ley de enseñanza primaria obligatoria fueron bloqueados por los Conservadores hasta 1918) tenían a veces lugar, virulentamente, pero más generalmente eran esquivados como inoportunos, ya que las posiciones de los Partidos eran sobradamente conocidos. En cambio, la legislación aduanera, la conversión metálica y el papel moneda, los debates sobre el salitre, sobre las obras públicas, etc., daban más lugar a intervenciones personales, ya que en ellos no regía la exigencia de afiliación a una posición de Partido. Ya Fanor Velasco había profetizado en 1891 que las luchas políticas del futuro se entablarían alrededor de asuntos económicos y financieros.⁴⁵ "Oreros" y "papeleros" se enfrentaban a menudo.⁴⁶ Pero, fuera de los casos escandalosos de prevaricación, donde más se apreciaba el rol del dinero era en las elecciones, ya que todos los Partidos (salvo muy probablemente el Demócrata) empleaban el cohecho, y había necesidad, además, de gastos de propaganda. En 1915, doce días antes de la elección presidencial, los altos personajes de la Alianza Liberal sopesaban la posibilidad de sustituir por otro a su candidato, Javier Angel Figueroa, porque se necesitaban 2 millones de pesos, o por lo menos un millón y medio, y el candidato con su familia podían aportar solamente un tercio de esa suma. Cada candidato a elector de Presidente significaba unos diez mil pesos, y la Alianza tenía que presentar doscientos candidatos.⁴⁷ Los órganos del poder electoral eran las Municipalidades, en virtud de la legislación de la Comuna Autónoma, y allí se solían cometer todos los ardidés imaginables: suplantación de personas en registros no renovados desde hacía tiempo, las falsificaciones de actas y escrutinios, las diversas maniobras en las listas de mayores contribuyentes de la comuna, de donde salían los componentes de las Juntas de inscripción, de recepción de votos y de escrutinio. La corrupción del poder municipal es uno de los lugares comunes más denunciados en la época. Esto fue en Chile la Comuna Autónoma y la libertad electoral. Por lo demás, los asuntos de interés local y entre otros también las elecciones están sujetos a la intervención de otro poder, en conjunción o sin ella, la del caciquismo, sobre todo en las zonas

rurales o los pequeños pueblos: son a veces grandes propietarios, o comerciantes o funcionarios municipales, que sirven de enlace entre un vecindario y un diputado o senador, sin perjuicio de ser él mismo, a veces, elegido para el Parlamento o el Municipio. En el campo, ha señalado Julio Heise, opera el prestigio local; en la ciudad, más bien el cohecho.⁴⁸

El materialismo práctico se revela, de una manera repugnantemente patente en el programa que los Liberales Democráticos confeccionaron para su precandidato a la Presidencia en 1906, Juan Luis Sanfuentes:

“...Nos parece que la opinión sensata y perspicaz del país reclama como candidato al que sepa y piense esfumar un poco las beldades doctrinarias del pasado y dé relieve al esplendor del sentido común, del arte comercial y del modernismo industrial. Se siente el cansancio y el tedio de una larga y estéril lucha olímpica para reclamar un esfuerzo más terrenal, más positivo en beneficios humanos... Principia el clamor por un cambio eficaz hacia una política práctica cuyos resultados positivos sean inmediatos y certeros... Lo que caracteriza a nuestra actualidad política no es ciertamente el espíritu de reforma de las instituciones ni el propósito de elevar el nivel intelectual del país. Estas son aspiraciones candorosas de espíritus retrógrados y pesimistas, que sueñan buscando orientaciones en un pasado ya lejano... Ese era el país en otros tiempos. Pero el Chile de hoy está más avanzado; la República ha entrado de lleno en la gran corriente de los intereses positivos.

“...El país quiere ser rico a toda costa, y todos queremos serlo”.
“...El país quiere hombres nuevos y emprendedores, hombres en quienes no sobrecoja ningún pánico en el mercado y que sean capaces de lanzar la patria por los caminos que llevan a la prosperidad y a la riqueza... Dejemos a Reyes, a Barros Luco, a Montt y a Lazcano como reliquias inservibles de nuestro pasado histórico... ¿Qué importa que nuestro candidato no haya pronunciado estrepitosos discursos en el Senado, cuando no es esto lo que necesitamos? ¿De qué nos servirían hoy Andrés Bello, Mariano Egaña, Manuel Montt, Antonio Varas, García Reyes, Tocornal, Arteaga Alemparte, Errázuriz Zañartu, Yrarrázabal, Santa María y nuestro mismo Balmaceda?”⁴⁹

La crítica nacionalista

La “literatura de la crisis” ha sido examinada recientemente por Hernán Godoy Urzúa, Cristián Gazmuri y Gonzalo Vial.^{49bis} No deseo, pues, detenerme sino en algunos que me

han interesado especialmente. Pertenecen a esa falange de críticos y denunciadores Nicolás Palacios, Luis Ross Mujica, Alejandro Venegas, Guillermo Subercaseaux, Tancredo Pinochet Le Brun, Francisco Antonio Encina, Valentín Brandau en su primera época, Luis Galdames, Alberto Cabero y finalmente Carlos Keller, cuya obra "La eterna crisis chilena", de 1931, cierra tal vez el ciclo, para reanudarse con los autores de obras sobre "el subdesarrollo" de los años 1960. Predomina en todos ellos el afán cívico por denunciar la crisis desde distintos puntos de vista, ya que generalmente no coinciden en un Partido, salvo aquellos que en 1914 formaron el Partido Nacionalista (Subercaseaux, Encina, Galdames). Sus doctrinas informadoras son antropológicas, sociológicas, criminológicas, económicas, según la disciplina del respectivo autor.

El más original y apasionante como personalidad me parece ser Nicolás Palacios (1854-1911). No representa el tipo del reformista, sino del doctrinario, ya que parte de una idea antropológica racial que le apasiona. Médico, imbuido, como tantos de su tiempo de la antropología evolucionista de Spencer, lee a la vez la más reciente literatura sobre razas humanas, y estudia ávidamente —nos cuenta su hermano Senén— biología, etnología, psicología, lingüística, historia de España y de Chile. Viaja por Europa y Estados Unidos, ejerce su profesión en las oficinas salitreras, donde es testigo de las condiciones de trabajo de los obreros chilenos y termina por hacerse despedir por los administradores extranjeros de las oficinas, acusado de nacionalista "boxer". Publica anónimamente su "Raza Chilena", un libro escrito por un chileno para los chilenos,⁵⁰ obra anatematizada desde lejos por Unamuno,⁵¹ por su teoría —evidentemente desprovista de todo sentido crítico histórico— del origen gótico de los conquistadores y primeros colonos de Chile, que se entrecruzan con los araucanos: ambos pueblos viriles, guerreros, patriarcales. Odia la latinidad matriarcal, blanda, corrupta. A ella pertenecen los inmigrantes recién llegados a Chile, españoles, italianos, levantinos. Estos inmigrantes, favorecidos por el gobierno chileno, se han apoderado del comercio o colonizado vastos territorios en la Araucanía ya pacificada; de suerte que los pequeños propietarios chilenos se han proletariado o han tenido que emigrar a la Argentina. El "roto" chileno, objeto del amor patrio de Palacios, ha sido sustituido de esta manera por extranjeros traídos por agentes de colonización y con la protección de "gestores administrativos", políticos corruptos.

Su nacionalismo, proteccionista asimismo en materia indus-

trial, es auténtico, y se dirige con odio igual contra “la irracionalidad del gran comercio” que contra el socialismo, propagado por “literatos judíos que predicán la igualdad orgánica”, diferente de la legítima “igualdad de oportunidades”, propia de la democracia. El inmigrante extranjero —dice—, como también el hombre poseído de espíritu mercantil, no ven un pueblo organizado moral y políticamente, sino sólo riquezas que explotar, un territorio más o menos rico, cuyos habitantes son factores de producción y de consumo. “Las antisociales doctrinas utilitarias han abierto ya una amplia brecha en el sentimiento de patria del pueblo chileno... sus consecuencias son muy visibles en todas las manifestaciones de la vida del Estado, especialmente en lo que se relaciona con su faz económica, como es natural”.

En su conferencia sobre “La decadencia del espíritu de nacionalidad”, de 1908, termina proféticamente: “En la atmósfera moral de Chile flota a la fecha un vago presentimiento de males futuros, de intranquilidad por el porvenir, de presagios siniestros, algo como la conciencia de un mal interno indefinido, que royera sordamente los centros mismos de la vida nacional. Esta alarma general de los ánimos ha traspasado ya los límites de la inquietante duda y el pueblo chileno empieza a perder la antigua fe en sus destinos. El lazo que une los mil motivos de descontento es, pues, el sentimiento de nacionalidad, el instinto magníficamente desarrollado de patria”. “Los perjuicios materiales de cada uno, ni sus injustas postergaciones, ni la suma de todos ellos bastan para explicar la dolorosa alarma de los corazones chilenos; no es el presente ni el futuro económico de su país lo que en primer término los inquieta, es su porvenir orgánico, su existencia de Nación, de entidad política, de patria, lo que sienten amagado por su basé; notan que Chile empieza a descender la pendiente de la desorganización, en cuya sima ven con espanto su disolución final”.⁵²

Ya a comienzos de este siglo se ha entrevisto, pues, la crisis del Estado nacional y del genuino pueblo, amenazado a la vez por la disolución racial, los negocios corruptos, el capitalismo y el socialismo. Comienza en Chile, con MacIver y con el transido nacionalismo de Palacios, “el mal del siglo”.

Una de las explicaciones más corrientes de la decadencia es justamente la conquista del salitre: tal como el guano y su monopolio había corrompido al Perú, se decía, ocurrirá en Chile con el salitre. Ya hemos visto la idea, enunciada desde España por Unamuno. El diputado a la Cámara Alfredo Yrarrá-

zaval, la expone así en 1901: "Yo creo, señor, que la respuesta a estas preguntas está en que en 1879 luchábamos contra un pueblo leproso, y en que, al concluir la guerra a costa de nuestros soldados, adquirimos el tesoro de ese leproso como indemnización, pero junto con él, el germen de la lepra que hoy nos invade".⁵³ Alejandro Venegas acoge también la "maldición del salitre".

Recientemente, Sergio Villalobos, ha señalado que "Nuestra inferioridad económica" de Francisco Antonio Encina, proviene en su argumentación central de un artículo de Zorobabel Rodríguez, "De nuestra inferioridad económica", publicado en una revista en 1886.⁵⁴ Es verdad que Rodríguez, representante de la corriente más liberal del Partido Conservador, es adorador del progresismo y de la sociedad burguesa, utilitario, enemigo de los consumos suntuarios y de la ociosidad popular chilena, partidario de la enseñanza industrial; pero el tono general de su obra es repulsivamente espeso y prosaico, de lo que está libre Encina (1874-1965).

El libro de este último, publicado en 1911, constata la debilidad chilena en su crecimiento demográfico (muere el 38,9% de los nacidos en los últimos años), y comparte con Rodríguez el deseo de que la juventud se enderece a la enseñanza industrial, en lugar de dirigirse a las carreras liberales. En cambio, no cree que la decadencia se deba al salitre y de que seamos, como se decía, "un Fisco rico en un país pobre". La verdad es que los derechos sobre el salitre han crecido lentamente, y han permitido, no obstante, liberar de contribuciones a la propiedad raíz, de suerte que el "corruptor mineral" ha sido un factor de crecimiento de la riqueza privada; además, se ha abierto en el Norte un nuevo mercado para la agricultura y la ganadería del Centro y de la Araucanía. El factor en que Encina coloca el mayor énfasis es la caída del espíritu empresarial que se manifestaba hacia 1860 y 1870 en los pioneros del Norte: "hoy sabemos más que antes, pero nos atrevemos menos". Lo fundamental para él es este retroceso psicológico. En cambio, no cree que sea verdad la corriente afirmación de que las importaciones sean principalmente suntuarias: la mayor porción de ellas tienen algo que ver con la vida doméstica, mas no en el tren de vida lujosa (por ejemplo, el zinc en lugar de tejas). Pero es cierto que el contexto con Europa lleva a copiar las instituciones, ideas y gustos: "desde 1870 en adelante, cesa en Chile el desenvolvimiento espontáneo. El progreso deja de ser el resultado de fuerzas propias del organismo". Aplicando las ideas de Spencer

sobre la secuencia desde la etapa militar a la etapa industrial, llega Encina a la conclusión de que nuestro pueblo, en vez de evolucionar hacia la industria, ha abordado la más tardía "fase intelectual": tal como antes se codiciaban los títulos nobiliarios, se codician ahora los grados universitarios (idea ya antes enunciada por Zorobabel Rodríguez). La enseñanza libresca impide una educación del carácter y de las destrezas técnicas.

Vemos, pues, que Encina es hostil al ideal educativo de Bello y de Letelier; como tantos nacionalistas chilenos, deseosos del engrandecimiento patrio, miraban hacia Inglaterra y Estados Unidos como paradigmas del progreso. Pero Encina, con buen ojo histórico, sabe también (y lo dice en "Nuestra Inferioridad Económica) que en todo chileno hay algo de Vicente Pérez Rosales y de su aventurerismo; y debiera recordar que ese espíritu empresarial de Pérez Rosales, como el de José Santos Ossa y de José Tomás Urmeneta, no tenían la austeridad y el espíritu de ahorro de los manufactureros de Manchester; se semejaban más bien a los conquistadores españoles del siglo XVI, a lo que llama Sombart "capitalismo aventurero". Y, después de su etapa pionera, ingresaban sin problema alguno en la aristocracia terrateniente y en la política aristocrática. Nada hay en ellos de la conciencia de clase burguesa, anti-nobiliaria.

Guillermo Subercaseaux (1872-1959), miembro del Partido Conservador, fundador de la Unión Nacionalista en 1914 —muy pronto deshecha, tras de las elecciones de 1918, coincide en buena parte con las ideas de Encina, pero está más interesado que él en la política activa. Es uno de los políticos de la época parlamentarista más dotado de espíritu público y más estudioso en su campo. Lo que más reprocha a Conservadores y Radicales es el doctrinarismo clerical y anticlerical, respectivamente. El clericalismo conservador introduce a la Iglesia en dominios en que tiene que apartarse de lo verdaderamente religioso; y por otra parte, impide que el Partido Conservador siga el modelo del Conservantismo inglés o del español (el de Cánovas del Castillo), los cuales, respetando intensamente a la Iglesia, se preocupan además con fervor de conservar y perfeccionar el orden administrativo, social y económico. Subercaseaux, un economista de buena formación científica al nivel de su tiempo, e investigador de la política monetaria de Chile, quisiera una política económica racionalmente proteccionista y de una intervención estatal allí donde la iniciativa privada no bástala: por ejemplo, en las grandes obras de regadío, la implan-

tación de la industria siderúrgica, basada en la cooperación del Estado con alguna empresa extranjera sería: La protección aduanera para la industria del papel; la protección a la Marina Mercante nacional; el mejoramiento de las vías de comunicación y de los puertos; la construcción de vías ferroviarias transversales hacia puntos de la costa donde esté situada alguna industria (como la del carbón, en Concepción y Arauco); la nacionalización de todas las industrias que puedan ser explotadas por chilenos o por extranjeros ya establecidos, de modo que las utilidades no salgan del país; la nacionalización de los Bancos y de los seguros, la creación de un Banco Central, el padrón de oro, etc. todos esos puntos le parecen objetivos dignos de una seria política nacionalista. Ella requiere una reforma radical del Parlamentarismo vigente, que condena sin reservas, y sería necesario un Ejecutivo que realmente gobierne, estabilidad ministerial, y tecnificación de los servicios de Hacienda y de Relaciones Exteriores. En materia de enseñanza, como toda esta literatura nacionalista, está por la enseñanza primaria obligatoria, pero en escuelas de libre elección por los padres de familia; y, en seguida, por el fomento de la enseñanza técnica y comercial, con lo cual espera que se desarrolle en la juventud el espíritu de empresa.

Subercaseaux defiende firmemente la legislación social, pero es hostil al socialismo. Países jóvenes, con población todavía poco densa, con tal que ella tenga espíritu de trabajo, estarán más interesados en encontrar nuevas fuentes de producción agrícola, minera o industrial, sin que tengan que llegar a los enfrentamientos de clases sociales, como en los Estados que han alcanzado ya una fuerte densidad de población y de industrialización. Pero este Conservantismo de Subercaseaux, nacionalista y pragmático, al estilo inglés, finalmente nunca fue posible en Chile: el lazo con el clero era demasiado fuerte, por un lado; y por otro, el Conservantismo careció de una visión económica claramente diferente del liberalismo clásico, hasta que vino a dividirse⁵⁵ justamente por ese tipo de problemas, en la década del 1930.

La crítica social y "la cuestión social"

La medida del odio a la oligarquía que se incubaba en el seno de las clases medias relativamente ilustradas, lo da el libro "Sinceridad. Chile íntimo en 1910", por el profesor del Liceo de Talca, Alejandro Venegas, bajo el seudónimo de Doctor

Valdés Cange. Carece de la pasión positiva de Palacios por "el roto", así como de su apetencia teórica. Es simplemente una diatriba, no solamente contra la oligarquía, sino también contra la pasión guerrera del chileno. "Nuestro triunfo en la Guerra del Pacífico nos ha hecho un mal inmenso, desviando nuestra orientación en lo que atañe a nuestro porvenir: hemos creído que Chile está destinado a ser una gran potencia militar y que, siéndolo, seremos también prósperos y nuestro nombre será respetado por todos los pueblos de la tierra. Con esta creencia nos hemos lanzado desatentadamente a formar ejércitos y escuadras, cuyo mantenimiento nos obliga a dedicar a esas ramas una cantidad de savia tal, que el resto del árbol languidece y tendrá que desarrollarse débil y raquítico".

Desde la Guerra del Pacífico "se viene operando en la sociedad chilena una evolución trascendental que, alejando progresivamente los elementos que la componen, al presente impiden casi en absoluto a los de arriba, que son muy pocos, conocer a los de abajo, que constituyen la inmensa mayoría". Va surgiendo, y Venegas nos lo atestigua, una imagen histórica que mira con cierto respeto o incluso nostalgia el pasado anterior al 1870, juzgándolo menos lacrado que el actual momento, caracterizado por un distanciamiento más hondo entre los estratos de la nación. (Sin embargo, quien lee la "Sociabilidad chilena", de Bilbao, escrita en 1844, encontraría igual apasionamiento denunciador que en Venegas.) Pero hay que destacar un rasgo, que está muy generalizado en la literatura crítica de la época: la intervención electoral de antes de 1891 era superior como método de selección, que "la libertad electoral" posterior. "Antes teníamos, es cierto —dice Venegas—, una parodia de república democrática, porque el pueblo no elegía sus representantes; pero siquiera éstos eran impuestos por una autoridad ilustrada y responsable, que sabía, por lo común, elegirlos de entre los mejores; mientras que, en la actualidad, subsistiendo la parodia, y más ridícula que antes, los miembros del Congreso son elegidos sin responsabilidad alguna, y triunfan casi siempre los más audaces, los más codiciosos, los más desvergonzados, los más pervertidos". El acento valórico se ha invertido totalmente desde 1891 a 1910: tanto un demócrata como Venegas, como aristócratas al estilo de Alberto Edwards, en todas sus obras, justifican relativamente el régimen portaliano de intervención presidencial, por comparación con el cohecho, los fraudes y el caciquismo que ha venido a significar "la libertad electoral".⁵⁶

No hay para qué detallar el enconado ataque a la oligarquía: ya los temas nos son demasiado conocidos: los agricultores prefieren el papel moneda para cambiar el oro que reciben por sus productos contra el papel con que pagan a sus acreedores y a sus operarios;⁵⁷ no practican una agricultura intensiva, sino rutinaria (exceptúa nominativamente a Salvador Izquierdo, quien se ha dedicado a la arboricultura); defienden los altos precios del ganado mediante un impuesto al ganado argentino que encarece el precio de la carne, sin mejorar los métodos de crianza. Los títulos universitarios son para los oligarcas como títulos de nobleza, “pero la ciencia pura, la virtud sincera, el amor al arte por el arte, son monedas que no corren en esta bendita tierra de Chile, y desacreditan a quien tiene la desgracia de llevarla consigo”.⁵⁸ Y frente a la oligarquía está una raza popular degenerada por el alcoholismo, las enfermedades venéreas y el matrimonio entre consanguíneos. Hay en el *pathos* acusatorio de Venegas mucho de verdad, pero fuertemente marcado por el resentimiento, y cierra los ojos ante los defectos que pueden achacarse a la clase media. El éxito del libro, en todo caso, es un síntoma del clima de la época.

Augusto Orrego Luco había ya tocado “la cuestión social en Chile” en un artículo así titulado, en 1884. Destacaba allí sobre todo el alto índice de mortalidad infantil: un 60% de los nacidos mueren antes de los 7 años; “la miseria y las preocupaciones contribuyen igualmente a producirla”.⁵⁹ Ya antes, en 1872, Fanor Velasco, quizás impresionado por los recientes sucesos de la Commune de París, escribía: “es imposible dejar de reconocer que el germen de la revolución social está en la atmósfera del mundo y que las bases económicas de los pueblos civilizados están condenados a modificarse, más o menos pronto, más o menos esencialmente, pero en todo caso fatalmente condenados a una profunda transformación”. Esta misma impresión, muy probablemente fruto de aquel acontecimiento parisiense, debe de ser el motivo de una frase enigmática de las Memorias de José Francisco Vergara cuando, a propósito de las noticias sobre síntomas de la guerra venidera en Chile, escribe que ellas, en vez de alarmarle, le llenaron de esperanzas, “porque estaba bajo el peso de la convicción de que nos acercábamos a una lucha social. La penuria y el malestar eran tan grandes en Chile, que se necesitaba la más pequeña cosa para que estallara un verdadero conflicto entre los que morían de necesidad y los que todavía tenían algo”.⁶⁰

Zorobabel Rodríguez se había expresado con energía en el

sentido de que en materia de salarios, la única actitud correcta del Estado era el "laissez faire". Pero otros católicos habían ya emprendido la formación de círculos de obreros, movidos por las experiencias conocidas de Alemania y de Francia, como es el caso de Abdón Cifuentes. Luego, en la obra de los Patronatos, se destacará Carlos Casanueva Opazo, desde fines del siglo. El Arzobispo Casanova, a quien tocó anunciar en Chile la encíclica "Rerum Novarum", destacó sobre todo su sentido antisocialista, pero marcando también la obligación del buen trato a los obreros. Más tarde, en 1905, dirige unas Pastorales sobre los problemas del alcoholismo y de la vivienda obrera. Su sucesor, Juan Ignacio González Eyzaguirre, se pronuncia en 1910 sobre el deber de pagar un salario justo, que bastase a la subsistencia del obrero y de su familia. La investigación ha destacado ya suficientemente los esfuerzos de laicos y eclesiásticos en un sentido social-cristiano: la fundación de Patronatos por Carlos Casanueva, Juan Enrique Concha y Carlos Silva Vildósola; la labor de Francisco de Borja Echeverría y el mismo Concha en la cátedra de Economía Social en la Universidad Católica; las intervenciones de Concha en el Senado en favor de la legislación social. Para él, es esencial, justamente para impedir la propagación del socialismo, la intervención estatal legislativa y el trato familiar, paternal, con el obrero, a diferencia del impersonalismo del capitalismo de sociedades anónimas. Todo un grupo de senadores conservadores propuso en 1919 una legislación sobre sindicatos, arbitraje en conflictos laborales y contratos de trabajo. Con todo, esta primera oleada del Social-cristianismo se plantea sobre todo como un conjunto de obras de beneficencia y de leyes de reformas puntuales; aunque marcan sus distancias del liberalismo y del socialismo, no plantean un ideario positivo de orden social, y en política no formulan cuestionamiento alguno del régimen parlamentario liberal.⁶¹ El grueso del Conservantismo no se interesó a fondo por la "cuestión social". En el Partido Liberal se sabe que Arturo Alessandri hizo su tesis de Licenciado en Leyes sobre "Habitaciones obreras" (1892). Manuel Rivas Vicuña se interesó constantemente, nos lo dice en sus Memorias, por la dictación de la ley de Instrucción Primaria Obligatoria, promulgada solamente en 1918, pues los conservadores hasta entonces la veían como una maniobra del Estado docente y laicista. Además, el mismo Rivas Vicuña, junto con Luis Aldunate y José Antonio Gandarillas presentaron en 1903 un proyecto sobre vivienda popular.⁶² Después de 1910, la juventud liberal, "el

kindergarten terrorista” en que participan José Maza, Arturo Matte, los Gallardo Nieto, en mucha proximidad a Rivas Vicuña, se siente muy cerca de los proyectos sociales y educacionales.

Pero es sin duda en el Partido Radical donde la “cuestión social” tuvo más relieve teórico, gracias a la personalidad de Valentín Letelier. Había escrito Letelier un artículo, “Los pobres”, en que mostraba cómo se había planteado ya en ese tiempo la lucha de clases, “fatal para la existencia del principio de igualdad”. El Derecho burgués era tan inexorable con los pobres como el Derecho Romano, obra de los plebeyos, era inexorable frente a los esclavos. El Derecho moderno burgués crea una situación jurídica perfecta cuando las partes están en igualdad de condiciones; en caso contrario, “la libertad es una irrisión para los débiles, porque no hay desigualdad mayor que la de aplicar un mismo derecho a los que de hecho son desiguales”. Letelier llega así a la misma conclusión que llegaba, sesenta años antes, el célebre predicador Lacordaire: entre el fuerte y el débil, la libertad oprime y la ley libera. “Si los pobres fuesen consultados en una reforma del derecho civil —prosigue Letelier—, sin vacilar renunciarían a una porción de esa libertad en cambio de alguna protección de parte del Estado contra la avidez de los usureros y contra el despotismo de los empresarios”. “Los pobres prefieren cien veces la justicia primitiva de San Luis, administrando a la sombra de una encina, sin aparato judicial, sin alegatos escritos y sin intervención de terceros”. El Estado no es sólo custodio del orden, sino también del progreso, de “una tendencia de índole más social y más generosa”. Letelier ataca de frente en este artículo las doctrinas del librecambio y del individualismo.⁶³

En la Convención Radical de 1906, los radicales —que sacaban su fuerza en Santiago principalmente de profesionales, profesores, empleados particulares, en suma, capas medias, mientras en Concepción y en el Norte Chico eran el partido de los grandes propietarios— encaran resueltamente la gran controversia de individualismo y socialismo. Mac-Iver es el gran campeón de la causa del liberalismo económico, frente a Letelier. La Comisión presentó dos informes. El de minoría sostenía la tesis de Mac-Iver, la que había expuesto ya en su gran conferencia de 1900: la decadencia era “moral”, es necesario moralizar a los obreros; no puede aceptar que el Partido Radical, heredero del liberalismo, se someta a un nuevo autoritarismo, al colectivismo socialista. Se repetirá en Chile —dice— la

división de radicales y Radical-socialistas, como en Francia, "En tiempo de los reyes había cortesanos y lacayos, hoy las masas populares tienen también quienes desempeñan ese papel." Lo que él llamaba "moralizar" al obrero, lo entendía en el sentido de la instrucción, la fuerza de voluntad, el espíritu de ahorro.

Para Letelier, y para sus partidarios como Fidel Muñoz Rodríguez y Armando Quezada Acharán, el socialismo que ellos propugnaban era por lo demás lo contrario del socialismo revolucionario de la lucha de clases; era la legislación que buscaba elevar el nivel de vida de los obreros, "para prevenir justamente la expansión del socialismo de combate. Sería aquél un socialismo de Estado o de cátedra —escribe Letelier—, si así prefería denominársele; pero de todas suertes era un socialismo mitigado, que nada tenía de subversivo ni de trastornador". La protección al obrero, corrobora Quezada Acharán, para evitar la actual explotación por el patrón, sólo puede practicarla eficazmente el Estado, como "mandatario de la sociedad". Benjamín Vicuña Subercaseaux, hijo del historiador y radical simpatizante con Letelier, en su obra "El socialismo revolucionario y la cuestión social en Europa y en Chile", en 1908, aduce que el "laissez faire" había sido conveniente en un momento histórico, el siglo XVIII, para limitar los abusos del poder real y de la arbitrariedad de las corporaciones; pero nada de eso existe ya; ahora se considera al Estado como órgano de la sociedad, como delegación de la soberanía nacional.

Por lo demás, la corriente de Letelier era "jacobina" en materia religiosa, como se lo reprochaba Mac-Iver: representaba un eco de la política de Combes en Francia, en los años anteriores: **suprimía el voto religioso, los bienes de mano-muerta, prohibía dar grados universitarios a los alumnos de colegios religiosos, igualaba los cultos, etc.** Mac-Iver, en cambio, representaba un liberalismo moderado en estas materias, lamentando incluso la proposición de admitir el divorcio.

Aisladamente, un convencional, Alejandro Parra, declamó contra el patriotismo, como noción contraria a la Humanidad y a la Paz universal; pero su discurso fue acogido con indignación. Era un lejano preludio del Humanitarismo y Anarquismo que florecerían en 1920.⁶⁴

El voto aprobado finalmente en la Convención de 1906 es ecléctico y carece de interés teórico; pero el debate había sido importante: el socialismo de Estado o de cátedra, bebido por Letelier en Alemania, era en el fondo una nueva forma de la

noción tradicional de Estado, que, protegiendo al proletariado, lo incorporaba mejor al Estado y lo defendía de caer en manos del socialismo revolucionario; pero era una forma tradicional sólo en este sentido autoritario, ya que en el campo religioso se eliminaba del Estado toda sacralidad.

En materia doctrinaria política, Letelier había estado contra Balmaceda, pero posteriormente ha explicado su decisión en un sentido cada vez más relativizado. En "La tiranía y la Revolución" parte de la célebre doctrina de Spencer (que por lo demás está ya, sin mayor desarrollo, en Comte) del paso de las sociedades desde el estadio militar al industrial. Se explica así que el ejército haya apoyado a Balmaceda. El desarrollo industrial llevará a una Sociocracia, a una burguesía sui generis, como se encuentra en la Constitución realista de 1833. El liberalismo absoluto fue útil —prosigue— para destruir el despotismo, pero después sólo desquicia el progreso, se opone a un servicio público de instrucción. En una nota a su "Génesis del Estado y de las instituciones fundamentales" declara que, a su juicio, el texto constitucional de 1833 se inclinaba al régimen presidencial y que, si se había entendido en 1891 de modo contrario, ello se debía más bien a prácticas parlamentarias que sirvieron de precedente a los revolucionarios; "que nosotros creemos fatal para la República un régimen, cual es el parlamentario, que anula la acción y la responsabilidad del gobierno"; y que, en fin, si estuvo en 1891 en la oposición parlamentaria, fue porque en un pueblo libre tampoco se puede aceptar que el Jefe de Estado cambie por sí solo el régimen político existente. Es decir, en realidad Letelier, al declarar esta especie de retractación, solamente justifica la revolución por una cuestión de procedimiento.⁶⁵

En su forma final, pues, el pensamiento de Letelier ha unido coherentemente un autoritarismo moderado en política con un socialismo de cátedra de fuente alemana en lo social, y con un jacobinismo en lo religioso. Descendiente del liberalismo decimonónico, ya no deja casi nada de esta herencia, arrastrado por su filosofía comtiana-spenceriana hacia un sociologismo autoritario.

Los movimientos y acciones huelguísticas o reivindicativas del proletariado (sobre todo de la zona salitrera, de Valparaíso y de Santiago) han sido objeto de muchos relatos y de exposiciones historiográficas, de que no tenemos por qué ocuparnos en esta "historia nocional". Ni el anarquismo ni el socialismo de 1900-1910 en Chile han producido pensamientos originales; tienen

el significado poderoso de la acción, pero se podría decir que son inexistentes en el plano intelectual. Los anarquistas difundieron toda una literatura revolucionaria importante, en que destaca la producción del Príncipe Kropotkine, publicado por Sempere, de Valencia; los anarco-sindicalistas han difundido a Sorel y su célebre doctrina de la acción directa por la huelga total; los socialistas de Recabarren, naturalmente han transmitido la doctrina marxista, sobre todo a partir del momento en que Luis Emilio Recabarren se separa del Partido Demócrata (1912), calificándolo como oportunista, y funda el Partido Socialista Obrero, que en 1921 adherirá a la Tercera Internacional, y el año siguiente tomará el nombre de Partido Comunista de Chile.⁶⁶

La rebeldía juvenil universitaria y la generación del año 20

La Federación de Estudiantes de Chile (FECH), fundada en 1907, pasó a ser, desde ese mismo año, un órgano de rebeldía, por problemas domésticos universitarios, pero que pronto derivaron también a un anticlericalismo militante, expresado en las manifestaciones contra el Nuncio Sibia, en 1913 y en defensa siempre del Estado Docente. Sus dirigentes provenían inicialmente, sobre todo, de jóvenes radicales o liberales doctrinarios, pero a fines de la década de 1910 son sobre todo anarquistas y antimilitaristas. Una individualidad característica de los primeros años es Pedro León Loyola, más tarde profesor de Filosofía en el Instituto Nacional y en la Universidad de Chile. En la FECH se destacó al marcar que los estudiantes deben ser “el avance de las masas populares”. “Se trata —dice en una conferencia en 1910— no de impedir, sino de facilitar la reforma. La gran cuestión está en que el paso del estado actual al que ha de venir se realice pacíficamente, sin derramamiento de sangre ni de lágrimas, por evolución razonada y no por revolución violenta... ¡Luchad por el bien!” Al obrero “en ningún caso le predicaremos la violencia; por el contrario, se la haremos aborrecer. Le enseñaremos con sinceridad sus derechos y sus deberes, para que conquiste aquéllos con la razón y éstos con dignidad”. Su libertarismo no violento y su eticismo serán los rasgos constantes de su predicación. En abril de 1918 fundó la Universidad Popular Lastarria, sin pretensiones de otorgar grados. En ella dictaron cursos Manuel Rivas Vicuña, Carlos Vicuña Fuentes,

discípulo del positivismo humanitario con rasgos de un anarquismo dentro de la ley (era un excelente abogado), el profesor de Historia Julio Montebruno, Laín Diez, Guillermo y Amanda Labarca (político radical el primero, feminista su esposa), el futuro profesor de Filosofía Eugenio González, el educador Manuel Guzmán Maturana, el político Fernando García Oldini (miembro del Partido Demócrata), el profesor de Matemáticas Alfredo Lagarrigue, el joven radical Santiago Labarca, y otros.⁶⁷

Humanitarismo antibélico, Socialismo y Anarquismo eran consignas propias de toda la juventud "de ideas avanzadas" desde antes de 1920, pero singularmente señalado en ese año tormentoso, y a ellos se unieron intelectuales y escritores de la generación anterior, como los Tolstoyanos y "el grupo de los Diez" (D'Halmar, Fernando Santiván, y otros). Todo se conjuraba en su favor. En 1917 había triunfado la Revolución Rusa y aun aquéllos que no eran comunistas o socialistas creían en su sentido liberador. El fin de la Guerra Europea trajo consigo una oleada pacifista y antimilitarista, entusiasta del moralismo del Presidente Wilson. En el ámbito doméstico, había triunfado en el Congreso la Alianza Liberal, de un tinte marcadamente mesocrático, y cuyos presidenciables más probables para 1920 eran los liberales doctrinarios Eliodoro Yáñez⁶⁸ y Arturo Alessandri, que desde su triunfo como Senador por Tarapacá ("el León de Tarapacá") era la figura más saliente de los "hombres de avanzada". Ya la Convención de la Alianza de 1915 había dado motivos para que Mac-Iver murmurara que era una asamblea "de locos"; la de 1920 fue mucho más masiva en sus formas: las griterías en favor de "la democracia" y contra "la oligarquía", "la canalla dorada". Del viejo radicalismo decimonónico subsiste aún el anticlericalismo y la denuncia contra los bienes de la Iglesia; pero predomina la lucha social y antimilitarista, anarquista y socialista. El "proceso contra los subversivos", iniciado contra los anarquistas por denuncia del Gobierno, que se fundaba en el cargo de antipatriotismo, llevó a una excitación culminante cuando el estudiante José Domingo Gómez Rojas, incomunicado y maltratado por disposiciones del Ministro de la Corte de Apelaciones, José Astorquiza, tuvo que ser al fin trasladado al Manicomio, donde falleció a los pocos días. Como la FECH se oponía a la movilización al Norte para defender la frontera contra una presunta agresión peruana o boliviana ("la guerra de don Ladislao", porque se atribuyó al Ministro de Guerra, Ladislao Errázuriz, como un pretexto para aliviar las tormentas de la política interna), tuvo que declarar

que "Patriotismo no significa amor a la guerra, sino amor a la Patria, y la historia y la razón nos dicen que el más alto deber, así como la más segura conveniencia de la Patria, es la paz".⁶⁹ Su antibelicismo le costó, en julio de 1920, el asalto y devastación de su local, por parte de las juventudes enfervorizadas de patriotismo, y el incendio de su biblioteca, formada principalmente por Loyola. Vicuña Fuentes, que estaba actuando en la defensa judicial de los "subversivos", nos ha pintado en largas y apasionadas páginas ese episodio, y cita los libros lanzados a la calle y quemados después del asalto: él, como profesor de la Universidad Lastarria, conocía esa biblioteca. La lista es un documento de los libros que formaban una biblioteca en estos medios ilustrados y "avanzados": Lenin, Trotzky, Kropotkine, Bakunin, Gorki, Marx, Bello, Barros Arana, Romain Rolland, Anatole France, Lastarria, Amunátegui, Platón, Esquilo, Sófocles, Homero, Aristófanes, Vasconcelos, Cervantes, Calderón, Shakespeare, la Biblia, el Quijote, las Novelas Ejemplares de Cervantes, las Odas de Horacio, la Ilíada en la traducción francesa de Leconte de l'Isle, el Ideario de Uliánov, Rubén Darío, Verlaine, Francis Jammes, Mallarmé, Sully Prudhomme, Juana de Ibarburú, Gabriela Mistral, Alfonsina Storni.⁷⁰ Los dirigentes de la FECH Alfredo Demaría y Juan Gandulfo, Santiago Labarca, Pedro León Ugalde, tuvieron que esconderse para evadir una orden de prisión dictada contra ellos por el Ministro Astorquiza en "el proceso contra los subversivos" y por los nuevos cargos de antipatriotismo.

Recaía la mayor parte del odio en estos medios, aparte de Astorquiza, contra el Presidente Juan Luis Sanfuentes. Tanto Rivas Vicuña como Vicuña Fuentes coinciden en sus retratos de este personaje, salvo siempre la virulencia del estilo del último.⁷¹ Era un notable político de maniobras, que había sucedido a su hermano Enrique Salvador, muy superior a él, cuando éste fue designado Ministro en Francia, en 1902. El Partido Liberal Democrático se convirtió bajo su mando en un grupo dócil y en un núcleo de intereses, como ya lo hemos mostrado en su manifiesto de 1906. Sanfuentes, corredor de comercio, sin ideas propias en ningún campo, es el paradigma del caciquismo de la época, en escala nacional. Tenía lo que faltaba a su hermano, dice Vicuña Fuentes: "la amabilidad campechana y cordial, la acogida democrática y sonriente, aun a los más humildes, la simpatía penetrante que florece en los hombres privados de orgullo". En las reuniones en casa de su hermano, cuando estaba todavía en Chile, don Juan Luis "estrechaba la mano a

cada uno, se interesaba por todos, y prodigaba su influencia indirecta en las esferas del gobierno, llevándola hasta los más humildes". Ya jefe de Partido, pasando sucesivamente a la Alianza o a la Coalición, según la coyuntura, colocaba a sus partidarios en cuanto cargo podía, "incluso en la magistratura, los curas, notarios, funcionarios del Registro Civil, empleados de aduanas y ferrocarriles, maestros primarios, funcionarios de policía": todo lo que retrata un tipo político de la época, el "cacique". Desde 1918, con un Congreso adverso, se ve casi reducido a la impotencia. Pero sus últimos actos de Gobierno, las acusaciones de intervención en la elección presidencial de 1920, la movilización al Norte, lo convirtieron, para el medio estudiantil, en el "chivo emisario" del Antiguo Régimen. La revista de la FECH, "Claridad", que comienza a publicarse en octubre de 1920, le dedicó un número completo, el 10, aparecido justo el 23 de diciembre, fecha en que entregó el mando: textos burlescos y cargados de odio a él y a sus más cercanos consejeros políticos.

"Claridad", que se titulaba "Periódico semanal de Sociología, Arte y Actualidades", bien merece unas líneas, como órgano representativo de una generación, entonces juvenil, cuya mentalidad influyó mucho en esos años.

Una declaración de principios en torno de "la cuestión social", publicada en el número 5, de 6 de noviembre de 1920, sostiene: "la Federación reconoce la constante renovación de todos los valores humanos. De acuerdo con este hecho, considera que la solución del problema social nunca podrá ser definitiva y que las soluciones transitorias a que se puede aspirar suponen una permanente crítica de las organizaciones sociales existentes. Esta crítica debe ejercerse sobre el régimen económico y la vida moral e intelectual del país". Está por "la socialización de las fuerzas productivas y el consecuente reparto equitativo del producto del trabajo común, y por el reconocimiento efectivo del derecho de cada persona a vivir plenamente su vida intelectual y moral... Declara finalmente que todo verdadero progreso social implica el perfeccionamiento moral y cultural de los individuos". Como se ve, aparte de la frase sobre la socialización de la producción, el lenguaje dista mucho de ser marxista, y se enlaza más bien con un anarquismo intelectual libertario e individualista, la afirmación de un progreso infinito, que relativiza el valor de cada una de sus etapas, nada semejante a la creencia mesiánica en una sociedad sin clases —tal vez un vago nietzscheanismo, la visión de una ilimitada mutación de los valores.

Otro punto siempre recurrente en "Claridad" es el pacifismo y antimilitarismo, entonces de moda, como hemos ya dicho. Las naciones, como los individuos, están sujetas a la justicia. En una declaración contenida en el número 12, de 22 de enero de 1921, indica que para la FECH la escala progresiva de valores es: Individuo, Familia, Patria y Humanidad. Abundan las citas y fragmentos de escritores antibélicos: Anatole France, Henri Barbusse, Romain Rolland, Nicolai (quien más tarde se trasladaría de la Universidad de Córdoba a la de Chile). En este contexto ideológico se entiende la posición de Carlos Vicuña Fuentes, tan cercano a la Federación, aunque ya no estudiante, según el cual el conflicto sobre Tacna y Arica debería resolverse entregándolas al Perú, más una faja de terreno al norte de Tarapacá, como un corredor para Bolivia (en "La cuestión social ante la Federación de Estudiantes", en 1921), lo que le valió la repulsa del Canciller Barros Jarpa y en fin su destitución como profesor universitario.⁷²

"Claridad" mantiene contactos con los grupos de reforma universitaria argentinos y con el mediocre autor de "El hombre mediocre", José Ingenieros, tutor de los grupos de avanzada de ese país en aquellos años. Inserta varias veces fragmentos de "Insurrexit", periódico estudiantil argentino. En un cartel, una especie de editorial, en el número 9, de 11 de diciembre de 1920, adapta así un cartel publicado en "Insurrexit": "Sea Ud. un cobarde. Así redondamente. Y no crea que se lo decimos para atraerle a este cartel. No, simplemente: Ud. está leyendo esto, sea quien fuere. ¿Se ha fijado cómo vive? ¿Qué es lo que hace todos los días? Calla cuando le conviene. Se arrima siempre al más fuerte. Opina como todo el mundo. ¿Cuándo ha levantado su voz ante la infamia escandalosa que le rodea? ¿Cuándo?... A ver, revise su vida. Mañana o pasado muere Ud. y para qué le ha servido. ¿Sabe lo que es esta sociedad en que vivimos, la sociedad capitalista? ¿Sabe lo que es el régimen que nosotros preconizamos y que Ud. retarda? Ud. piensa, sin duda, como El Mercurio, La Nación, El Diario Ilustrado, etc., como el diario que Ud. lee todos los días. Aprenda, hombre, Ud. mismo. No sea un muñeco. Tenga vergüenza. Use su propia cabeza, para eso la tiene. Averigüe, entérese. No sea un miedoso. Y no se vaya tranquilo después de leer esto. Es en vano que se haga el sordo. Es Ud. un cobarde, a merced del que mejor le pague o más fuerte le grite. No se haga ilusiones sobre Ud. mismo. ¿Cuándo se animó a decir algo que pudiera comprometerlo? Por los mansos individuos como Ud. es que el mundo es inhabitable de canalla".

Los redactores de la revista tienen admiración por la generación del 98 y sobre todo por Unamuno, como paradigma de hombre libre, y lo citan, en el número 8, junto a Ramón y Cajal, Baroja, Zuloaga, Marquina, Ortega y Gasset, Pérez de Ayala, Eugenio D'Ors, "y tantos maestros de verdad". Respecto a escritores chilenos, han recibido una postal de Vicente Huidobro desde Madrid, y junto con ella dos proclamas dadaístas de Tzara y Picabia (en el número 3). Entre los chilenos, elogian a Pedro Prado, Armando Donoso, Gabriela Mistral, Roberto Meza Fuentes, Víctor Noir (seudónimo de Enrique Tagle), Víctor Domingo Silva. Frente a todos los escritores, su consigna es la infaltable cita: no encerrarse en la "torre de marfil"

En torno a la Presidencia Alessandri que se inicia, "Claridad" es primeramente muy cautelosa. Barros Borgoño representaba la reacción, Alessandri, solamente la transición (número 4, de 31 de octubre): la combinación que lo acompaña "se limita sólo a refaccionar la fachada un tanto vetusta del actual edificio social". Promete seguir criticando sin desmayo el régimen capitalista. Más tarde aparece, en el número 8, una advertencia indisimulable a Alessandri, a quien el proletariado apoyó porque "prometió reformas, que si bien no eran muy grandes, implicaban cierta mejoría en las condiciones de vida del pueblo". "...El endiosamiento entre el pueblo de un hombre que va al poder, apoyado no solamente en el proletariado, sino por un grueso núcleo burgués, hará muy difícil la crítica del gobierno de este presidente entre los obreros." El 10 de enero de 1921 (número 11) incita a abstenerse en las elecciones parlamentarias de marzo: los anarquistas, ya se sabe, son hostiles a los procesos electorales. El Parlamento chileno es un fracaso: no es que la mayoría sea de contrabandistas, especuladores y ladrones, ellos son excepción. "Nos referimos a los gestores administrativos y a los agricultores semianalfabetos, a los arribistas de la "clase media" y a los viñateros inmorales, a los aristócratas ignorantes y a los no menos incultos representantes de las clases populares. Debidamente representado en el Parlamento de Chile está —sin duda alguna— el 50 ó 60 por ciento de analfabetos de nuestra población. Pero no ocurre lo mismo con los inmorales: tienen una representación superior a la que honradamente les corresponde". La misma posición anarquista mantiene la revista frente a la legislación social. Cuando se iba a discutir en el Senado la Ley de Accidentes del Trabajo, un redactor escribió: "Una nueva farsa... El narcótico de una pseudo

legislación social, para adormecer a un pueblo de quien presienten que va a tener despertares de león" (número 7).

El toque antirreligioso está dado sobre todo en una carta de Santiago Labarca (en el número 2), con un encabezamiento burlesco: "Hermano en Dios"; "...tres mil quinientos años de historia escrita y cientos de miles de prehistoria me enseñaban que los poderosos habían siempre explotado a los débiles en el nombre de la Divinidad". Trae enseguida a colación los usuales argumentos contra las riquezas y el absolutismo de la Roma Papal, y continúa: "¿De qué proviene esta enorme diferencia entre la innegable belleza de las religiones y su aplicación siempre mezquina?" Y se responde: "Los hombres, en su inmensa mayoría, desde el gañán al universitario, proceden movidos por el egoísmo, por sus intereses personales... El amor de Dios no escapará a esta ley y los poderosos se servirán de él para predicar paz y resignación a los oprimidos". Y, en fin, termina afirmando que no quiere la destrucción de las riquezas, que son acumulación de trabajo, sino su justa repartición, ya que es el fruto de todos, más aún, de todas las generaciones pasadas.

A pesar de su intransigencia doctrinaria, la dirección anarquista de la revista muestra a veces estimación por el enemigo. Así, del senador Joaquín Echeñique, que tenía fama de temible fiscalizador, escribe: "malgrado sus defectos, que son muchos, no es accionista de esa poderosa sociedad anónima formada por especuladores, arribistas, gestores administrativos y mercachifles que, desgraciadamente, se han apoderado del Parlamento y que no lo abandonará mientras aquello no sufra una transformación radical". Está en su activo el haber atacado siempre los grandes negociados de las salitreras: "diríase que el senador Echeñique defiende el dinero del Fisco como si fuera suyo" está en cambio en su pasivo que es violento, testarudo, odioso física e intelectualmente miope, conservador, clerical, ultrarreaccionario, propietario de "El Diario Ilustrado" (número 12 de 22 de enero de 1921). En la sección "Vida estudiantil" del número 16 destaca al futuro diputado de la juventud conservadora, Emilio Tizzoni, lo califica de "demócrata-cristiano", que, sin embargo, en la Convención Estudiantil apoyó los principios de la FECH en materia social e internacional. En cambio, en un "Homenaje al Senado" del número 18 traza imágenes odiosas de senadores de los diferentes partidos.

Frente a la Revolución Rusa, "Claridad" mantiene una equilibrada adhesión, o al menos una actitud de benévola expectación y esperanza, y alaba al presbítero Guillermo Viviani —uno

de los primeros sacerdotes social-cristianos y corporativistas—, por haber dado en la Universidad de Chile una conferencia que, con todas sus superficialidades e ignorancias teóricas, “es el juicio más imparcial que hemos oído en Chile de una persona de la capacidad e inteligencia del distinguido sacerdote” (número 5). En cuanto a la vida obrera chilena, informa y apoya la larga huelga del carbón de Lota, e informa sobre la convención de la temida IWW (International Workers of the World), sección chilena, en marzo de 1921. Los directores de “Claridad” no esconden sus simpatías por esa agrupación anarquista: Juan Gandulfo aprecia a Recabarren, el jefe del Partido Socialista, pero admira más a los “ácratas” (número 8). Acevedo Hernández comenta en varios números “el teatro ácrata” en tono admirativo.

Hay en cada número una sección, “Los Nuevos”, comentario de poemas juveniles, con firma del crítico.

Lo que finalmente distanció a la FECH de Alessandri fue la represión de los obreros salitreros de la oficina San Gregorio, en febrero de 1921, de que da cuenta el entonces anarquista escritor José Santos González Vera, en el número 13. En adelante, el Presidente y su Ministro del Interior, Pedro Aguirre Cerda, son duramente vapuleados. En ese mismo número, bajo el título “El Gobierno de Alessandri”, dan sus opiniones sobre “el nuevo régimen, como algunos dicen”: un oportunista, un revolucionario teórico, un clerical, un escéptico, un socialista reformista, un revolucionario de acción, un alessandrista, un irónico, un indiferente, un radical, un suplementero, un capitalista, un extranjero, un obrero, una niña. Es naturalmente burlesco. El escéptico dice: “Parece mentira que todavía crean en estas cosas. Yo no conozco el programa ni he leído uno solo de sus discursos, pero casi me atrevería a repetirlos. Son todos iguales”. El número 14, de 30 de abril de 1921, lamenta la influencia que sobre los trabajadores tiene “el político de frases retumbantes que escaló el solio presidencial”; condena a las multitudes que realizaron “una manifestación de simpatía y adhesión servil al hombre que inauguraba el “gobierno del amor” con el baldón de San Gregorio”.

Nos hemos detenido en la caracterización general de “Claridad”, porque nos ha parecido el mejor testimonio del espíritu de una generación juvenil que dejó por largo tiempo un sello inconfundible de rebeldía, incluso cuando sus redactores desaparecen después, en el seno de partidos “burgueses” como el Radical (así Ugalde, Santiago Labarca, y otros), o en la burocracia

cia universitaria, o abandonan del todo la preocupación política ostensible y se dedican solamente a sus profesiones. Vicuña Fuentes enumera a los que él considera hombres de la generación del 20: Pedro Godoy, Luis Ross Mujica (bien que fallecido en España en 1908), Valentín Brandau (más tarde un ultraliberal de derecha), Javier Lagarrigue, Alfredo Demaría, Juan Gandulfo, Laín Diez, Pedro León Loyola (aunque nacido en 1889), Federico Carvallo, Julio Saavedra Molina, Alejandro Parra, Augusto Pinto, Julio Rebosio (un anarquista peruano, preso en el "proceso de los subversivos"), Armando Triviño, Luis A. Silva, Luis Emilio Recabarren, Ismael Parraguez, Aquiles Lemire, Ernesto Soza y el joven radical Rigoberto Soto Rengifo. A los que habría que agregar, a pesar de ser mayor en edad (como Loyola) al mismo Vicuña Fuentes, aunque su positivismo le hacía teóricamente diferente, pero su libertarismo lo acercaba en la acción a los anarquistas.⁷³

La generación del año 20 ha conformado el tipo chileno del "intelectual de izquierda", pero de una izquierda no oficial, sino permanentemente en crítica del orden social existente, crítica mordaz de la vieja aristocracia; de la nueva plutocracia; del clero; de los partidos titulados "avanzados", con todas sus inconsecuencias y traiciones. Pertenecen a ella, en su extremo más a la derecha, algunos masones (como Santiago Labarca, que sin embargo es uno de los más altivos y libres representantes de la generación, incluso en sus años tardíos) y, en el extremo más a la izquierda, los anarquistas o ácratas (Gandulfo, Demaría). Su idealismo moral quiere disfrazarse siempre de "ciencia", sobre todo de "Sociología". De ellos, el que tenía mayor formación filosófica formal era Loyola, fundamentalmente un eticista, aunque su abundante lectura de los filósofos franceses contemporáneos le diese una gama doctrinal más variada. Son todos ellos fuertemente individualistas, aunque profesen teóricamente el socialismo, por odio a la injusticia social.

Otro rasgo capital, que pone de manifiesto la diferencia profunda con el Chile del siglo XIX: mientras éste acepta la guerra y anhela la expansión y glorificación de Chile por sobre todo, la generación del año 20 es antibélica, pacifista hasta el escándalo. Es que, para ellos, "lo social", como un ideal, sobrepasaba "lo nacional"; y el Derecho Constitucional, otra creencia y valoración del siglo XIX, quedaba enteramente recubierto por los factores que llamaríamos "económico-sociales". Un "Congreso Constituyente de Asalariados e Intelectuales" propon-

drá, en marzo de 1925 la supresión del Ejército permanente. La crítica de la República aristocrática pura, que se inicia en 1891, termina en una autocrítica radical, no sólo de la aristocracia, sino de todas las instituciones e incluso del ideal patriótico guerrero, principio inviolable para el siglo XIX chileno. Es cierto que "la generación del 20" es un pequeño grupo de intelectuales y no un pueblo entero; pero esto es un error grave en historia cultural, sobre todo en tiempos inestables y críticos, usar de un criterio cuantitativo. Esta generación, aun cuando no contó con ningún "pensador" (una categoría típicamente hispanoamericana) de la talla de los hombres de la generación de 1842, ni de la generación de los años 1930-40, tuvo un rol capital en la tipología intelectual y en las concepciones políticas y sociales chilenas.

El tiempo de los caudillos (1920-1932)

Alessandri

La democracia como gobierno de hombres libres y dotados de "virtud" cívica, sujetos a la ley, como concebían esa forma de gobierno Montesquieu o Rousseau, y como lo proclamaron todas las Constituciones americanas después de la Independencia, no pudo implantarse en la realidad cultural, racial y social de América Española: ya lo reconocieron Portales en su famosa carta desde Lima en 1822 a Cea y, en un horizonte más vasto, Bolívar, cuando confesaba que había arado sobre el mar. En su lugar, la disolución del Imperio Español a partir de 1808 tuvo que traer consigo, naturalmente, el caudillaje de los generales libertadores: un Carrera, un O'Higgins, un Freire y otros menores, hasta los caudillejos surgidos en la Guerra a Muerte, en la frontera del Bío-Bío; tal vez el último de esa especie fue el general José María de la Cruz, el derrotado en Loncomilla en 1851, después de haber perdido la elección presidencial de ese año. Baquedano no lo fue y perdió la Presidencia en 1881, a pesar de haber triunfado en las batallas decisivas de la Guerra del Pacífico.

Estos caudillos sustituían la legitimidad tradicional de la Monarquía Española y sujetaban a su arbitrio a los aristócratas tradicionales, que sin embargo habían sido los primeros inspiradores del movimiento de Independencia: la espada surgía como el poder primordial, tal como en la época de la Conquista. En 1829-1830, son los generales vencedores, Freire y Prieto, sucesivamente, los que asumen el poder, y el segundo después

fue Presidente legalmente elegido, y tras él, la “eminencia gris” de Portales. También en 1841 surge un general vencedor, Bulnes, pero éste ya no actúa como caudillo. No obstante, con Montt, Errázuriz Zañartu, Santa María y Balmaceda se asienta un gobierno que podríamos llamar autoritario, pero contenido dentro de las leyes y teniendo siempre que jugar con el Parlamento, elegido por ellos, pero no necesariamente servil: había un ethos republicano. Balmaceda saltó la valla, y desde enero a agosto de 1891 hay un verdadero caudillismo civil, del tipo del “tribuno”, pero con apoyo del Ejército, contra el Parlamento. Los Presidentes parlamentarios son lo opuesto al tipo del caudillo: “no son una amenaza para nadie”, según la frase que caracterizó a Riesco. Con Alessandri cambia totalmente el panorama.

Procedente de una familia italiana, aunque ligado ya por la línea materna a una familia de magistrados, y por el matrimonio a la clase alta, tenía ya en 1920 por detrás la carrera de un diputado coalicionista hasta el tiempo de Barros Luco, en que se torna hacia la Alianza Liberal. Era masón desde 1906.⁷⁴ La senaturía por Tarapacá lo convirtió en “el León de Tarapacá” en 1915.⁷⁵ En 1920 fue “endiosado” (Juan Gandulfo). El recibimiento que se le tributó en marzo de 1925, al volver del destierro, y todavía de nuevo como candidato en 1931 y en 1932, muestran hasta qué punto perduraba en él el misterio del “carisma”. De su personalidad viviente existen testimonios de todo orden, de los más cargados de odio hasta los más devotos, pero todos coinciden en que tiene peso. Los discursos que de él poseemos, así como sus “Recuerdos de Gobierno”, la larga entrevista que le hace Armando Donoso, etc., nos dejan bastante fríos: el tiempo ha pasado y los largos períodos estilo Castelar, los conceptos de “progreso”, “evolución”, “humanidad”, “justicia social”, “solidaridad”, “leyes de la evolución hacia el progreso”, etc., son usados demasiado vagamente como para configurar un verdadero ideario. No obstante, para las multitudes que le escuchaban, tenía todo un carisma tribunicio; era, precisamente, el “tribuno de la plebe” frente al Senado, a la aristocracia, a la “canalla dorada”, representando la causa de su “querida chusma”. Pero más allá del aficionado a seguir en sus discursos las leyes de la “psicología de las multitudes” de Le Bon —su obra más preciada— hay un político inteligente, que supo comprender la necesidad histórica del momento, aunque a través de categorías constitucionalistas, que eran las propias del abogado y del político de su tiempo. En cierta manera

revive en él Balmaceda: es preciso establecer una nueva Constitución, basada en el presidencialismo, a fin de barrer el parlamentarismo, ya totalmente desacreditado moral, intelectual y políticamente, según los testimonios más variados, como los que hemos presentado en las páginas anteriores. Ya la combinación que lo llevó a la Presidencia, la Alianza Liberal de 1920, estaba compuesta principalmente por hombres de clases medias, aunque con un pináculo aristocrático-liberal, entre los cuales estaban casi todos sus amigos personales: Cornelio Saavedra, Jorge Matte Gormaz, Armando Jaramillo, Ernesto Barros Jarpa, y otros. Pero la vista de Alessandri iba más allá de esas clases medias, ya suficientemente poderosas en el plano electoral. Era necesario incorporar efectivamente al proletariado dentro del Estado, rescatarlo del socialismo revolucionario, o del anarquismo, mediante una legislación social lo más completa posible, un tipo moderado de socialismo de Estado; la evolución que se retarda lleva a la revolución, era uno de sus pensamientos favoritos. En el fondo, pues, el socialismo de Estado que representaron Alessandri y después Ibáñez es un recurso conservador —a la alemana, como en tiempos de Bismarck— contra la revolución social. Los anarquistas veían claro cuando anatematizaban la legislación social. Pero las clases altas no tenían la suficiente capacidad de visión, y sólo vieron en Alessandri al demagogo —que evidentemente también existía, sobre todo en el simbolismo utilizado en las elecciones.⁷⁶

El que la mesocracia o democracia chilena pudiera instalarse en el poder, junto a las capas más bajas del pueblo, gracias a poderes caudillescos, a partir de Alessandri, “tribuno de la plebe”, parece incomprensible a los anglosajones; pero podrían recordar que, en el mundo greco-romano, se presentan fenómenos idénticos: Pisístrato y sus hijos, tiranos de Atenas, protegieron a los campesinos, y Julio César, jefe del partido democrático romano, tuvo tal vez en mente instaurar una monarquía de tipo helenístico.

La aristocracia chilena, liberal por instinto y a veces por doctrina, tenía que odiar a los presidentes que eran a la vez “hombres fuertes”, porque ella tiene algo del sentimiento de clan, enemigo de lo que es demasiado individual (en el bueno y en el mal sentido). Tampoco es democrática —salvo en las leyes y en los discursos—, jamás aceptará sin repulsa el connubium y la comensalidad con clases medias bajas, lo que, según Max Weber, constituye la mejor expresión de que se pertenece a igual

estamento. Los hombres nuevos a quienes ellas reciben tienen que haberse ya destacado como políticos o como extranjeros de ciertas y determinadas nacionalidades. Las "clases medias" no son una burguesía asentada en el comercio o la industria, como en Europa. En Chile no "se vivió" la Revolución Francesa, sino, a lo más, en las leyes de 1874, una reforma a la inglesa (como la de 1832 en ese país). Las clases medias provienen en Chile de profesionales universitarios y de burócratas, o de propietarios provincianos. La Independencia, lejos de disminuir el papel de la aristocracia, lo incrementa con el poder político. Los mineros y banqueros de la segunda mitad del siglo, no fueron una burguesía, sino que se incorporaron a la clase alta, inyectándole una nueva savia, la mentalidad financiera. En las compañías salitreras, ya fuesen compañías constituidas en Inglaterra, ya en Chile, compran acciones chilenas de clase alta o de clase política. Rivas Vicuña cita un caso ilustrativo, el de Eduardo Charme. Primeramente un simple médico en ejercicio en una oficina salitrera, logra formarse después una fortuna en acciones de esas compañías, y adquiere con ella una gran hacienda en Colchagua, donde se hace elegir senador. Llega a ser Presidente del Senado y en tal carácter actúa en 1915 en la entrega de la banda presidencial de Barros Luco y Juan Luis Sanfuentes.⁷⁷ La anécdota tiene, a nuestro juicio, algo de simbólico: un hombre nuevo, afortunado en el salitre, entrega el símbolo del mando a un nuevo Presidente.

Esta aristocracia plutocratizada pudo haber seguido en el poder, adquirido en las batallas de Concón y de Placilla, si no se hubiera encontrado enfrente del caudillismo tribunicio y de tanto arrastre personal como Alessandri. Con él, Chile empieza a perder la fisonomía convencional de un país pacífico, legalista, afecta al equilibrio y la negociación bien calculada. Además, él surge tras la Revolución Rusa y la oleada pacifista que sigue a la Gran Guerra. Y aun así, Alessandri tuvo que empeñarse con la obstinada oposición del Senado unionista, que obstruyó muchos de sus proyectos, salvo en materia de política internacional, en que todavía se mantenía una posibilidad de consenso: el Presidente del Partido Conservador, Carlos Aldunate Solar, un gran abogado, representará a Chile en Washington, en las negociaciones que llevaron al arbitraje del Presidente norteamericano sobre el plebiscito referente a Tacna y Arica. Pero Alessandri, no obstante sus amistades personales con liberales doctrinarios de clase alta, gobierna democráticamente a la vez que personalísticamente. Vicuña Fuentes, por ejemplo,⁷⁸ recuerda

que hombres de clase media llegaron con Alessandri a los más altos cargos directivos; y cómo en el gabinete presidencial, ante el propio Jefe del Estado, se sientan dirigentes patronales y sindicales a plantear sus respectivos intereses. Por otra parte, es siempre también el demagogo que halaga a las masas y las enfervoriza: lo probará durante su viaje al sur del país, a comienzos de 1924, en que pronuncia encendidos discursos contra el Senado y la Unión Nacional, justo antes de las decisivas elecciones parlamentarias de marzo de 1924, que le dieron el triunfo. Al desaparecer el poder político de la aristocracia, no se hace soberana una burguesía rica y cultivada, como en Europa, sino un personal que emerge de las clases medias, muchas veces por lo demás apoyadas expresa o tácitamente por los restos de las antiguas clases altas y partidos "históricos"; clases medias que electoralmente dependen siempre del favor de los instintos de la masa, del sufragio universal. El partido que mejor canaliza a esas capas recién llegadas, y muy precariamente, al poder, es el Partido Radical, que tenía al menos, por detrás, la cohesión que le prestaba la franc-masonería, a la cual pertenecían mayoritariamente los radicales. Y estas inconsistentes clases medias, los profesionales, el pequeño mundo de los empleados particulares y los pequeños funcionarios, el proletariado industrial y el "Lumpenproletariado", acompañan al Presidente, que aparece siempre en primer plano, no detrás de su gabinete, como en el régimen parlamentario; que da conferencias en favor del régimen presidencial, incluso en locales castrenses como en la Escuela de Caballería, el 31 de diciembre de 1923, a la cual asiste en silencio el Mayor Carlos Ibáñez. Al salir de Santiago, hablando desde el balcón de la Moneda, dijo: "Yo no doy ni pido cuartel". Pero tenía también enemigos terribles en el Parlamento, donde su gobierno tiene que enfrentarse con la arrogancia de Ladislao Errázuriz, el encono de Ismael Edwards Matte, el apasionamiento franco y leal de Rafael Luis Gumucio, la oposición cauta e inteligente de Eduardo Opazo. En 1924, el diputado radical Pablo Ramírez lanza uno de los más duros discursos de ese tiempo contra el Presidente, que se había desatado contra la falta de colaboración de la Alianza Liberal;⁷⁹ y por setiembre de ese año, ya en los días del golpe, nos cuenta Vicuña Fuentes que para Rivas Vicuña y Santiago Labarca, un liberal doctrinario y un radical, respectivamente, Alessandri era el origen de todos los males públicos, y lo acusaban de falacia, inconsistencia, contradicciones, caprichos, locuras y vanidades.⁸⁰

La Democracia que se inicia hacia 1920 no es Liberal: el Liberalismo era un instinto aristocrático —el “frondismo”, como lo llama Alberto Edwards— acentuado en los más cultivados por el Liberalismo de las doctrinas francesas. Max Weber hablaría de una “democracia plebiscitaria”, pero en Hispanoamérica es más realista hablar de “Democracia caudillesca”. Edwards le citaba al General Sáez la frase de Napoleón, “en la guerra los hombres no son nada, un hombre lo es todo”.⁸¹ Pero esto es válido en un gran militar o político. Pero en Chile, en 1920, se trata de masas dotadas del sufragio universal, en que se han disuelto las antiguas deferencias a la aristocracia, o de muchedumbres movidas por los discursos, la prensa o la canción. El caudillo debe persuadir a las masas que ellas son “el pueblo soberano”, que él no es sino el ejecutor de sus voluntades y sentimientos. La elocuencia de Alessandri, en su manera decimonónica, sobre que “sólo el amor es fecundo”, etc., acompañada de su simpatía cordial, ayudan a la adhesión; además de que él posee la legitimidad legal de la elección popular. Hay pues algo ambiguo en la Democracia caudillesca hispanoamericana: no existen ya las legitimidades tradicionales aristocráticas, las religiosas están puestas en duda por el anticlericalismo ambiente, queda sólo el carisma personal. Pero éste puede no ser duradero, depende de las circunstancias o del capricho de las masas, de la opinión pública, otro fenómeno de la época de masas, que puede tornarse en contra. No hay entonces un diario del Gobierno; se tiene que contar, en el caso de Alessandri, con Eliodoro Yáñez, dueño de “La Nación”, o de Agustín Edwards, dueño de “El Mercurio”. Alessandri, en medio de los caprichos que se le achacan, tiene clara una idea a partir sobre todo de 1923: hay que dictar una Constitución Presidencialista, hay que recoger la herencia de Balmaceda. La reforma vino a ser realidad solamente el año 1925. Pero entretanto había sobrevenido un vuelco completo en la historia política nacional.

Ibáñez y Alessandri (1924-1925)

Carlos Ibáñez del Campo nació en un pequeño fundo de su padre— cerca de Linares, en 1877 y falleció en Santiago en 1960. Ingresará en 1896 a la Escuela Militar, después a la Academia de Guerra; será varios años miembro de una Misión de Instrucción militar en el Salvador, donde participó incluso en un pequeño combate de guerrilla entre El Salvador y Guate-

mala, y regresará a Chile en 1909, con el grado de Capitán. Será oficial de Estado Mayor, Director de la Escuela de Carabineros, en 1919 Prefecto de Iquique. Allí cumplió sus funciones policiales en la famosa elección presidencial de 1920, donde —según confía más tardíamente a Correa Prieto, simpatizaba interiormente con Alessandri, porque, dice “siempre he tenido un espíritu progresista. Me agrada lo nuevo. Sostengo que, dentro del orden, puede lograrse mejor el avance social. A mi juicio, la Derecha tiene un gran pecado. En general, se opone a reducir las diferencias de clases. Quiere detener la evolución. Ud. sabe lo que le ocurrió a Balmaceda. Yo lo considero como uno de los más grandes gobernantes del país”. Ya había ingresado en la Masonería. Bajo la presidencia de Alessandri, en 1921, llegó a Director de la Escuela de Caballería, teniendo solamente el grado de Mayor. Caracterizándose a sí mismo, habla de “mi espíritu solitario y mi carácter reservado”; además, poseía una gran capacidad para mantener la disciplina militar.⁸²

Este hombre, procedente de una clase relativamente acomodada de Linares, es en Santiago un miembro de la “clase media”, según una tendencia general que ha destacado Gonzalo Vial.⁸³ Pertenece a la oficialidad de un Ejército crónicamente descontenta por el descuido que ha tenido el gobierno parlamentario en dotarlos de sueldos aceptables y puntualmente pagados, con una ley de ascensos y retiros que era rígida en algunos casos y flexible cuando intervenía algún político importante, de manera que Ibáñez, a pesar de dirigir la Escuela de un arma, era apenas un Mayor, a los 47 años, en 1924. Los testimonios de los Generales Monreal, Ahumada y Sáez, y el trabajo reciente de René Millar presentan claramente los motivos de este descontento y resentimiento contra la intervención de políticos en designaciones, ascensos o retiros de oficiales. El General Ahumada nos dice que los oficiales de Estado Mayor que pasaban algún tiempo en comisión en Alemania —no olvidemos que desde la venida de Emilio Körner a Chile, en 1886, comienza el influjo alemán en la formación de nuestra oficialidad—, asistían a las universidades y participaban en cursos de disciplinas económicas y sociales y sentían desprecio por los políticos, que de nada sabían sino de “hacer un comercio del estudio de las leyes”; y los militares mejor preparados “habían leído algo de Alejandro, de César, de Aníbal, de Federico el Grande, de Napoleón”. En 1920, siendo él Director de la Escuela Militar, había recibido una nota pidiéndole los antecede-

dentes de un sub-brigadier a quien él había separado, el cual “era de muy buena conducta”, según la tarjeta de Pedro Aguirre Cerda. Poco después le había visitado un diputado radical, sobre el mismo asunto. El General Sáez nos dice que el envío de oficiales a Europa, sobre todo a Alemania, estaba sometido a iguales presiones. Los problemas de ascensos estaban sujetos a diversos criterios, sea a la antigüedad, sea al mérito. De estos factores de descontento surgieron movimientos de protesta en 1907; en 1910 la formación de la Liga Militar y tal vez un conato de golpe en el cual se quiso involucrar, en vano, a Gonzalo Bulnes; el real complot del General Armstrong, en 1919, que según su cabecilla solamente tendía a precipitar la dictación de leyes muy esenciales para el Ejército, de reformar el régimen parlamentario, de estabilizar el cambio, de aliviar a las clases inferiores y de ofrecer para todo ello su apoyo al Jefe del Poder Ejecutivo. Desmintió la incitación de civiles (tal vez de Alessandri); pero unas cartas insertas por Monreal en su “Historia completa y documental”, parecen confirmar las sospechas, por el favor que recibieron algunos de los oficiales acusados bajo la presidencia de Alessandri.⁸⁴

El Mayor Ibáñez y el Mayor Grove dictan, en el curso del año 1924, antes del golpe, conferencias en el Estado Mayor: Grove sobre las Juntas Militares españolas (formadas en 1917 y que finalmente remataron en el gobierno del General Primo de Rivera); e Ibáñez sobre el desgobierno, por obra de los políticos. Los oficiales aplaudieron, estando presente el Comandante General de Armas, General Dartnell.⁸⁵

Así se precipitaron los movimientos militares, imprevistamente desencadenados por la presencia de oficiales jóvenes en las galerías del Senado durante la discusión de la Dieta en favor de los parlamentarios, el 4 de setiembre de 1924. No está en el plan de este trabajo hacer la historia narrativa de este acontecimiento, ni de los episodios subsiguientes: la Junta de Gobierno del 9 de setiembre, la del 23 de enero de 1925, la vuelta de Alessandri en marzo; la discusión de la Constitución de 1925, y la nueva caída de Alessandri el 1.º de octubre de ese año, para dejar paso al Vicepresidente Barros Borgoño; la elección de Emiliano Figueroa como Presidente, conservando a Ibáñez como Ministro de Guerra, hasta que éste da a su vez un golpe que liquida al Consejo Naval y trae consigo el retiro del Ministro del Interior Manuel Rivas Vicuña, en febrero de 1927; la designación de Ibáñez como Ministro del Interior y como Vicepresidente por la licencia de Figueroa, quien finalmente

renuncia en mayo de 1927, siendo proclamada triunfalmente la candidatura presidencial de Ibáñez en ese mismo mes de mayo, para asumir en julio, habiendo obtenido el más alto porcentaje de votos de la historia electoral hasta 1927, no teniendo frente a sí más que la candidatura comunista de Elías Laferte. Toda esta historia ha sido ya relatada, para no hablar sino de lo impreso, por testigos como los Generales Juan Pablo Bennett, Enrique Monreal, Arturo Ahumada, Carlos Sáez, por Carlos Vicuña Fuentes, por el mismo Alessandri en sus "Recuerdos de Gobierno"; y en la literatura posterior el trabajo más documentado es sin duda el de Ricardo Donoso.⁸⁶

Hay un testimonio decisivo del momento en que Ibáñez se revela "el hombre fuerte" del momento, en 1924. Lo da el General Sáez: en la Junta Militar —la reunión de oficiales jóvenes que en realidad hicieron la revolución de septiembre y que siguió sesionando como poder paralelo a la Junta de Gobierno— Ibáñez tuvo dos actuaciones que lo distinguieron inmediatamente. El declaró que en la Junta no debía haber distinción de grados, "los riesgos son iguales para todos. No debe por consiguiente existir diferencia de grados". Y enseñada, como el Comandante Ewing, Director General de Carabineros y militar amigo de Alessandri, no concurrió personalmente, sino que envió un representante, Ibáñez declaró que "eso era inaceptable, que debe concurrir personalmente Ewing a decir qué es lo que piensa". "Estas dos intervenciones del Mayor Ibáñez lo colocaron de golpe a la cabeza de la oficialidad joven", dice Sáez.⁸⁷ Por tanto fue natural que se le encargara el pliego de peticiones que al día siguiente, 5 de setiembre, debía circular entre los oficiales para ser presentado en seguida a Alessandri. Lo redactaron en la noche Ibáñez y su ayudante el teniente Alejandro Lazo. Allí pedían los oficiales el veto al proyecto de Dieta; el despacho de la Ley de Presupuestos; la reforma de las leyes orgánicas del Ejército, el aumento de sueldos del Ejército, la Marina y los Carabineros; el impuesto progresivo a la renta, la ley de recompensas a los sobrevivientes de la Guerra del Pacífico, la estabilización de la moneda; el despacho del Código del Trabajo y demás leyes sociales; la Ley de Empleados Particulares; el pago de haberes insolutos al profesorado y empleados públicos; el retiro de tres ministros hostiles (Luis Salas Romo, del Interior; Enrique Zañartu, de Hacienda; Gaspar Mora, de Guerra); que el Ministro de Guerra fuese siempre un profesional; la exclusión de las Fuerzas Armadas de asuntos de política interna (o sea, de actuaciones

represivas en conflictos sociales). El 8 de setiembre el Ministro del Interior, General Luis Altamirano, obtuvo de golpe, sobre tabla, que el Congreso aprobara 16 proyectos de ley que venían siendo postergados durante años y que en realidad significaban el cumplimiento de gran parte del programa social de Alessandri: el Presupuesto para 1924 (obstruido por los meses de lucha de la Unión Nacional contra las elecciones viciadas de marzo); recursos para saldar el déficit; proyecto sobre Cooperativas; reforma de la Ley de Accidentes del Trabajo; sobre Empleados Particulares; sobre Contrato del Trabajo; sobre Tribunales de Conciliación y Arbitraje entre obreros y patronos; sobre Organizaciones Sindicales; sobre Seguro Obrero de Invalidez y enfermedad (un proyecto del diputado conservador Ezequiel González Cortés); reforma de la Ley de la Caja de Retiro del Ejército y Armada; aumento de la planta del Ejército; proyecto de aumento de sueldos y gratificaciones a sub-oficiales y tropa del Ejército y de Carabineros; organización de Policías y sueldo del personal; sobre Fábricas y Maestranzas del Ejército; Ley de Ascensos en el Ejército; Ley de retiro en el Ejército y Armada.⁸⁸ De esta suerte, junto a aspiraciones “gremiales” de las Fuerzas Armadas, el movimiento militar —como una ironía de la historia— venía a expresar que su programa era el de Alessandri, quien tendría que presentar su renuncia el mismo día, al advertir que el movimiento no terminaba, que la Junta Militar de los oficiales jóvenes seguía sesionando.

A la discusión en la Cámara en ese día, solamente concurrieron los diputados aliancistas; los unionistas no querían legitimar el Congreso elegido en marzo y ya estaban en contacto con algunos Generales y Almirantes desde meses antes, para derribar en noviembre al gobierno de Alessandri. En la votación, las fundamentaciones van desde el famoso “salus populi suprema lex” (Ramón Briones Luco) hasta la solitaria protesta de Pedro León Ugalde, expresión del sentimiento libertario y civilista de los años 20: “Yo seré un extraviado, seré un descarriado; pero, como chileno siento enorme y profundamente lo que está sucediendo. Yo lamento, señor Presidente, que se nos haya traído a este recinto por la fuerza de las bayonetas y por soldados del Ejército de Chile, por Generales de la República, a los que la Patria puso al cinto la espada para defender sus instituciones. Señor Presidente, yo me rebelo ante esta manifestación de fuerza que ejecutan los militares de mi tierra, ante este reto terrible al pueblo chileno. Habéis lanzado el guante. Yo en nombre de ese pueblo lo recojo; detrás de mí hay una inmensa

masa de trabajadores que no dejará atropellar a la República. Señor Presidente, caerán a millares los chilenos; pero siempre manteniendo los grandes principios de la libertad. General Altamirano: puede el movimiento militar ahogar en este recinto la libertad de la República; tenéis las armas; tenéis los soldados; pero os falta la más grande de las fuerzas, la fuerza de la razón y os falta también el patriotismo. Señor Almirante Neff...". Aquí lo interrumpió el Presidente de la Cámara, pero Ugalde logró terminar: "Señor Presidente, ¿no nos echemos tierra a los ojos! Este Gabinete y la Honorable Cámara están tutelados por un Comité Militar... No ha sido en ningún momento mi intención tratar de oponerme a las determinaciones que se desee adoptar. Pero no puedo dejar de decir que el Ministerio está violando nuestros derechos y es eso, señor Presidente, lo que me indigna. Y si se quiere acallar mi voz dentro de un reglamento, cuando no se respeta una Constitución, que quede por lo menos, señor Presidente, formulada mi más enérgica protesta".⁸⁹ Es ésta una de las últimas expresiones parlamentarias de un ethos republicano grandilocuente de lo que subsiste del siglo XIX chileno.

Una nota de perspicacia en el discurso de Ugalde es que también el Ministerio está tutelado por la oficialidad joven, constituida en Comité o Junta Militar, y allí el poder real es Ibáñez, como hemos visto que lo observaba Sáez. El 11 de setiembre lanzaba esta Junta su Manifiesto, que será para los regímenes militares como su Carta Magna. Lo había redactado un oficial que era también abogado, Oscar Fenner, que será por mucho tiempo uno de los íntimos de Ibáñez.⁹⁰ Es un documento breve, que comienza con una diatriba contra la corrupción política, que ha traído consigo "la miseria del pueblo, la especulación, la mala fe de los poderosos, la inestabilidad económica y la falta de esperanzas de una regeneración dentro del régimen existente". "Este movimiento ha sido fruto espontáneo de las circunstancias. Su fin es abolir la política gangrenada; y su procedimiento enérgico, pero pacífico, es obra de cirugía y no de venganza o castigo. Se trata de un movimiento sin bandera de sectas o partidos, dirigido igualmente contra todas las tiendas políticas que deprimieron la conciencia pública y causaron nuestra corrupción orgánica. Ninguno de los bandos podrá arrogarse la inspiración de nuestros actos, ni deberá esperar para sí la cosecha de nuestros esfuerzos. No hemos asumido el poder para conservarlo. No hemos alzado ni alzaremos un caudillo, porque nuestra obra debe ser de todos y para todos".

Promete en seguida el Manifiesto respetar las libertades públicas: “de creación y no de reacción es el momento”. Convocarán a una Asamblea Constituyente que dicte una nueva Constitución; después se procederá a la elección de nuevos poderes públicos, con nuevos registros. “Constituidos estos Poderes habrá terminado nuestra misión”.

La Junta Militar continuó sesionando paralelamente a la Junta de Gobierno, convirtiéndose en un organismo crítico, que actuaba en nombre de “los ideales del 11 de setiembre”. Mientras que la Junta de Altamirano se acercaba indudablemente a la Unión Nacional, la Junta Militar recibía un día, por ejemplo, a Santiago Labarca, quien dio una conferencia que dejó entre los oficiales jóvenes una buena impresión: recomendó no confiar en “políticos arribistas”, sino solamente en sus propias conciencias. El lema de la juventud, militar o civil, debía ser “la renovación sin límites”. Los capitanes Oscar Fenner y Carlos Millán Iriarte daban conferencias en algunos círculos obreros. Uno de los caudillos con opciones importantes que se había incorporado a la Junta Militar, a pesar de ser amigo de Alessandri, Alfredo Ewing, Director de los Carabineros, fue descartado por la Junta de Gobierno, que lo envió como Agregado Militar en España. Los roces entre ambas Juntas se resolvieron en apariencia por la disolución de la Junta Militar en diciembre. Pero no por eso se salvaron Altamirano —según muchos testimonios, un hombre tosco e incapaz— ni los suyos, entre quienes Neff parecía ser el único con dotes políticas. La proclamación de la candidatura de Ladislao Errázuriz a la Presidencia de la República por la Unión Nacional, en enero de 1925, obligó a los aliancistas más cercanos a Alessandri, como Armando Jaramillo y José Maza, a tomar contacto con Ibáñez y Grove. El 23 de enero de 1925 estos dos jefes, con varios oficiales, entraron armados de sus pistolas a la Moneda, rodeada ya por los regimientos de la guarnición sublevada, y apresaron sin resistencia a Altamirano, Neff y al almirante Gómez Carreño, Ministro de Guerra y Marina, el “hombre fuerte” de Valparaíso.

Las proclamas de la Guarnición de Santiago, así como las de los comités de obreros, la FOCH, el Partido Comunista, la Federación de Estudiantes, respiran democratismo, odio a la oligarquía y la reacción y fervientes deseos de que Alessandri retornara al poder. Es una atmósfera que hace recordar la del año 20. La Guarnición de Santiago se arrogaba la representación de todas las Fuerzas Armadas, con indignación y repudio de la Marina, de la División Militar del Norte, del Regimiento Cora-

ceros de Viña del Mar, que se embarcó en la Escuadra, presto a luchar. El manifiesto de aquella guarnición decía: "Contra los traidores y sus usufructuarios va dirigido el golpe actual. Demostraremos que los oligarcas no son dueños de Chile, que no en vano han hecho un camino en la conciencia nacional las doctrinas democráticas y que la virilidad de los autores de la Revolución de Setiembre no se doblega con el engaño ni se compra con seducciones pecuniarias".⁹¹ La nueva Junta de Gobierno se valió de los buenos oficios de Agustín Edwards —siempre con importantes conexiones bancarias y sociales en Valparaíso— para lograr que la Armada terminara aceptando la nueva situación. Más adelante, la Junta detuvo y ordenó el destierro de varios políticos unionistas importantes, entre ellos Ladislao Errázuriz —arrogante aun en la prisión—, Ismael Edwards Matte, el joven conservador Emilio Tizzoni, etc. En marzo Alessandri fue recibido en triunfo.

Pero al poco tiempo descubrió que la condición que había puesto para el retorno, a saber, la completa libertad e independencia para gobernar como real Presidente de la República, era una ilusión. Ya en la discusión de la Constitución, cuando los radicales, los conservadores y los comunistas se oponían a su idea de un régimen presidencial, quien inclinó la balanza no fue él mismo, sino el Inspector del Ejército, General Mariano Navarrete, quien reconoció no estar capacitado para opinar técnicamente sobre el asunto, pero que no se necesitaba ser un gran constitucionalista para advertir "que los resultados del sistema parlamentario han sido desastrosos para el país. Un balance hecho a la ligera demuestra que su aplicación ha tenido como consecuencia la completa corrupción de todos los servicios públicos, la paralización del progreso en todas las actividades nacionales y la anulación de la personalidad del Presidente de la República, único responsable de la dirección de los negocios del Estado". "Pero yo cumplo con el deber de hacer resaltar esta necesidad y de manifestar en el seno de esta Comisión que la reforma de este estado de cosas no acepta ya postergaciones. El país está harto de la politiquería mezquina y quiere, de una vez por todas, un Gobierno fuerte, capaz de orientar los destinos de la nación hacia una era de progreso y bienestar social." "Los dirigentes de los diversos partidos políticos en que está dividida la opinión pública deben aprovechar en esta ocasión las múltiples lecciones objetivas que han recibido desde el 5 de septiembre hasta el día de hoy." "No consideréis esto, señores, como una amenaza, pues no estoy autorizado para

hacerla, pero yo creo firmemente que en estos momentos solemnes no debemos ocultar el peligro y estamos a hablar claro." "El Ejército, sabedlo bien, señores, tiene horror a la política y por consiguiente no se mezclará jamás en sus actividades; pero podéis estar seguros, también, de que tampoco mirará con indiferencia que se haga tabla rasa de sus ideales de depuración nacional. Es decir, que se olvidan las finalidades de las revoluciones del 5 de septiembre y del 23 de enero, para volver a la orgía política que dio vida a estos movimientos. No, señores, esto no lo aceptará jamás el país ni las instituciones que lo componen." El ideal de gobierno", termina diciendo Navarrete, es "dar origen a un régimen criollo, que armonice discretamente las atribuciones del Gobierno y del Parlamento".⁹² La espada pesó mucho más en el platillo de la balanza que la anterior defensa de Alessandri, a quien sólo habían apoyado los liberales y los balmacedistas. Contrariando las anteriores promesas de la Junta y de Alessandri, nadie pensó ya más en una Constituyente, sino que se sometió el proyecto a plebiscito, celebrado con enorme indiferencia y abstención: votaron el proyecto de régimen presidencial 128.381 personas; 6.046 en favor de un régimen parlamentario moderado, como lo proponían conservadores, radicales y comunistas; 173.923 se abstuvieron. La inmensa cantidad de abstencionistas pudo haber dado que pensar a Alessandri cuán lejos estaba la mentalidad constitucionalista de la psicología colectiva y cuán poco importaba un cuadro constitucional, frente a los reales fenómenos políticos, económicos o espirituales.

Entre agosto y septiembre de 1925 se consumó la ruptura de la inevitable convivencia entre los dos grandes caudillos. Ibáñez exigió y obtuvo el retiro de Armando Jaramillo del Ministerio del Interior: era el candidato de Alessandri. Finalmente, tampoco lo apoyaron los radicales, que prefirieron un "saludo a la bandera" con Quezada Acharán. Un grupo apolítico ofreció, desde el Club de la Unión, la candidatura a Ibáñez, y éste aceptó. Como Alessandri pretendiera aplicarle la misma norma que se había utilizado para hacer renunciar a Jaramillo, Ibáñez se negó redondamente, en un documento que significaba un verdadero golpe de Estado. En una carta de 1.º de octubre aducía su calidad de "jefe de la revolución", para que, con el cargo de Ministro de Guerra "luchara por salvar nuestro programa contra los recios vientos que lo han amenazado y siguen amenazándolo; para que realizara la regeneración que el país espera y que no ha podido lograrse por falta de una cooperación

debida". Además, él debe asegurar desde su cargo la cohesión y disciplina del Ejército y de la Armada frente al caos político y a la "política gangrenada" de que hablaba el manifiesto del 11 de septiembre. Pero a este texto añadió todavía Ibáñez, de su puño y letra, un post-scriptum aún más tajante: "En vista de la situación producida y de ser el infrascrito el único Ministro en ejercicio, me permito rogar a S.E., en nombre de la patria y de la paz social, que, careciendo de valor, según los preceptos de la antigua y de la nueva Constitución, todo comunicado sin la firma del Ministro respectivo, se sirva no dirigirse a ninguna autoridad u organismo nacional o particular, sin el requisito de mi firma, como único Ministro en funciones. Vale".⁹³ Alessandri llamó enseguida a su contendor de 1920 —y que era el característico caballero chileno de conciliación y apaciguamiento— para que asumiera enseguida como Ministro del Interior y después como Vicepresidente de la República. Luis Barros Borgoño conservó naturalmente a Ibáñez en el Ministerio de Guerra, pero esta vez el Coronel-Ministro decidió —no se sabe por qué cálculos— ceder la candidatura presidencial a un hombre que uniera en un Frente Unico a todos los partidos históricos. El 5 de octubre ese candidato fue designado: Emiliano Figueroa, Vicepresidente en la fecha del Centenario de la Independencia, en 1910, y por cierto el hombre menos indicado para inaugurar un régimen presidencial, por su blandura, mundanidad de "Antiguo Régimen" y total carencia de pensamiento político. Elegido el 25 de octubre, él tuvo también la atribución singular de fijar a los partidos las cuotas de senadores y diputados elegibles por cada uno, evitando así la elección parlamentaria. Su contendor, José Santos Salas, fue ampliamente superado: en el fondo, era otra carta jugada por Ibáñez, pero sin comprometerse con ella.⁹³ Salas era un médico militar, Ministro de Higiene, Asistencia, Previsión Social y Trabajo desde el golpe del 23 de enero. Había planeado y ejecutado en parte una vasta campaña de acción social, concentrándose sobre todo en posibles medios de combatir el alcoholismo y demás plagas sociales. Pero sobre todo le había conquistado una gran popularidad la medida de rebajar en un 50% los cánones de arriendo por debajo de cierta suma. Se habían formado ligas de arrendatarios. Así se constituyó la Unión Social Republicana de Asalariados de Chile, apoyada, según pensaba el General Mariano Navarrete, por oficiales ibañistas, tal vez esperando la posibilidad de derivar esas fuerzas hacia Ibáñez. El doctor Salas fue quien redactó la negativa de Ibáñez a

renunciar al Ministerio de Guerra (salvo el post-scriptum), y más tarde acompañaría a Ibáñez como ministro desde 1927.⁹⁴

1925 es un año que recuerda mucho a 1920, no solamente por lo agitado del acontecer político de primer plano, sino por la atmósfera general. El golpe del 23 de enero precipitaba, de nuevo, la crítica a “la oligarquía y la reacción”, que se habían creído triunfantes en septiembre de 1924. El Club de la Unión fue asaltado por las turbas la misma tarde del golpe. Los jefes militares encargan a un importante leader radical y masón, el doctor Julio Bustos, “que moviera las masas de obreros en nuestro favor”. En el Ejército se hace una purga de jefes de tendencia unionista. Pedro León Loyola, en nombre de un “Comité pro regreso del Presidente Alessandri”, pide ante el General Dartnell el pronto regreso del Presidente y la convocación de una Constituyente, “encargada de reorganizar el Estado según los principios sociológicos modernos”. La FOCH y el Partido Comunista hacen su reaparición, proclamando su adhesión y pidiendo estar representados en el Gobierno. Firmaban, entre otros, Elías Lafferte y Manuel Hidalgo, por la FOCH, y Salvador Barra Woll, por el Partido Comunista.^{94 bis} Sin embargo, Ibáñez estaba muy lejos de simpatizar con los comunistas: en julio de 1925, como Comandante General de Carabineros, ordenaba a sus oficiales estar alertas a “los principales agentes de la prédica comunista o revolucionaria”; en otra circular de ese mismo año a los carabineros, prohibía que se autorizaran meetings con la bandera roja y en que se cantara la Internacional, lo que motivó —le dice a Correa Prieto⁹⁵— una discusión con Alessandri.

Profesores universitarios que habían actuado en 1920, como Pedro León Loyola y Carlos Vicuña Fuentes, futuros catedráticos como Eugenio González, escritores como Roberto Meza Fuentes, intervienen públicamente, tanto en el Comité pro regreso de Alessandri, como en el “Comité Nacional Obrero” y en un “Congreso Constituyente de Asalariados e Intelectuales”, donde Vicuña Fuentes presenta un proyecto de Constitución; pero que es en realidad manejado por anarquistas como Escobar y Carvallo y Alfredo Demaría, restos de la FECH de 1920; y por comunistas como Manuel Hidalgo, Carlos Contre-ras Labarca, Barra Woll; y en fin “libertarios” como Ugalde, Meza Fuentes, Oscar Fontecilla, Amanda Labarca, Graciela Mandujano; el profesor de Economía Roberto Espinoza.

Una revista que representa vivamente el clima de 1925 es “Acción”, financiada mediante suscripciones entre oficiales

jóvenes estimulados por Grove, que no está propiamente en el Gobierno, pero es Director General de Aviación y en buenos términos con Ibáñez. La dirección la ha tomado el gran poeta Vicente Huidobro, y en algunos número colabora también otro poeta, Angel Cruchaga Santa María. Alcanzan a publicarse solamente 14 números, en agosto de 1925. En este diario aparece dos veces, en los números 2 y 4, un notable y virulento artículo del propio Huidobro, "Balance Patriótico" (que publicamos en Apéndice). Es una interpelación a Chile, exhibiendo la mediocridad general, una incitación a sacudirse de "esos viejos políticos", con sus "palabras ñoñas y frases hechas". "Falta de alma. ¡Crisis de hombres! ¡Crisis de hombres! ¡Crisis de Hombre!", exclama. "Una nación no es una tienda, ni un Presupuesto una Biblia", clama Huidobro. Quisiera en suma incitar a la grandeza: "Sólo aquellos que lograron representar el alma nacional llegarán hasta nosotros; de Grecia guardamos el nombre de Platón y de Pericles, pero no sabemos quiénes eran sus proveedores de ropa y alimento". "Necesitamos lo que nunca hemos tenido, un alma. Basta repasar nuestra historia. Necesitamos un alma y un ariete, diré parafraseando al poeta ibero. Un ariete para destruir y un alma para construir". Execra los vicios nacionales: la desconfianza, el odio a la superioridad, la venalidad de los políticos que han entregado las riquezas chilenas al extranjero, la ladronería que está en la sangre y que hay que extirpar... Y, más al fondo, Huidobro clama por la juventud contra los viejos: "Entre la vieja y la nueva generación la lucha va a empeñarse sin cuartel. Entre los hombres de ayer sin más ideales que el vientre y el bolsillo y la juventud que se levanta pidiendo a gritos un Chile nuevo y grande, no hay tregua posible... Todo lo grande que se ha hecho en América y sobre todo en Chile lo han hecho los jóvenes. Así es que pueden reírse de la juventud. Bolívar actuó a los 29 años, Carrera a los 22, O'Higgins a los 34 y Portales a los 36". El texto del poeta nos dice tal vez el anhelo más íntimo de ese momento histórico: por algo se habla constantemente de los "oficiales jóvenes" y Santiago Labarca, como ya hemos dicho, hablaba a los oficiales de "la renovación sin límites". Luego, sin embargo, este clima mental desaparecerá como una ilusión.

Hay en "Acción" otros artículos menores. Cuando llega Kemmerer para dictar las normas del Banco Central, recordará (en el número 2) que el pionero de esta idea había sido Guillermo Subercaseaux; hay artículos del doctor Fernández Peña contra el alcoholismo; una defensa de la enseñanza del francés, len-

gua de cultura, contra la arremetida de “la corriente sajona”, que desea implantar el inglés como lengua obligatoria desde el I al VI año; la denuncia de las pérdidas que la Sociedad Exploradora de Tierra del Fuego ha causado al Fisco; muchos artículos contra los gestores administrativos, entre ellos uno de Bernardino Vila, un intelectual del futuro Partido Socialista, que también ataca “los sofismas, argucias de hombres de códigos, de almas que sólo respiran cuando han encontrado el punto ido del toscó tejido de las leyes y que hacen de ellas su ciencia absoluta, su sagacidad de vivir y comprender”; otros artículos contra las grandes firmas extranjeras, como Gibbs, Williamson Balfour, Guggenheim, proclamando ser un diario nacionalista y juvenil. Dirigiéndose a los viejos políticos, el diario (seguramente el párrafo es de Huidobro) dice: “Hace treinta o cuarenta años, vosotros recibisteis un Chile igual o superior a la Argentina y que contaba en primera fila entre los países de América y ahora vais a dejarnos en herencia un país deshecho, embrutecido y segundón de casa grande. De un país libre y próspero habéis hecho un país maniatado por simples casas extranjeras y en plena decadencia... Vosotros os conformáis con vivir así... y bien, nosotros no nos conformamos”. Aquí aparece de nuevo esta perspectiva que estaba también en los escritores nacionalistas de 1910: el presente son ruinas, pero la generación hoy dominante recibió una herencia más grande; el Chile anterior a 1891 era más vigoroso y rico. Huidobro ha enunciado el mismo sentimiento en el “Balance Patriótico”, al comparar los apellidos “vinosos” (la vieja aristocracia) con los apellidos “bancosos” (la nueva plutocracia): la antigua oligarquía cometió muchos errores —dice—, pero no se vendía; la nueva aristocracia de la Banca “todo lo cotiza en pesos”.

“Ni la una ni la otra de estas dos aristocracias ha producido grandes hombres, pero la primera, la de los apellidos *vinosos*, no llegó nunca a la impudicia de esta otra de los apellidos *bancosos*.” Con un gesto de escandaloso desafío, “Acción”, en su número 3, publicó una lista que formó un comité militar de los gestores administrativos y de políticos peligrosos, tanto de la Unión como de la Alianza. La publicación le valió a Huidobro una agresión física e innumerables respuestas; uno de los afectados propuso un tribunal de honor de cinco personas, para lo cual dio 20 Nombres.⁹⁶

El año 1925, como de otra manera el año 20, nos presentan eclosiones de la “intelligentsia” chilena contra el desorden establecido, contra “los viejos políticos”, por los cuales siente

desprecio o al menos total indiferencia. Son luchas generacionales, en que "la intelligentsia" espera tener poder en el Estado, porque se sabe más fuerte intelectualmente y más despreñada de los intereses creados. La diferencia principal entre ambos años es que la generación del año 20 es antimilitarista, en tanto que en 1925 la juventud militar tiene un lugar fundamental, pues está en lucha contra los viejos generales y los viejos políticos a la vez. Se semejan porque, en 1920 como en 1925 la juventud redescubre "la cuestión social" y se declara solidaria de los pobres y de las bajas clases medias. En ambos casos, el poder político fue tomado por caudillos que se declararon jefes de la revolución, Alessandri e Ibáñez, y en ambos casos se proyectó o se dictó una amplia legislación social; los proyectos de Alessandri fueron promulgados por la Junta de Altamirano; la segunda Junta los empezó a poner en práctica, y agregó la política social (en parte demagógica) del doctor Salas, que ligaba a los asalariados con Ibáñez. "Lo social" pasó a ser determinante del Estado, en parte por un sentimiento de culpa hacia "los de abajo", pero también porque Alessandri e Ibáñez sabían que así incorporaban el proletariado y las bajas clases medias al Estado, y frenaban la lucha de clases y la revolución social. Ya Valentín Letelier había dicho que este socialismo de cátedra o de Estado, a la alemana, era el gran medio de contraer el avance del socialismo revolucionario.

En la juventud militar aparecieron, junto a Ibáñez, otros aspirantes al caudillaje: Ewing, Grove (todavía amigo y camarada de Ibáñez); o satélites, como Alejandro Lazo, Mario Bravo; o jefes que en un momento pensaron paralizar a Ibáñez, como el General Mariano Navarrete, o los almirantes Juan Schroder y Arturo Swett. Grove, generoso e impetuoso, era desde la Dirección de Aviación el más agitador dentro de la oficialidad joven: él fue quien promovió la publicación del diario "Acción", eligiendo como director a un poeta que, ya antes de 1914, se había liberado completamente de los lazos de su linaje y de la literatura chilena provinciana.

Ibáñez

El régimen presidencial se inició en Chile casi como otro gobierno parlamentario, con un caballero típico de las décadas pasadas (él mismo lo confesaba: "yo soy del tiempo del pos-tín"), y con un Parlamento decidido a oponerse a una nueva dictadura militar. El incidente más grave ocurrió en un discurso

de Ibáñez en protesta contra el diputado Enrique Matta Figueroa, quien había afirmado que “el ejército desenvainó su espada en las pasadas revoluciones, con el objeto de asaltar las arcas fiscales y no terminar con la política gangrenada”. El Ministro de Guerra respondió el 16 de octubre de 1926 con un discurso contra el ataque “cobarde”, palabra cuyo retiro le exigió el Presidente de la Cámara, Rafael Luis Gumucio. Ibáñez abandonó la sala en medio de protestas. Aparte del incidente, el discurso de Ibáñez acusaba al Parlamento de perder el tiempo en discusiones “bizantinas”, de considerar solamente el interés del respectivo partido, descuidando los problemas importantes, ignorando “que los rumbos de un Estado moderno deben orientarse de preferencia y enérgicamente hacia la solución de los problemas económicos, hacia la organización de las fuerzas productivas, que constituyen la única base sólida del robustecimiento de la economía nacional”.⁹⁷ Aunque este episodio se solucionó días más tarde gracias al infaltable mediador en todas las crisis de la época, Ismael Tocornal, debió formarse un nuevo Ministerio, presidido por el más representativo de los hombres del régimen parlamentario, Manuel Rivas Vicuña, quien jugó aquí su carta por última vez. Es curioso y certero el juicio que sobre él daba Ibáñez en las conversaciones con Correa Prieto: “Don Manuel Rivas, que demostraba eficiencia en el debate, era vacilante y falto de energía en la administración. Tal vez por ser demasiado político y por querer captar voluntades no sabía desempeñarse con firmeza”.⁹⁸ El último paso de Ibáñez se dio contra Rivas, en cuyas manos cayó un plan de acción de Ibáñez, de acuerdo con la oficialidad joven de la Marina, para desplazar a los viejos almirante. En los mismos días de febrero de 1927, un diputado comunista proclamaba, en una convención de maestros, en medio de vivas al Perú, que en caso de recibir armas para repeler la agresión externa, las usaría “para exterminar a los tiranos que desde el Gobierno sojuzgan a los ciudadanos”. Ismael Edwards Matte, hasta entonces crítico de Ibáñez en el Congreso, le dirige ese mismo día una carta de adhesión, diciéndole que “hay una enorme porción de nuestros conciudadanos que no se resigna a creer que Ud. va a permitir que en esta orgía de irresponsabilidad naufrague todo el magnífico esfuerzo de los revolucionarios de septiembre”. El mismo día 8 publicaba “El Diario Ilustrado” una declaración de Ibáñez: “El país necesita el robustecimiento del Ejecutivo y un máximo de desarrollo del sentimiento nacionalista... y que desea un Gabinete fuerte, resuelto a afrontar sin vacilaciones y

con prescindencia de los intereses particulares los altos problemas nacionales". El sentimiento de crisis del sistema, que seguía siendo en el fondo parlamentarista, el terror al comunismo, la crisis de la Marina por el choque de Ibáñez con los almirantes del Consejo Naval, todo ello llevó al afán de tener por fin a la cabeza a un "hombre fuerte". Ya "Acción" proclamaba en agosto de 1925, en su número 13: "Necesitamos un hombre de hierro, de una honradez intransigente... El corazón del país espera angustiado al Hombre que debe salir y que todos los momentos grandes han engendrado", y en febrero de 1927, en el momento en que Ibáñez vacilaba, Conrado Ríos Gallardo lo anima al golpe contra Rivas Vicuña y a asumir el poder. El manifiesto de Ibáñez el 9 de febrero es, en el fondo, una proclamación del significado del nuevo caudillaje: "Ha llegado la hora definitiva y de liquidación de cuentas... Hay que aplicar el termocauterio arriba y abajo. Después de esta operación, el país quedará tranquilo". Acusa a la minoría —sin duda "los viejos políticos" que atacan al Ejército en el Congreso— de que "mediante su pluma y su palabra, está barrenando nuestras instituciones y destruyendo las virtudes de la raza. Consecuentemente con lo expuesto, y con firme entereza, no vacilaré, si la situación lo requiere, en asumir el máximo de las responsabilidades y atribuciones que crea necesarias para evitar el caos y asegurar el bienestar y el progreso de Chile".⁹⁹ Rivas Vicuña, el último representante del régimen parlamentario, será acusado por su colega ministerial de ser un "viejo cambullonero político".

Las primeras medidas tomadas por el Ministerio Ibáñez son precisamente de aquéllas que impresionan a las masas, de las que dan realidad a la famosa consigna del "termocauterio arriba y abajo": la exoneración y detención del Presidente de la Corte de Apelaciones de Santiago, Felipe Urzúa, por la dilación con que había tramitado el juicio criminal contra el ex Director de Especies Valoradas, autor de un enorme fraude; ambos pertenecían al Partido Conservador y a esto se atribuía la demora. Se precipita la crisis en el Poder Judicial, por la defensa que de su autonomía hacen quienes resisten la reorganización dispuesta por el Ministro de Justicia, Aquiles Vergara, a saber, el Ministro de la Corte de Apelaciones de Santiago, Horacio Hevia, y el Presidente de la Corte Suprema, que lo defendió, Javier Angel Figueroa, hermano del Presidente de la República, quien quedó por el momento arrestado en su domicilio. El Jefe del Estado, al llegar, en abril, de su week-end de Reñaca, le dice

indignado a Ríos Gallardo (ahora Ministro de Relaciones Exteriores): "Lo que han hecho es algo inaudito. Han arrastrado la dignidad del Primer Mandatario por el suelo. Yo no puedo tolerar esto. Ahora mismo presentaré mi renuncia". Pero —como sucedía siempre con Emiliano Figueroa— se pliega finalmente a la solución de la licencia por dos meses, tras de lo cual vino la renuncia. Desde mayo, Ibáñez pasa a ser Vicepresidente de la República. Su viaje por las provincias del sur se convierte en un anticipo de su gran triunfo electoral como Presidente, el 22 de mayo. Ha pasado a ser el símbolo del "Chile Nuevo": el 98% de los votos fueron para él.¹⁰⁰

Desde febrero en adelante, todas las instituciones tienen que someterse. Un buen número de los grandes políticos de fines de la época parlamentaria, desde conservadores hasta comunistas, son apresados y expulsados del país, o salen para escapar a la presión moral: en octubre, el ex Presidente Alessandri y sus hijos, es uno de los últimos en llegar a Europa. Javier Angel Figueroa es exonerado de la Presidencia de la Corte Suprema, y este tribunal declara, por mayoría, que "habiendo asumido de hecho el Ejecutivo la totalidad del poder público, la Corte acata esta situación y promete cooperar a ella". El mismo Ministro de Justicia e Instrucción, Aquiles Vergara, provoca la renuncia del rector de la Universidad de Chile, Claudio Matte, y de otros dignatarios de esa corporación. Los partidos políticos eligen mesas directivas que colaborarán con el Gobierno y procurarán defender sus respectivos intereses dentro de la nueva situación. Los sindicatos y federaciones sindicales serán purgados de sus dirigentes comunistas y se llegará en 1930 a la formación de una organización global, la "Confederación Republicana de Acción Cívica" (CRAC). El Congreso, suficientemente purgado, terminará su período en 1930, en que el Presidente, junto con los jefes de partidos y de la CRAC fijarán las cuotas de parlamentarios de cada grupo y los nombres de ellos: será una solución legal, análoga a la de 1926, pero sin la libertad de que entonces gozaron los partidos de fijar los nombres de parlamentarios dentro de sus cuotas señaladas por Figueroa.

El militarismo, en el sentido de un difuso y omnipresente poder de las Fuerzas Armadas en el gobierno y administración, y de las consiguientes ambiciones de uno y otro jefe militar, cesan a poco de asumir Ibáñez la Vicepresidencia. Todavía a fines de julio, en un almuerzo en la Escuela de Aplicación de Infantería, uno de los capitanes le pide a Ibáñez que se vuelvan a separar los Ministerios de Guerra y de Marina, y que se

nombre para el de Guerra al Coronel Carlos Vergara Montero, amigo muy cercano de Ibáñez. Ibáñez, sorprendido, declaró que consultaría con el Gabinete la posible separación; pero que, en cuanto a la designación de Ministro, eso era una atribución exclusiva suya "y por nada abdicaría de ella". Ibáñez le dijo el día siguiente a Vergara Montero que podía hacerlo fusilar por sedicioso; pero por el momento le da el mando de un regimiento en Magallanes. En adelante, figurará uno que otro jefe naval o militar en los ministerios, pero ya en conformidad exclusiva con su confianza. En las conversaciones tardías con Prieto Correa, le dice que en su gobierno no intervinieron para nada las Fuerzas Armadas.¹⁰¹

La intención de ajustarse a las leyes vigentes permanece sujeta a la discrecionalidad presidencial. Lo dice así Ibáñez en su Mensaje de Apertura del Congreso en mayo de 1927: "Espero esa cooperación. Pero si, por desgracia, me fuera negada; si intenciones aviesas pretendieran perturbar la obra honrada de un Gobierno cuya finalidad suprema y única es el bien de la Patria, no omitiré sacrificios propios ni ajenos para guiar al país por la senda justa, para mantener el orden, aunque al término de mi período, en vez de poder declarar que me he ceñido estrictamente a las leyes, sólo pudiera afirmar, repitiendo la frase histórica: 'Juro que he salvado a la República'".

Desde mayo de 1927 hasta julio de 1931 Chile vivió sin política interior, sólo hay administración. El período crítico de 1918 a 1927, diez años, con todo su cortejo de gobiernos, de golpes de Estado, de programas políticos, de ideas o consignas, pareció llegar a su fin. Sucede, como al final de todas las crisis, lo que escribió Jacobo Burckhardt: un hastío, un afán de paz a cualquier precio.

Ibáñez no quiso en definitiva dar forma a una representación corporativa, sino amoldarse totalmente a la Constitución de 1925, dominando desde dentro las instituciones. El corporativismo, que había aflorado ampliamente en la Europa contrarrevolucionaria desde los tiempos del Romanticismo político y del Social-Cristianismo, y muy recientemente, en el gobierno del General Primo de Rivera y de Mussolini, había gozado de una discreta difusión en Chile. El presbítero Guillermo Viviani en sus "Doctrinas Sociales", de 1919, exponía la idea corporativa como ingrediente de la doctrina social-cristiana. Se suele hablar, en círculos laicos, de "las fuerzas vivas" de la nación. La menciona Alessandri en la conferencia que dio en la Escuela de Caballería el último día del año 1923, y la reitera en una carta

escrita en 1924, desde el exilio. Atacando, en esta última, los defectos del régimen parlamentario, presenta la posibilidad de que un tercio del Senado esté destinado a representantes del comercio, de la industria, de la universidad, de la instrucción primaria y secundaria, del Ejército y Armada, etc., "hombres técnicos, preparados e idóneos o con la necesaria experiencia para juzgar las materias sobre las cuales se legisle". En la Junta Militar, su Presidente, Blanche, entregó al General Bennett un memorial en que se proponía la designación (no elección) de una Asamblea Constituyente, "en que estén representadas las fuerzas vivas del país: sociales, políticas y administrativas". Los oficiales jóvenes coincidían en esto con varios políticos aliancistas y con dirigentes obreros en que la Constituyente no fuera solamente designada a base de elecciones preparadas por los partidos políticos, sino también el capital, el trabajo, las ciencias, las letras, la Iglesia, las Fuerzas Armadas, etc. Rivas Vicuña, en un artículo publicado en "El Mercurio" sostenía que debía modificarse la actual y defectuosa organización, "cuyos frutos ya conocemos", sino ir a la representación de "las legítimas fuerzas vivas"; y en otro artículo, de fecha 18 de septiembre de 1924, mencionaba como corporaciones con esa capacidad administrativa a las universidades y demás ramas de la instrucción, las sociedades obreras más antiguas, los empleados como representantes de la clase media, las mujeres, la Iglesia, la prensa, la agricultura y demás industrias, el capital representado por los bancos, el Ejército y Armada, etc. Pero ni la Junta de 1924 ni la Unión Nacional se interesaron por llevar a la práctica tales ideas. En febrero de 1925 el Congreso Constituyente de Asalariados y Obreros, donde dominaban los elementos "libertarios", comunistas y anarquistas, piden un Poder Legislativo funcional, elegido solamente por los gremios organizados.¹⁰²

La "Unión Social Republicana de Asalariados", que proclamó en octubre de 1925 la candidatura del doctor José Santos Salas, parte de una concepción económica, ya que en la economía está la clave de todo poder legislativo. Manifiesta Salas su acuerdo con el Manifiesto de la Junta Militar del 11 de septiembre del año anterior. Hay —dice Salas— "la crisis de la producción nacional." Hay que tener una política del crédito para ayudar a los pequeños propietarios, una descentralización administrativa y económica que lleve a todo el país el fomento de la producción. No cree en la lucha de clases, pero sí en "la paulatina nacionalización, la chilenezación de las grandes riquezas

económicas". Para planificarlo, hay que crear un Consejo de Economía Nacional "en que estén representadas todas las fuerzas vivas de la sociedad: el capital, el crédito, los técnicos y trabajadores, todos parte integrante de la noble función productora". Declara no ser izquierdista ni extremista, sino desear la regeneración y el mejoramiento de la legislación social. Se le reprocha, dice días después, de haber aceptado la bandera de los comunistas y de los ácratas; a lo que él responde haberla también recibido de obreros librepensadores, cristianos, mutualistas, profesores, empleados, profesionales y estudiantes.¹⁰⁴ Derrotado Salas por un amplio margen en las elecciones presidenciales de octubre, llegó a ser, durante la presidencia de Ibáñez, uno de sus más importantes ministros.

No parece que las ideas corporativas hayan interesado mayormente a Ibáñez, a diferencia de Primo de Rivera, con el cual se le comparaba a veces. No se percibe tampoco que, durante estos años, haya sido empleado como ideología por fuerzas tradicionalistas o conservadoras, a diferencia de lo que ocurrió en Europa. Ibáñez dejó subsistente el régimen de partidos para la elección del Congreso de 1930, agregando solamente la CRAC. Lo que le importó, sí, fue tener dirigentes adictos en todos los partidos.

El historiador Alberto Edwards, el único intelectual de nota que apoyó con entusiasmo el régimen de Ibáñez, ha incorporado su figura política en los capítulos finales de su "Frontera aristocrática". En una carta de 1924 estaba dominado por una sombría proyección histórica, fijada por la caída de Alessandri en septiembre de ese año. Las clases medias, que eran para él, en el fondo, un proletariado intelectual, un mundo de empleados, habían hecho "la rebelión del electorado" en 1920, en beneficio de ellos y del proletariado industrial. El Ejército, hostil por su moral de la disciplina a la oligarquía parlamentaria, no pensaba en restaurarla, "lo que, en fin de cuentas, es un gran bien". El desquiciamiento espiritual, el caos de las pasiones y el agotamiento de las fuerzas aristocráticas no dejaban otra solución que la del sable o la del gorro frigio: "¡ojalá sea lo primero!"

Pero, en plena Presidencia de Ibáñez, en 1928, declara que sus siniestros pronósticos no se habían realizado: "los acontecimientos que se han desarrollado en Chile desde septiembre de 1924 nos han conducido, como por la mano, a evitar tales escollos. Ellos han colocado a la cabeza de la República a un hombre justo y fuerte, de espíritu recto, de sanas intenciones, no enfeu-

dado a partido alguno y que mejor que nadie garantiza lo que para el país es ahora esencial: la permanencia de una autoridad "normalmente obedecida y respetada". Edwards valoraba en Ibáñez el restablecimiento del misterioso "principio de autoridad", en cuya virtud cualquier gobierno, legítimo o ilegal en su origen, llega sin embargo a legitimarse por la personalidad del gobernante. La crisis de 1931, en que una coyuntura económica internacional, la gran depresión de fines de 1929, que llegó a Chile en 1930, reavivó un ansia de libertad política (que no se había producido, sin embargo, en 1927, cuando la represión era mucho más severa) trajo consigo la caída del régimen, pues Ibáñez, a pesar de contar con la lealtad de las Fuerzas Armadas, decidió renunciar y expatriarse. Edwards, seguramente deprimido por estos sucesos y habiendo sido Ministro de Relaciones Exteriores del 23 al 26 de julio de 1931, el último ministerio de Ibáñez, dirigió poco después una carta al presbítero Carlos Casanueva, rector de la Universidad Católica (de la cual Edwards era profesor), una carta justificativa, en que expresa "que serví a la administración del señor Ibáñez de toda buena fe, convencido de que su derrumbe podía arrastrarnos a la anarquía y al caos, y porque he estimado siempre que, en casos como éste, es más útil esforzarse en evitar los desastrosos de los gobiernos que el combatirlos en una oposición, de ordinario estéril".¹⁰⁴ La rectificación evidentemente atenúa el valor de su afirmación en "La Fronda aristocrática", convirtiéndola en una adhesión "faute de mieux".

Pero lo que más importa como idea es el texto de 1928, y ella es la que merece un atento análisis. Desde nuestro punto de vista, ha existido efectivamente en Chile, desde Portalés a Balmaceda, una tradición de gobierno fuerte apoyado en una sociedad aristocrática, dominando sobre un territorio ganado, defendido y en expansión mediante la guerra —apoyado por tanto en fuerzas armadas eficientes. El gobierno fuerte se extingue con Balmaceda, pero subsiste, bajo la República parlamentaria de 1891-1920, una sociedad aristocrática que, a pesar de su desgobierno interior, siguió una coherente política exterior, defensiva e independiente. La sociedad aristocrática se empieza a desplomar desde 1918-1920, para dar el paso a caudillos como Alessandri y después Ibáñez, cuyos ideales políticos son más bien mesocráticos, y que siguen una política social o socialismo de Estado, en suma moderado. Pero los problemas de la autoridad y de la legitimidad no se resolvieron absolutamente. Desde luego, ya lo dijimos al comienzo de este trabajo, la legitimidad

no puede tener en Hispanoamérica de los siglos XIX y XX la misma fuerza sagrada que en la Edad Media o en la época de las grandes monarquías de los siglos XVI a XVIII, y que en la misma Europa se debilita en los dos siglos siguientes, en la medida en que avanzan los principios revolucionarios. Portales no pudo realmente "restaurar" la legitimidad de la monarquía. Chile, desde 1920, empieza a sufrir el quebrantamiento de las nociones de legitimidad y autoridad, que "normalmente" deben ir juntas. Alessandri, Presidente bajo un régimen parlamentario, actúa como si estuviera en régimen presidencial, asumiendo responsabilidades directas por sobre sus ministros, no una sola vez, sino muchas, y termina teniendo que renunciar en septiembre de 1924. Restaurado en 1925, bien pronto advirtió que el poder real estaba en manos del "jefe de la revolución", el Ministro de Guerra, y debió renunciar de nuevo, el 1.º de octubre de 1925. La Presidencia de Figueroa, dada la frivolidad del mandatario, terminó en una comedia, entre febrero y abril de 1927, en que el poder y la sombra de autoridad residen en diferentes manos: Figueroa es nuestro "roi fainéant". El gobierno de Ibáñez dio a Edwards la impresión de estabilidad normal restaurada por fin, a pesar de que su adhesión intelectual a Spengler debió hacerlo escéptico sobre el principio de autoridad en épocas de predominio de las masas: ellas aceptan obedecer a la autoridad mientras ésta es poderosa, mientras tiene éxito. Ellas obedecían en 1927, cuando la represión era más severa, porque clamaban por un gobierno fuerte, después del fiasco de Figueroa. Pero en 1931 el poder mostró su debilidad frente a la crisis económica. No era pues efectiva la "normalidad" que Edwards afirmaba en 1928. Chile ha vivido desde 1920 entre continuas crisis de autoridad, de legitimidad y de poder, y eso es natural en épocas desquiciadas por la necesidad de halagar a las masas.

El gran valor de Ibáñez está en su administración. "Traté de llevar a los altos cargos de la administración a hombres jóvenes, independientes y en su mayoría poco conocidos en el ambiente político y en los núcleos sociales santiaguinos. Había que renovar hábitos, lo que no se puede hacer con personas comprometidas con el ambiente", le dice a Correa Prieto.¹⁰⁵ Entre sus ministros descuellan, junto a políticos ya conocidos (Pablo Ramírez, J. S. Salas, Enrique Bermúdez, Ríos Gallardo, Alberto Edwards), otros personajes como el General Blanche (encarnación viviente de la disciplina militar), el almirante Edgardo von Schroeders, Adolfo Ibáñez, Luis Schmidt, Eduardo Barrios,

Julio Philippi, Rodolfo Jaramillo, Gustavo Lira, C. Castro Ruiz, y otros. Habría que agregar algunos altos funcionarios de Hacienda o de Trabajo (Rosetti, por ejemplo). No entra en el plan de este trabajo hacer historia administrativa ni económica, que ha sido bien diseñada en el manual de Fernando Silva Vargas. Habría que enumerar la creación de la Contraloría General de la República, convertida bajo Juan Antonio Ríos en poder constitucional (a veces justiciera, pero otras veces desorbitada); la dictación del Estatuto Administrativo de 1929, que convirtió a la burocracia, cada vez más extendida desde 1924, por el rol del Estado Benefactor, en un verdadero estamento, con sus derechos y deberes; la creación de la Tesorería General de la República. Las municipalidades, con toda su fama de corruptas, fueron reemplazadas por Juntas de Vecinos, designadas y no elegidas. Los Ferrocarriles se convirtieron en empresa autónoma, libre de connivencias partidistas. La Universidad de Chile tuvo un Estatuto que confirmó su autonomía, en 1931. Magallanes alcanzó la calidad de provincia, dejando de ser un "Territorio"; Aysen, que empezó a colonizarse desde entonces, fue designado como Territorio. Se formó la Línea Aérea Nacional (LAN).

El primer Mensaje, el de 1927 (pronunciado en realidad como Vicepresidente, por el permiso concedido a Figueroa) es el más rico en enunciación de ideas y propósitos. En primer lugar, se afirma su Nacionalismo: "La apresurada transformación de valores que vive la humanidad no permitiría sentar doctrina inflexible —dice en los párrafos dedicados a la educación—; sólo cabe a la enseñanza del Estado reafirmar los valores humanos permanentes, asegurando así el porvenir económico y la tranquilidad social de la nación". "De la experiencia de la postguerra ha resurgido más vigoroso el ideal de patriotismo, aun en los pueblos cuyas conmociones internas no hacían presumir estos resultados. A los sentimientos de sacrificio personal, el patriotismo ha agregado, si no existía antes, una justa ponderación y cultivo de los valores nacionales de todo orden. El Gobierno cree de su deber inculcar y mantener íntegro este noble sentido moral del nacionalismo". "Precisa cuidar del espíritu propio del pueblo, conservar sus características nacionales, darle una sólida instrucción económica y, además, una base de cultura suficiente para que pueda apreciar las supremas manifestaciones del arte y de la ciencia".

En materia de sanidad, el Código Sanitario Long (confeccionado en 1925, paralelamente a la misión Kemmerer) resultaba

inaplicable —así lo dice el Mensaje de 1927— “como inadecuable a nuestra idiosincrasia. La salud no es sólo ausencia de enfermedad, sino también la plenitud de la vida”. Se propenderá pues “más que a la defensa de la población contra las enfermedades, a la preparación y a la formación, si pudiera decirse, de una raza nueva, física y moralmente superior”. En otros campos, el Mensaje declara que la previsión social se ha extendido a todos los habitantes del país; y que se llegará a dictar un código del Trabajo, que efectivamente se promulgó 3 años después.

En estas materias educacionales fue donde la prisa en implantar reformas dio los malos frutos que eran de esperar. La reforma quedó a cargo del ministro Aquiles Vergara Vicuña, quien se hizo asesorar del educacionista Darío Salas. El Mensaje enunciaba, en este aspecto, que el excesivo número de profesionales liberales perjudicaba al país, y que era necesario fomentar la enseñanza industrial —el ideal proclamado por Encina, Subercaseaux, Galdames, etc., hacia 1911-1914, pero siempre difícil de hacer realidad, dada la mentalidad tradicional, que no es tan fácil de cambiar mediante planes. Desde luego hubo un cambio institucional: el Consejo de Instrucción Pública, que databa de 1879 y que daba a la Universidad de Chile una tutela general sobre las otras ramas de la educación, dada la composición de ese Consejo, fue suprimido, en medio de la protesta de consejeros ilustres, como el Rector de la Universidad, Claudio Matte, quien renunció además al Rectorado; siendo el Consejo reemplazado por la Superintendencia de Educación, dependiente enteramente del Ministerio de Educación. Con eso, la educación secundaria y la primaria quedaban sin vinculación alguna con la Universidad, lo que fue especialmente dañino en los Liceos (enseñanza secundaria), que han ido desde entonces en constante detrimento de sus programas, formado por funcionarios y por pedagogos más que por los hombres de ciencia de la Universidad. Ya en el Mensaje de 1929 se confesaba paladinamente el fracaso (entretanto Vergara Vicuña y Darío Salas habían perdido sus cargos, y Vergara, despedido, escribió su “Ibáñez, César criollo”, en 1931). En 1929 Ibáñez declaraba que la falta de personal y de medios económicos habían causado la frustración: “Estas serán siempre las dificultades insalvables que encuentre toda reforma educacional que, apartándose de las realidades económicas y sociales en que ha de desarrollarse, se funde en principios ideológicos buenos en el terreno de la doctrina pura, pero

destinados al fracaso en virtud de los accidentes materiales y morales que en la práctica emanan fatalmente de esas mismas realidades". Agrega a continuación que "se ha ido con sentido práctico y constructivo a remediar los principales defectos y a satisfacer las necesidades más urgentes". Pero el liceo quedó, en adelante, independiente de la Universidad, y sujeto a la burocracia del Ministerio de Educación. Tampoco la Universidad salió indemne de esta reforma de Vergara Vicuña: renunciado Claudio Matte, se designó gubernativamente, a un Rector interino (el doctor Charlín), originando protestas de los estudiantes de Leyes y la protesta y renuncia de profesores como Alcibíades Roldán, Oscar Dávila, Arturo Alessandri Rodríguez, Juan Esteban Montero, Fernando Alessandri Rodríguez, Luis Aldunate, etc. El primer Superintendente de Educación, Enrique Molina, era opuesto a la intervención gubernativa, y también renunció. Vergara atribuye su fracaso en la reforma a las intrusiones de los ministros Pablo Ramírez y José Santos Salas en los asuntos de su incumbencia.¹⁰⁶ Ibáñez mantenía siempre dos postulados: su preferencia por la enseñanza práctica, y su desconfianza por los profesores, a quienes consideraba como ideólogos o bien como politiqueros; veía por eso en la educación pública la causante de las taras de Chile. Y sin embargo, de su practicismo, en el lenguaje oficial del Mensaje de 1928 (tal vez por influjo del Ministro Barrios) se lee que, en la Universidad, la Ciencia pura se confundía con las asignaturas profesionales y la Ciencia "sucumbía ante la competencia de estudios interesados".

En el plano económico, el Mensaje de 1927 continúa la política aduanera proteccionista, que se había impuesto legalmente desde 1917 y 1922. Se buscaría, dice el Mensaje, fomentar la sustitución de importaciones mediante los cultivos de betarraga, cáñamo y algodón; había posibilidades prospectivas de petróleo en la zona magallánica, que se trataría de realizar; se mantenía el derecho sobre el carbón extranjero que se importaba, ya que Chile tenía los minerales de la Provincia de Arauco. En materia monetaria, desde la Misión Kemmerer, el sistema chileno había vuelto a ser el de padrón de oro y billetes convertibles emitidos por el Banco Central, fundado en 1925.

Pero lo esencial para Chile eran las exportaciones mineras y ellas descendieron drásticamente a lo largo del período de Ibáñez. El salitre, que tenía que competir con el producto sintético alemán, y estaba sujeto a las complejas políticas de comercialización aprobadas por los productores en Chile y por

las grandes entidades compradoras en Europa, bajó de 2,8 millones de toneladas en 1927-1928, a 1,4 millones en 1931-1932, descendiendo también los precios por toneladas. Las 300.000 toneladas de cobre exportadas en 1929 bajaron en 1931 a poco más de 200.000. En 1930 el Gobierno formó la Compañía de Salitre de Chile (COSACH): era una sociedad anónima de 4 mil millones de capital, que adquirió las oficinas particulares y las pampas salitreras fiscales que aun quedaban (pues habían sido objeto de múltiples transgresiones fraudulentas por parte de algunas oficinas). El Fisco abandonaba sus derechos de exportación, contra el pago de 1.500.000 de acciones, que no representaban en realidad valor alguno, ya que las deudas que la nueva Compañía reconocía subían a 4 mil millones y las utilidades iban a tener que dedicarse a amortizar tales deudas, preferentemente. El resultado de la COSACH fue quitar al Fisco un recurso, que evidentemente no podría tampoco que rendir mucho, dada la gran depresión mundial, que estrechaba enormemente el mercado. De allí la paralización de gran parte de las oficinas, y el exodo de los cesantes a Santiago, que marcó tremendamente el último año de Ibáñez. El precio por tonelada de salitre, que era de 40 dólares en 1928-1929 bajó a 24 y medio dólares en 1931-1932.¹⁰⁷

El gran resultado positivo en el campo económico fue su plan de obras públicas, tanto construcciones escolares y administrativas, como construcción de caminos y otras mejoras de la infraestructura; todo ello, hasta 1929, gracias a grandes créditos extranjeros, que se conseguían a través del National City Bank norteamericano y de la Casa Rotschild de Londres. La crisis de 1930 tornó en problema desesperado el pago de la amortización e intereses, de suerte que finalmente en agosto de 1931, después de la caída de Ibáñez, tuvo Chile que declarar la suspensión de ese pago; y en marzo de 1932 se tornaba al billete inconvertible.

Con todo, el crecimiento desmesurado de la deuda externa no debe hacer olvidar lo que el país debe a la administración Ibáñez en materia de obras públicas. “Después de Balmaceda—dice Domingo Amunátegui Solar—¹⁰⁸ no ha habido en Chile otro Presidente más empeñoso que el General Ibáñez en la ejecución de esta clase obras... agua potable, alcantarillado, puentes, cuarteles, canales, casas de Intendencia, escuelas y colegios, pavimentación, ferrocarriles transversales en longitud de 535 km, obras de regadío...”

Silva Vargas subraya también el crecimiento de un sistema

para-estatal: nuevas instituciones de previsión y de crédito. Unas corresponden a la idea de que toda la población esté acogida a algún sistema de previsión, otras a la idea de fomentar la producción extendiendo líneas de crédito a diversas actividades.

Ibáñez, como Alessandri, han dejado pues una huella decisiva en la estructura del Estado: la concepción de que el Estado debe tener una actitud protectora para todos los estratos de la sociedad, en la medida en que estén involucrados en el trabajo material o administrativo, es necesario ir creando nuevos organismos estatales o para-estatales y con ello incrementar cuantitativamente la administración pública. Es un dilema sin salida, ya que tampoco podía prescindirse de la idea, tradicional y nueva a la vez, de que el Estado es el agente del bien común.

Posiciones frente a los problemas internacionales desde 1891

Lo que en el siglo XIX era la manifestación natural del patriotismo, o sea el poder de Chile en el Pacífico, incluso por la acción bélica, había sido demostrada con éxito en la Guerra del Pacífico, la conquista y pacificación de la Araucanía, la soberanía sobre el Estrecho de Magallanes en el Tratado con Argentina en 1881; se veían cumplidos todos esos objetivos y por tanto dejaron también de ser el leit-motiv de la opinión pública. Lo peculiar, desde 1891 en adelante (diríamos hasta hoy día) es que la consolidación de esos límites, la defensa de la intangibilidad de los tratados obtenidos por la victoria, pasaron a ser problemas siempre pendientes para las Cancillerías, los Embajadores, a veces de las Fuerzas Armadas. Para el pueblo en total, la política interna devora la política exterior; y, dentro de la política interna, los problemas económico-sociales, sobre todo a partir de 1915 o 1920, que se convierten en temas ideológicos de los distintos Partidos y también de los movimientos militares desde 1924 a 1927. Por otra parte, hay que marcar que la política internacional así manejada muestra una notable continuidad y coherencia, a pesar de la rotativa ministerial de la época parlamentaria y de la inestabilidad de las alianzas partidistas. Esa tradición diplomática consistió fundamentalmente en mantener una política exterior lo más independiente posible —así, fue neutral en la guerra 1914-1918, y durante la Presidencia de Aguirre Cerda y en la de Juan Antonio Ríos, hasta la caída del Canciller Barros Jarpa, Chile fue asimismo

neutral en la Segunda Guerra Mundial; pero ya en 1943 por la presión exterior de los Estados Unidos y la presión interna de círculos aliadófilos y sobre todo del Partido Comunista, tuvo Chile que romper relaciones con el Eje Roma-Berlín e incluso declarar la guerra al Japón. En 1962, el gobierno de Jorge Alessandri, de tendencia derechista o centro-derechista, resistió largos meses la resolución panamericana de romper relaciones con la Cuba comunista; pero al final, la afiliación a la Organización de Estados Americanos lo forzó a la ruptura.¹⁰⁹ Chile, siguiendo su tradición opuesta a la Unión panamericana (que venía ya desde los días en que rehusó asistir al Congreso de Panamá convocado por Bolívar) se habría mantenido lo más lejos posible de adherir a la ideología continental postulada por los Estados Unidos, si no le forzara a formar parte de ella la posibilidad de que Perú y Bolivia planteasen la revisión de los tratados de paz celebrados con ellos.

No intentamos aquí hacer la historia diplomática chilena en relación con la Argentina, Perú y Bolivia: ya ha sido ampliamente presentada por Ricardo Donoso, Jaime Eyzaguirre, Oscar Espinoza, Mario Barros, Frederic B. Pike, más recientemente por Gonzalo Vial, etc. Solamente queremos detenernos en la diferencia de actitud de Chile en torno a estos problemas durante el siglo pasado y durante éste.

Dos grandes "pensadores" liberales del siglo pasado tomaron posiciones que contradecían al grueso de la opinión pública. José Victorino Lastarria, durante la Guerra con España, en 1965, cuando soplaba muy fuerte el sentimiento americanista anti-español para defender al Perú, fue enviado a los países del Atlántico para explicar la actitud chilena. Con el ánimo de agradar a los argentinos, afirmó la falta de importancia que para Chile tenía la Patagonia, a pesar de que Miguel Luis Amunátegui había defendido historiográficamente los derechos chilenos provenientes de la organización colonial. Lastarria le respondió: "Siento saber por su carta del 24 que usted se ocupa en probarme que somos dueños de la parte austral del continente americano. Semejante tarea es completamente inútil y no servirá más que para que usted luzca su ingenio. Puede ser que no sepa yo como usted, pero el estudio que he hecho de la cuestión me da la convicción invencible de que no somos dueños a la Patagonia, y santas pascuas".¹¹⁰ El caso de Barros Arana es más complejo, porque era un gran estudioso. Desde 1872 el ministro Adolfo Ibáñez defendía el derecho a la Patagonia y no meramente a la tierra ribereña del Estrecho de

Magallanes. Pero Diego Barros Arana, nombrado perito en representación de Chile, para negociar en Buenos Aires, pensaba que la Patagonia era sólo “un inmenso desierto”, como había dicho Darwin y llegó a un acuerdo ad-referendum en 1878, en que se fijaba como línea demarcatoria la Cordillera de los Andes. La opinión pública reaccionó en contra, y el canciller José Alfonso desautorizó el acuerdo y removió a Barros Arana. Pero tres años después, en plena guerra de Pacífico, ante el fundado temor de una intervención argentina en favor del Perú y de Bolivia, Chile firmó el tratado de 1881, que fijaba el límite en las más altas cumbres que dividieran las agua, hasta el paralelo 52, entregaba todo el Estrecho a Chile (lo que era la gran ventaja en que pensaban Barros Arana y los partidarios del tratado), e instituyó como árbitro en las eventuales dificultades al Rey de Inglaterra. Toda pretensión sobre la Patagonia quedaba pues cancelada y triunfaba el criterio de 1878. En cuanto a Tierra del Fuego, se trazaba un límite artificial por el meridiano 68 y 34 minutos. Pertenece también a Chile todas las islas al Sur del Canal Beagle. Desde 1901 surgió la controversia (actualmente en marcha) sobre la soberanía chilena o argentina de las islas Picton, Nueva y Lennox, que estaban, sin embargo, en posesión de Chile.

Otro problema debatido con Argentina era el de la Puna de Atacama, que Bolivia había cedido secretamente en 1889 a Argentina; pero que Chile sostenía formar parte de la provincia de Antofagasta, conquistada por Chile, y donde Bolivia, en el Tratado de Tregua de 1884, había reconocido la soberanía chilena. Las dificultades con Argentina se reinician en 1895-1896. Barros Arana estaba convencido de la inutilidad de los salares y serranías de la Puna, y logró convencer al canciller Adolfo Guerrero, quien firmó el Protocolo de abril de 1896, que implicaba la renuncia chilena a aquel territorio, donde pensaba que los derechos chilenos eran dudosos.¹¹¹ En Argentina, el publicista Estanislao Zeballos combatía acremente contra la causa chilena.¹¹² Sólo se opusieron en Chile al Protocolo Marcial Martínez, el diputado Luis Jordán y el senador Gonzalo Bulnes, para quien la Puna era el antemural de defensa de las regiones salitreras. Pero “el abrazo del Estrecho” entre Errázuriz Echaurren y Roca (1899) facilitó el fallo norteamericano que dio a Argentina los 4/5 de la Puna.¹¹³

En fin, los Pactos de Mayo de 1902 muestran con más claridad aún la contraposición entre un bando nacionalista, “duro” frente a las pretensiones argentinas de salir al Pacífico en el extre-

mo Sur, y un bando pacifista, en que milita el Presidente Riesco. Un Acta Preliminar al Pacto estipulado que Argentina renunciaba a intervenir en la liquidación de la Guerra del Pacífico, de "la cuestión del Pacífico", como se decía entonces, o sea la pugna por Tacna y Arica con el Perú, y la firma de un tratado de paz con Bolivia. La mayoría de la opinión chilena ya se había hecho indiferente al conflicto — como hemos dicho, esta indiferencia es un proceso de larga duración, que subyace hasta hoy día y que marca un cambio profundo en Chile —, pero algunos parlamentarios más avisados en la defensa de las fronteras no estaban en ese predicamento. Los Pactos de Mayo establecían un Tratado de arbitraje para todos los problemas limítrofes, arbitraje confiado al Rey de Inglaterra; y un Tratado de Limitación de Armamentos navales, según el cual ambas potencias aceptaban mantener en adelante el statu quo (Argentina tenía entonces una flota mucho más poderosa que Chile).

La discusión sobre los Pactos fue ardiente en ambos países. En Chile, luchando contra la política de Riesco, Gonzalo Bulnes, Alfredo Yrarrázaval Zañartu, Ramón Serrano Montaner, Eduardo Philips (diplomático que había sido separado de su cargo por Errázuriz Echaurren justamente por sus opiniones "duras") y Daniel Ríosco plantearon la lucha en un Manifiesto, en agosto de 1902. Allí afirman que Chile se ha convertido en "un protectorado británico", sin más expansión posible que la que le dejan los tratados vigentes. "En adelante, Chile no podrá hacer nada que disguste a Eduardo VII. Es un protectorado mal disimulado. ¡Adiós proyectos de navegación y de cabotaje nacional! Adiós toda tentativa de sacar nuestra deuda de la plaza de Londres, para crearnos en el Continente o en Estados Unidos vinculaciones comerciales o políticas. Y sobre todo digan adiós la Alemania, los Estados Unidos, la Francia, la España, etc., a toda esperanza de obtener de Chile algunas franquicias para su comercio, que lucha en el mercado con la competencia inglesa, y Dios quiera que, sabiendo que aquí no podrán conseguir nada, los Estados Unidos no vayan a buscar en el Perú y en Bolivia las franquicias, que son precursoras de la amistad política". Apuntaban también a que Argentina salía ganando con la limitación de armamentos según el statu quo.¹¹⁴

Por lo demás, en Argentina existía también la misma división, encabezando el partido antichileno Estanislao Zeballos. Pellegrini, en cambio, amigo de la paz con Chile, elogia las cualidades chilenas: "Ahí hay gobierno representativo, su administración es superior a la nuestra, porque siendo más pobres han

aprendido a ser más disciplinados y económicos; han sido más previsores y han sabido apreciar los beneficios de la paz interna; allí hay más libertades políticas y un sentimiento nacional enérgico y vigoroso". Niega también que Chile tenga la mala fe —la "punica fides"— que le atribuye Zeballos, quien estimaba exagerados los temores a "el pequeño Chile" y lamentaba sobre todo que el Acta Preliminar hubiera cerrado la influencia argentina en el Pacífico.¹¹⁵

Esta misma confrontación se va a dar en el campo de las relaciones con Perú y con Bolivia.

El Protocolo Billingham-Latorre de 1898, que entregaba el problema de Tacna y Arica al arbitraje de la Reina de España, finalmente no fue ratificado ni por el Perú, ni por Chile, pero abrió un nuevo enfrentamiento. Los diputados Abraham König, Francisco de Paula Pleiteado, Maximiliano Ibáñez, Santiago Toro, atacan la idea de plebiscito y arbitraje; Ibáñez, por ejemplo, preferiría seguir una política de dar alguna salida al mar a Bolivia, lo que el Protocolo hacía imposible. Sobre todo, Chile tenía que temer los resultados del plebiscito, ya que la mayoría era peruana. Con Bolivia, la situación era igualmente difícil, pues no aceptaba otra solución que no fuese concretamente Arica, rechazando el ofrecimiento de la caleta Víctor. Fue enviado a La Paz, en 1900, el político radical Abraham König, quien, desesperando de toda solución conciliatoria, escribió una nota confidencial al Canciller boliviano, que expresa, mejor que ningún otro documento, lo que sentía el chileno imbuido en el patriotismo del siglo XIX: "Nuestra costa llega por el Norte hasta la Quebrada de Camarones, en conformidad al tratado de paz celebrado con el Perú. Siendo cosa sabida y entendida que Bolivia no pretende zona ni puerto en el territorio de su antiguo litoral, no diviso, a la verdad, de dónde podríamos nosotros entregar a Bolivia lo que pide. No habría chileno capaz de firmar un tratado con una cláusula semejante. Desde la Quebrada de Camarones el Sur, hasta el Estrecho de Magallanes, todas las poblaciones son chilenas, netamente chilenas, formadas, defendidas y sustentadas con nuestros nacionales, con el sudor y esfuerzo del pueblo chileno. En esas poblaciones, incluyendo también el antiguo litoral de Bolivia, no hay casi bolivianos. Conceder, pues, una zona y un puerto en esos lugares, sería entregar a nación extraña millares de familias chilenas y esto en plena paz, por pura condescendencia graciosa". "Es un error muy esparcido y que se repite diariamente en la prensa y en la calle, el opinar que Bolivia tiene

derecho a exigir un puerto en compensación de su litoral. No hay tal cosa. Chile ha ocupado el litoral y se ha apoderado de él con el mismo título con que los Estados Unidos de la América del Norte han tomado a Puerto Rico. Nuestros derechos nacen de la victoria, la ley suprema de las naciones. Que el litoral es rico y que vale muchos millones, eso ya lo sabíamos. Lo guardamos porque vale; que si nada valiera, no habría interés en su conservación. Terminada la guerra, la nación vencedora impone sus condiciones y exige el pago de los gastos ocasionados... En consecuencia, Chile no debe nada, no está obligado a nada, mucho menos a la cesión de una zona de terreno y de un puerto”¹¹⁶

Fracasada esta misión, finalmente se llegó al Tratado de Paz de 1904, en que Bolivia reconoce la pérdida de su antigua provincia litoral y Chile se obliga a la construcción del ferrocarril de Arica a La Paz, que sería transferido a la soberanía boliviana 15 años después de su construcción, teniendo además desde el momento del tratado derecho al libre tránsito y a tener agencias aduaneras en Arica y en Antofagasta. Pero el tratado no impidió en absoluto que Bolivia, a partir de 1910, reiniciara su reivindicacionismo, su aspiración de salida al mar, que sigue latiendo hasta hoy día.

Los Estados Unidos habían iniciado desde 1889 las Conferencias Panamericanas, una nueva forma de la Doctrina Monroe. Chile, que recordaba todavía a comienzos del siglo la actitud del Secretario Blaine durante la Guerra del Pacífico y luego la hostilidad norteamericana, provocada por el simple episodio de los marineros del “Baltimore” en Valparaíso en 1891-1892, no se sentía en absoluto muy entusiasta de tales Conferencias; pero a la vez tenía que participar en ellas, ya que Perú y Bolivia planteaban o podían plantear siempre la revisión de los Tratados de paz o el arbitraje obligatorio con efecto retroactivo. En 1903, el embajador chileno en Washington, Joaquín Walker Martínez (que ya había sido removido de la embajada en Buenos Aires por Errázuriz Echaurren, a causa de su actitud “dura” frente a la Argentina) escribía que los Estados Unidos nunca aceptarían la igualdad de las naciones, y el día de mañana podrían querer establecer bases en el Estrecho de Magallanes o tomarse las provincias salitreras: estaba vivo el ejemplo reciente de su intervención para separar a Panamá de Colombia, para la construcción del nuevo Canal. Tampoco podía aceptar Chile la doctrina del Presidente Teodoro Roosevelt, quien interpretaba la Doctrina Monroe en el sentido de que su país podía

intervenir contra gobiernos irresponsables, para prevenir intervenciones europeas. Frente a los Estados Unidos, hubo políticos como Marcial Martínez, que al recibir al mismo Roosevelt en la Universidad de Chile, en 1913, ya varios años después de su Presidencia, opinó francamente contra la doctrina Monroe; y en la misma ocasión de su estada en Chile, al ser oficialmente festejado en el Teatro Municipal, declaró Gonzalo Bulnes que Chile no era afecto a doctrinas continentales que recortaran la soberanía nacional, pero sí se interesaba por políticas prácticas mutuamente ventajosas.¹¹⁷

Por esos mismos años, Argentina, Brasil y Chile habían logrado concertar una actitud común frente a problemas americanos (el ABC). Actuaron en defensa de la doctrina de la no-intervención cuando el desembarco norteamericano en Veracruz, y en 1913 los tres países rechazaron la idea de un Pacto Hemisférico, propuesto por el Presidente Wilson. Eduardo Suárez Mujica, el embajador chileno en Washington, declaró “que una nación joven no puede atarse las manos y condenarse a la limitación de su soberanía por razones de naturaleza altruista” (en una nota dirigida al canciller chileno Alejandro Lira). Pero cuando Lira, que era el gran sostenedor en Chile del ABC propuso formalizar un Tratado de Paz y Cooperación, la Argentina no lo aceptó, porque su diplomacia consistía en no contraer compromisos internacionales que limitaran su libertad de movimientos.¹¹⁸

La política chilena de permanecer lo más suelta e independientemente posible dentro del sistema panamericano —como lo era por ejemplo en el bloque del ABC— varió, sin embargo, fundamentalmente a partir de la Presidencia de Alessandri. En parte por razones de política interna. Los “partidos de avanzada, la “generación del año 20”, la Federación de Estudiantes, tenían como uno de sus leit-motiv la lucha contra la guerra, contra el militarismo, un pacifismo por lo demás corriente después de la primera Guerra Mundial y de la Revolución Rusa. Para esas fuerzas, los problemas internacionales eran irrelevantes en comparación con los problemas sociales y económicos, y el patriotismo era una virtud muy secundaria frente al humanitarismo de tipo positivista o anarquista. Ya hemos dicho que el nuevo siglo significó en Chile un dar la espalda a los sentimientos dominantes del siglo anterior, uno de los cuales, el más profundo, era el patriotismo guerrero. Naturalmente que un político maduro como Alessandri no podía participar de aquellas tendencias, ni tampoco su canciller preferido, Ernesto Barros Jarpa; pero no desdeñó, en 1921, el que se formara un

Comité pro-Paz para apoyar su nueva política. Más que nada influía en él el hecho de que el Perú y Bolivia pudieran plantear sus demandas en la Sociedad de las Naciones, órgano supremo de la opinión mundial, según la mentalidad pacifista de post-guerra. Chile había sido neutral en la guerra, de modo que estaba en malas condiciones frente al Perú y a Bolivia. Siguiendo este nuevo curso, Alessandri solicitó el arbitraje sobre el plebiscito referente a Tacna y Arica, en circunstancias que Chile había siempre rehuido poner a prueba sus derechos, y temía naturalmente una posible derrota chilena en una población todavía muy poco "chilenizada". Nuevamente se enfrentaron aquí dos tendencias. Lo criticaron en el Senado los liberales unionistas Luis Claro Solar, Ladislao Errázuriz, Gonzalo Bulnes, el conservador Joaquín Walker Martínez —todos ellos de la oposición—, pero también liberales de la Alianza, como Eliodoro Yáñez, el poderoso propietario de "La Nación", rival de Alessandri en las votaciones para candidato a la Presidencia en las convenciones aliancistas de 1915 y 1920. En cambio, el Presidente del Partido Conservador, Carlos Aldunate Solar, fue uno de los dos representantes chilenos ante el Gobierno norteamericano que iba a actuar como árbitro. En 1925 el Presidente Coolidge aceptó ser árbitro en el plebiscito y envió como representante suyo al General Pershing, el jefe de las fuerzas norteamericanas en los últimos períodos de la Guerra Mundial.

La decisión de Alessandri no solamente era una ruptura con la anterior posición chilena en materia de arbitraje, sino que solicitarlo de los Estados Unidos significaba el aceptar ahora la hegemonía norteamericana en el Continente, que venía a sustituir a Inglaterra, cuya importancia era desde 1918 muy inferior a la de Estados Unidos en el Continente americano. Alessandri siguió en 1925 una rápida política de "chilenización", para evitar un triunfo electoral peruano. Agustín Edwards, delegado chileno, tenía que luchar cotidianamente con Pershing, disgustados con los procedimientos chilenos para con los habitantes peruanos. Al fin, Pershing, totalmente malquistado con Chile, se retiró y su sucesor, el General Lassiter, dio por terminada la gestión de arbitraje en junio de 1926.¹¹⁹

Chile se inclinaba ahora por la gestión política directa con Perú, sin plebiscito. Se volvió a poner en el tapete una idea ya lanzada ante el Presidente Pedro Montt en 1910 por Paulino Alfonso: ofrecer Tacna al Perú, a cambio de anexar definitivamente Arica a Chile. Ibáñez y su canciller Ríos Gallardo, a través del embajador Miguel Cruchaga, interesaron en el plan al Secretario de

Estado Kellog, quien logró mover al Presidente peruano, Augusto Leguía, anteriormente ultra-reivindicacionista, para aceptar el acuerdo, que fue formalmente suscrito por el Presidente Hoover. Chile cedía Tacna y la suma de 6 millones de pesos. El enfrentamiento que se había producido en la discusión de los tratados a comienzos de siglo, ya no jugó esta vez, probablemente por el carácter autoritario del régimen. El Tratado de Lima sólo fue rechazado en la sesión secreta por 2 senadores y 2 se abstuvieron; en la Cámara hubo 8 votos en contra y 1 abstención. Curiosamente, un Presidente militar inclinó la balanza en favor de la paz y de la "liquidación" definitiva de la Guerra del Pacífico.¹²⁰ "Definitiva" hasta donde se podía prever en 1929. Porque los problemas limítrofes no terminan nunca para Chile. El Presidente Jorge Alessandri (1958-1964) sostuvo al comienzo la necesidad de pactos recíprocos de desarme, para invertir más en desarrollo económico y menos en armas. Casi en seguida, surgió el problema del uso de las aguas del río Lauca y Bolivia rompió relaciones con Chile en 1962. Durante el gobierno actual, pareció cercana la solución mediante el trueque de un corredor para Bolivia por un fragmento territorial para Chile; pero finalmente surgió la oposición popular boliviana, y el Perú, que debía aprobar el acuerdo en virtud del Tratado de 1929, propuso la internacionalización de Arica, lo que Chile tenía que rechazar. En cuanto al problema con Argentina, el Presidente Frei propuso someter el problema de las islas en disputa al arbitraje inglés, mas Argentina lo rechazó. En 1971 y 1972, en cambio, el Presidente Lanusse, de Argentina, aceptó firmar tratados de arbitraje obligatorio pero ante la Corte Internacional de La Haya. Pero cuando Inglaterra falló en fin a favor de Chile el litigio sobre las islas del Beagle (1977), Argentina desconoció el Laudo Arbitral, y sólo la mediación pontificia de fines de 1978 salvó por el momento el peligro de guerra.

Con razón ha escrito Gonzalo Vial que el nacionalismo chileno, todavía subsistente a comienzos de siglo difícilmente podía impresionar a la socarronería y escaso vuelo imaginativo de los gobernantes: ese nacionalismo popular del siglo XIX lo comparían hacia 1900 ya escasos individuos.¹²¹ Un Joaquín Walker Martínez, un Marcial Martínez, un Gonzalo Bulnes, eran sus últimos exponentes. El gran interrogante que eso nos plantea es cuál es la raíz de este proceso de desvanecimiento del sentido patriótico-territorial en todos los estratos sociales. No es únicamente que sea devorado por la atención a los factores económicos, ya que el engrandecimiento territorial del siglo XIX había

traído una ampliación de la economía chilena. Hay que atribuir una importancia mayor, en primer lugar, a la pérdida del sentido vivo y orgánico del Estado después de 1891 y al crecimiento correlativo de la noción de "sociedad" como complejo de intereses particulares contrapuestos al Estado, en un país ya cerrado sobre sus fronteras, y en que el ascenso de una clase sólo podía producirse a expensas de las otras. Solamente Magallanes y Aysen eran tierras abiertas, "fronteras" en el sentido de Turner; el Norte Grande había sido conquistado, pero ya las oficinas salitreras y después los grandes minerales de cobre estaban dominados por capitales ingleses, norteamericanos, alemanes, etc., si bien con porciones minoritarias de acciones en las salitreras para chilenos afortunados, como lo ha mostrado Ricardo Couyoumdjiam.^{121bis}

En seguida, hay el influjo de las ideologías. El Humanitarismo asoma desde comienzos de siglo, alimentando a distintos movimientos: al Positivismo, al Socialismo ético, al Socialismo de la III Internacional (tácticamente, como arma de combate contra el mundo occidental), a los ideales cientistas, a un Cristianismo secularizado y convertido en moral altruista, al materialismo práctico y utilitario para el cual el sacrificio por la patria resultaba ridículo, etc.

El hecho es que, a partir de los años finales del siglo pasado, el nacionalismo deja generalmente de ser popular (en el sentido que lo es, por ejemplo, en Argentina), y los problemas de límites territoriales o marítimos pasan a ser asuntos técnicos a cargo de diplomáticos y de institutos especiales de las fuerzas Armadas. Su objeto no es expansivo, sino que ahora defensivo. Los procedimientos diplomáticos están ahora encuadrados en marcos más rígidos, impuestos por los organismos internacionales del Continente o de las Naciones Unidas. Dentro de esto, existe una tradición de cancillería. Pero la política interna domina sin contrapeso la historia reciente de Chile, con sus tensiones ideológicas, económicas y sociales.

El caudillismo en los años 1931-1932

La caída de Ibáñez produjo un tremendo vacío de poder que dio origen a un clima de fermentación social e ideológica, de donde emergerán nuevos caudillos.

El ascenso a la Presidencia de la República de Juan Esteban Montero, alto dirigente radical y abogado del Banco de Chile, prestigiado por haber sido quien, como Ministro del Interior,

exigió de Ibáñez el restablecimiento de las libertades públicas, fue, sin embargo, un inmenso error, por su carencia absoluta de capacidad política, en medio de ese vacío de poder. No contó con el deslizamiento increíblemente rápido que puede producirse entre unas masas inorgánicas, azotadas por una depresión económica de primer orden, contenidas hasta entonces por un régimen dictatorial que había sido derribado por la crisis mundial y por la "fronda". Mientras se vivía, desde el 26 de julio de 1931, en un fervor libertario y una interminable execración del régimen caído, estalló, en la flota de Coquimbo y en el Apostadero Naval de Talcahuano, seguramente ya de acuerdo, una sublevación de marineros comandados por suboficiales, el 1 de septiembre de 1931. El motivo inmediato por ellos alegado era la reducción de sus sueldos, decretada para toda la administración pública por el inflexible ministro de Hacienda, el ingeniero Pedro Blanquier, que había ganado por un momento a la opinión pública cuando, como ministro de Ibáñez, había hecho una exposición descarnada del estado de la Hacienda Pública; pero que, después del triunfo, desagradó a todos por sus medidas para disminuir el déficit fiscal. La marinería habló al comienzo tan sólo de sus problemas gremiales. El mediador nombrado por el Gobierno, un prestigioso almirante, Edgardo von Schroeders, fracasó en su misión. La marinería agregó esta vez peticiones de orden general, como la subdivisión de la tierra, la contribución de los millonarios a formar un capital para industrias muy productivas, etc. El "El Estado Mayor" de las tripulaciones de Coquimbo, dirigido por el suboficial más antiguo, pero sobre todo por Manuel Astica, lanzó una proclama en que hacía saber, "ante la conciencia del país que en estos momentos las tripulaciones, al ver la actitud antipatriótica del Gobierno y al considerar que el único remedio para la situación es el cambio de régimen social, hemos decidido unimos a las aspiraciones del pueblo y zarpa con nosotros una comisión de obreros que representa el sentir del proletariado de la Nación, de la Federación Obrera de Chile y del Partido Comunista. La lucha civil se transforma, en este momento, en una revolución social". Pero bastaron dos bombas arrojadas desde un avión por el comandante Ramón Vergara Montero sobre el "Almirante Latorre", para que la tripulación se rindiera.¹²² Pudo haberse formado entonces, de tener éxito la sublevación, un Soviet de obreros y marineros, como en la flota alemana tras la derrota de 1918.

Pero la crisis económica siguió azotando duramente al país y el

Gobierno tenía que hacer frente a las conspiraciones de desplazados ibañistas (a cuya cabeza estaba el periodista Carlos Dávila) y de los partidarios de Alessandri, que habían sido derrotado representando a las izquierdas, en la elección presidencial en que triunfó Montero. Finalmente, esas fuerzas convergieron alrededor del Comodoro del Aire Marmaduke Grove, que había roto en 1928 con Ibáñez, mientras ejercía cargos diplomáticos en Europa. Adviene entonces en Chile un régimen que se proclama "República Socialista" tras el golpe del 4 de junio de 1932.

Durante los 12 días que pudo afirmar Grove su poder, toda la ofensiva gubernamental se dirigió contra "el gobierno oligárquico" de Montero, al servicio, se decía, del capitalismo extranjero. Renacía en cierto modo el Grove de enero de 1925. Su socialismo de 1932 se proclamaba alentado "por un alto espíritu de nacionalismo constructivo", que estaba resuelto a controlar y reorganizar la economía por el Estado. Mantenía que su movimiento estaba lejos de cualquier imperialismo, "sea éste el de la Alta Banca extranjera o del Sovietismo Ruso". Tomó medidas de inmediato efecto, como la suspensión de los lanzamientos de arrendatarios, la entrega de prendas indispensables empeñadas por deudores de la Caja de Crédito Prendario, y la fijación de precios de los artículos de primera necesidad. El mismo Grove tomó solamente el cargo de Ministro de Guerra; la Junta de Gobierno estuvo formada por el moderado Arturo Puga (un General retirado, que jugó un papel decorativo), por el periodista ibañista Carlos Dávila, y por Eugenio Matte Hurtado, jefe de un pequeño Estado Mayor de intelectuales socialistas, la Nueva Acción Pública (NAP). Era esta última un grupo de socialistas teóricos, desligados del Partido Comunista y tampoco propiamente marxista; entre ellos figuraba un gran profesor de Matemáticas, Alfredo Lagarrigue, quien formuló un plan de política económica.

Según el manifiesto del 5 de junio, el Gobierno, siguiendo el "Plan Lagarrigue", quería "organizar técnicamente la fuerza productora bajo el control del Estado, establecer ampliamente la justicia social y asegurar a todos los chilenos el derecho a la vida y al trabajo". "Queremos imprimir a todas las actividades nacionales un ritmo de energía, de juventud, de eficiencia y de disciplina". "No creemos que se hayan agotado las reservas espirituales de Chile: hay en todas partes voluntades animosas dispuestas a la acción propicia, ahora es el momento de que entren a desarrollar sus iniciativas". Detallando en seguida su

plan concreto, la Junta fija como puntos centrales de su política el control del crédito y del comercio externo e interno; la exigencia de que ninguna empresa paralizara sus labores alegando disminución de utilidades; el Gobierno tomaría por su cuenta la importación de artículos de primera necesidad, como el azúcar, el petróleo, la bencina, etc. y mientras se organizara una economía de pleno empleo, se adoptarían medidas inmediatas para dar al pueblo vestuario, alimento y vivienda. Se repartirían víveres utilizando para ello al Ejército y a los sindicatos obreros: se suspenderían los lanzamientos de arrendatarios que no tuvieran recursos; se gravarían las grandes rentas y desde luego las fortunas de más de 1 millón de pesos; se crearían empresas estatales productivas.

Renació también en esos días un anticlericalismo activo, que demandaba sobre todo la confiscación de los bienes del clero y dirigía una ofensiva particularmente marcada contra el Arzobispo de Santiago, José Horacio Campillo, que había intervenido en los últimos días de Ibáñez, apoyando la revolución en su contra: un símbolo, para las masas, del clericalismo politizado. Los eclesiásticos tuvieron que abstenerse, durante esos días, de usar públicamente sus hábitos: eran los mismos años de la persecución religiosa en la España Republicana, y sólo habrían transcurrido 3 o 4 años de la persecución en México. Durante los breves días del gobierno caudillesco de Grove se disolvió el Congreso "terral" designado en 1930 por Ibáñez en contacto con los jefes de Partidos; se creó un Banco del Estado y se dispuso la organización del trabajo de los cesantes en los lavaderos de oro —una de las pocas medidas de éxito económico de la República Socialista.

Surgieron también en esos días multitud de organizaciones tituladas "socialistas", que a veces desbordaban al Gobierno. Los comunistas, a través de la Federación de Maestros de Chile, se declara crítica e independiente "frente a todos los gobiernos burgueses". El grupo universitario "Avance" se apodera de la Casa Central de la Universidad de Chile en nombre de los "Soviets de obreros, campesinos, mineros, soldados, marineros e indios": el Gobierno se limitó a trasladarlos a otro local. El Partido Socialista Unificado se declara netamente marxista, como partido de clase, fundado en la concepción materialista de la Historia y en la necesidad de socializar los medios de producción ("La Nación" de 15 de junio de 1932). La Alianza Socialista Revolucionaria, más oficialista, también aspira a radicalizar el movimiento, llegando a la socialización de

los medios de producción y la tierra ("La Nación", 8 de junio). Matte y algunos ministros pensaron en formar milicias armadas, pero se opuso a ello Grove, en nombre del "auténtico poder militar": ellas destruirían —dice— la imagen institucional "que el pueblo se debe para defender el Estado":¹²² Grove mantenía, pues, el sentido del Estado y de las instituciones. Pero sus partidarios quieren ir más allá. José Dolores Vásquez, Presidente del Partido Socialista de Chile, escribe en "La Nación" de 15 de junio que el Ejército es izquierdista. El 18 de junio, "Zuria", un seudónimo, escribe que "en América, es la voz misma de la raza la que llama a buscar la satisfacción de sus necesidades, en una aspiración igualitaria nacida de un hondo sentimiento colectivo. El Nuevo Mundo, podríamos decir que no tiene antepasados, porque, desvanecidos ya los límites de la sangre y de la herencia, se ha situado en la vertical de las nuevas rutas sociológicas". Tal vez nunca en Chile se ha desencadenado más fuertemente la esperanza socialista utópica. Se compara a veces el movimiento chileno con la revolución mexicana ("La Nación" de 9 de junio, bajo la firma de "Juan de Antofagasta").

Pero el mando de Grove tiene corta duración. Ya un centenar de jefes de la Guarnición de Santiago, encabezados por el Comandante en Jefe, General Agustín Moreno; el Director de la Escuela de Infantería de San Bernardo, Coronel Pedro Lagos, y el nuevo Comodoro del Aire Arturo Merino Benítez, le representan a Grove que el Comunismo Internacional es antipatriótico. Grove les responde: "No hay tal, señores, la diferencia con el comunismo es profunda. Nunca seré comunista, ni ninguno de los que están en el Gobierno. Eso no quiere decir que vamos a perseguir a los comunistas, porque no es necesario perseguirlos físicamente. Así como no somos comunistas, tampoco somos anticomunistas. Eso entiéndanlo bien. El socialismo del plan Lagarrigue resuelve los problemas económicos, políticos y culturales del pueblo, y ese bienestar termina con la posibilidad de que Chile tenga que ser comunista". Efectivamente, para los hombres del 4 de junio, se trataba de implantar el socialismo desde la cúpula del Estado, fundamentalmente por un jefe militar, un caudillo rodeado de un pequeño grupo más intelectual que político; en caso alguno por un partido propiamente proletario.

Si bien la Junta y Grove hablan de lucha de clases, de explotación capitalista, etc., lo esencial para ellos es el Estado que asume el control de la vida económica, sin abolir de momento la

propiedad del capital ni de la tierra: de trata de un socialismo de Estado, teóricamente bastante radical. Se quiso también fundar organismos culturales estatales: un Decreto Ley del 12 de junio nombró una comisión para organizar un Teatro del Estado, una Editorial y una Radiodifusora del Estado.

Pero Grove empieza ya a percibir la amenaza de un golpe militar, y refuerza su imagen del socialismo diverso del comunismo: "Sería infantil suponer que, después de todas las decepciones sufridas en el régimen anterior, fuéramos a tener contemplaciones con los comunistas, que estiman conveniente y esperan a destruir todo lo que existe para edificar sobre las ruinas algo que ellos creen que será la mejor de sus aspiraciones", dijo el 11 de junio. Ese mismo día volverá a afirmar que "el Gobierno no ha tenido, ni tiene, ni tendrá vinculación alguna con el comunismo militante. Los miembros del actual Gobierno abrazaron la causa de la revolución, precisamente para evitar la dictadura comunista, a la que nos conducía fatalmente el régimen capitalista de los privilegios y el sistema económico social en bancarrota que acaba de caer". Pero los jefes militares no le creían una palabra; de ahí la visita colectiva del 12 a sus oficinas del Ministerio de Guerra, que referimos anteriormente, y que Grove dominó con una característica temeridad. Pero el golpe vino desde el lado de Carlos Dávila, que se había refugiado la noche del día 11 junto a su amigo Lagos en la Escuela de Infantería. El Gobierno ya le había hecho el cargo de ser partidario de las inversiones del capital extranjero. Grove quiso prevenir el golpe separando a Lagos de la dirección de esa Escuela, trasladándolo a otro cargo. Pero fue tarde. El 16 de junio la Moneda fue ocupada militarmente; los oficiales intiman la rendición, por "las ideas demasiado avanzadas" de Grove y Matte, y ambos fueron reducidos a prisión. Se les gritó: "¡no hay garantías para los traidores a la patria, perros comunistas!" Grove volvió a Pascua, como en 1930.¹²³

Desde ese momento hasta septiembre el poder estuvo en manos de Dávila, ex director de "La Nación", el diario que fue órgano del liberalismo doctrinario de su dueño, Eliodoro Yáñez, y que fue después adquirido por el Gobierno de Ibáñez. Dávila estaba en contacto con los "oficiales jóvenes" desde enero de 1925. El 17 de junio pasó a presidir la nueva Junta de Gobierno, en que figuraron Alberto Cabero, el político radical autor de un ensayo interpretativo de cierta calidad, "Chile y los chilenos", y el político demócrata Nolasco Cárdenas. Dávila pudo sostenerse gracias, principalmente, al apoyo de los jefes

militares de importancia: Pedro Lagos, cuya Escuela de Infantería tuvo las primeras tanquetas llegadas a Chile, y Arturo Merino Benítez, el Director General de Aviación (en septiembre, después de la caída de Dávila, ambos jefes tuvieron un altercado, y Merino Benítez, probablemente deseando encabezar un golpe desde el norte del país, partió con sus oficiales en avión; pero al aterrizar en Ovalle fue dominado por tropas militares y de Carabineros).

Aparentemente, la República Socialista continuaba; pero Dávila acentuó un rasgo de "economía dirigida" más que un sentido revolucionario, para lo cual le faltaba la envergadura caudillesca que tenía Grove. En cierto modo la idea había sido enunciada en "La Nación" del 13 de junio por un seudónimo, "Omega", quien afirmaba que el socialismo significaba que el proceso productivo no existía solamente como fuente de ganancias, sino como función social, para satisfacer necesidades materiales y espirituales de todos los miembros de la sociedad. Y terminaba: "En suma, la realización del socialismo no es sino un problema de organización técnica". Justamente, esta acentuación de "lo técnico", de la planificación, hace del breve período de Dávila un precursor del "planificacionismo" de los años 60.

Dávila se sitúa equidistante de "los elementos reaccionarios" y del comunismo, "que pretende desquiciar el orden social y económico que aspiramos a establecer". Se propone, según su declaración del 20 de junio, una nueva legislación social, un plan de industrialización y reconstrucción económica, un impuesto a la herencia y una progresión en el impuesto a la renta. Se presentó entonces como un periodista que siempre había sido enemigo "de las clases privilegiadas", las que se habían instalado de nuevo en el poder después de la caída de Ibáñez. Pero —agregaba— la primera Junta se había dejado arrastrar por los halagos y el personalismo; y había tenido que tomar medidas enérgicas para terminar con la anarquía. Como el salitre había dejado de ser la gran fuente de entradas fiscales, era preciso disminuir los gastos y crear los nuevos impuestos ya mencionados. El sector privado no desaparecería, pero se crearían empresas estatales en la minería, la agricultura y las industrias, allí donde la iniciativa privada no podía ser suficiente. Para todo ello, decía Dávila, se requiere disciplina social y un Estado verdaderamente vivo, que "tenga la tuición de la economía y las finanzas. Que sea un organismo vivo y no la concepción abstracta de un Fisco burócrata, complaciente y pagador.

Que pueda exigir eficiencia al individuo, porque le asegura a ese individuo la obligación social de darle trabajo". Cualquiera que haya sido la real dimensión humana de Dávila —no existe, al parecer, ninguna investigación biográfica sobre él, y terminó siendo un burócrata internacional—, no puede negarse importancia a estas expresiones, que, tal vez por primera vez en Chile, muestran la concepción del Estado como un organismo viviente y no meramente como una abstracta entidad fiscal. Recibe, en ese sentido, diferentes inspiraciones tradicionalistas y fascistas de su tiempo, de las décadas de los años 20 y 30. La base real de su poder, ya lo dijimos, fue militar. El Comandante en Jefe del Ejército, General Agustín Moreno Ladrón de Guevara, declaraba el 17 de junio en "La Nación" que el golpe no iba contra la ideología socialista, "que sustenta la gran masa de los chilenos..., sino que es el encauzamiento de esa misma ideología por vías de respeto social, legal y moral". "El Ejército —continuaba— anhela volver a sus labores, preparando silenciosamente la defensa de la patria y no podía permanecer impasible ante la acción de un grupo de audaces y sin patria que, explotando el ideal socialista, ultrajaba la bandera y menospreciaba el derecho". Fue el caos callejero e institucional que vivió Santiago entre el 4 y el 16 de junio lo que motivó en último término la intervención militar, ya que la primera Junta y Grove se mostraban incapaces de controlar a las multitudes: así se lo expresaron a Grove, al apoderarse de la Moneda, los principales jefes allí presentes: Merino Benítez, el almirante Jouanne y el capitán de navío Merino Bielich.

Otro aspecto de la fisonomía del gobierno de Dávila fue que llamó a colaborar con él, desde los ministerios, junto a hombres nuevos y totalmente independientes (como el profesor de Derecho Luis Barriga, que ya colaboró en la Junta anterior; el profesor Luis David Cruz; el médico Carlos Soto Rengifo, y otros) a antiguos políticos: el principal de ellos fue Enrique Zañartu, quien pudo plantear, durante los escasos dos meses que pudo ejercer el Ministerio de Hacienda, sus planes económicos, siempre "heterodoxos" para la ortodoxia liberal; junto a él, el radical ibañista Juan Antonio Ríos, los viejos demócratas Virgilio Morales y Guillermo Bañados, el liberal Ernesto Barros Jarpa, y otros. El Ministro del Trabajo y autor del más importante texto legal de ese Gobierno, el decreto ley que creó el Comisariato de Precios y Subsistencias, fue Juan Bautista Rosseti, uno de "los jóvenes capaces salidos de la clase media" que Ibañez lanzó a la alta burocracia.

Un mes después, el 25 de julio, Dávila declaraba con satisfacción que el trabajo en los lavaderos de oro podían llegar a producir unos 300 millones de pesos al año y absorber mano de obra cesante; también las industrias maderera y siderúrgica podrían florecer, gracias al crédito abundante y barato, del Banco del Estado o bancos particulares.

Siguiendo también el ideal corporativista, que ya se había planteado parcialmente desde 1924, como hemos dicho, Dávila declaraba en Consejo de Gabinete del 29 de junio que en la futura Asamblea Constituyente se podrían combinar la representación de partidos con la de los gremios. El 1.º de julio, "La Nación" decía en una editorial: "No debemos pensar en la vieja fórmula del sufragio universal, porque ello sería perpetuar, al amparo del cohecho en los poblados y de la violencia en los campos, el corrompido régimen político que acaba de ser derribado y que se ha traducido siempre y fatalmente en el predominio de una casta adinerada". Es preciso, pues, el régimen corporativo y para ello, previamente, "la organización de los gremios en que se divide la masa productora". La planificación se dirigiría desde un Consejo de Economía Nacional meramente deliberativo, de base funcional, del cual saldría un Comité Ejecutivo, propiamente resolutorio, que fijaría el margen de actividad privada, según los intereses nacionales. Habría un régimen de control del comercio exterior, a través de un instituto. Un pensamiento proteccionista trataría de alzar el nivel productivo de las industrias nacionales y llegar a una autarquía; pero evitando el alza de los precios de los artículos de primera necesidad, mediante un Comisariato de Precios y Subsistencias ("La Nación" de 1.º y 3 de septiembre). Para fijar los salarios mínimos, fomentar la capacitación profesional y el pequeño ahorro, se crearía un Consejo Económico del Trabajo, a nivel central y a niveles departamentales.

El ministro Zañartu concentró sus ideas particularmente en el abaratamiento del crédito; elaboró para ello un plan por el cual el Banco Central rescataría los bonos hipotecarios, lo que —dice Zañartu en "La Nación" del 9 de agosto— sin duda aliviará a los deudores de la Caja Hipotecaria (los agricultores y propietarios urbanos), librándolos de una quiebra inmediata y de la necesidad de acudir a "un grupo de magnates santiaguinos que viven de la industria de prestar su dinero al 14%". En cambio, los deudores hipotecarios, libres de la carga de pagar sus deudas, pagarán al Estado una alta contribución sobre el avalúo de sus predios (un 20%, que rentaría aproximadamente,

según Zañartu, unos 400 millones de pesos). La baja del interés facilitará las inversiones en la agricultura o en las industrias nacionales. Pero el temor a las tendencias “papeleras” de Zañartu debilitó el apoyo gubernativo a su proyecto, y su sucesor Barros Jarpa eliminó ese aspecto de su plan, a pesar de que declaraba que había otros medios de proteger la producción nacional.

El Comisariato General de Subsistencias y Precios —la creación más durable del gobierno Dávila, preparado por Rossetti— establece que esa corporación adquirirá, o bien controlaría la calidad y precio de artículos de primera necesidad (alimentos, vestuario, calefacción, alumbrado, medicamentos, transporte), fijando precios, costos de producción, utilidades legítimas. Se declaran afectos “para el solo efecto de atender a las necesidades imperiosas de la subsistencia del pueblo”, los predios agrícolas, las empresas industriales y de comercio y los establecimientos dedicados a la producción y distribución de artículos de primera necesidad, autorizando su expropiación en caso de que una empresa se declare en receso o resista las condiciones fijadas por el Comisariato. Las empresas expropiadas serían administradas por el Comisariato; o bien se puede decretar el estanco de la venta de dichos artículos, administrando ese estanco el Comisariato. Sus almacenes venderían en precios que, sin embargo, no serían inferiores a los del comercio detallista (no se trata, pues, de arruinar el comercio particular mediante una competencia desleal); y el Comisariato trataría de establecer cocinas populares, en ese momento en que la cesantía era el problema capital. El ministro Rossetti, que era católico profeso, dirigió al Arzobispo Campillo una nota, en que, luego de explicar el contenido de su Decreto-Ley 520 (publicado en el Diario Oficial de 31 de agosto), le pide que el jefe de la Iglesia chilena, y los obispos, colaboren a la solución del problema de las subsistencias, “reconociendo el hecho social del poder e influencia que sobre los actos ejercen las doctrinas, y recordando la forma reiterada en que V.S. Ilustrísima ha reclamado de los católicos chilenos el cumplimiento de las normas sociales establecidas por los pontífices León XIII y Pío XI” (“La Nación”, 1.º de septiembre). La nota parece ser la primera en que un ministro de Estado demuestra conocer un nuevo ideario, el del socialcristianismo. Comentando la significación del Comisariato, “La Nación” del 4 de septiembre dice que éste “lleva un golpe de muerte a los conceptos liberales e individualistas que hasta ahora han presidido la existencia del

Estado; pero, como toda medida revolucionaria fundamental, no cifra mayor interés en lo que destruye, sino en lo que crea en cambio. Significa la sustitución del principio que hasta hace pocos meses dejaba los intereses más vitales de la colectividad entregados al libre juego de las leyes económicas, por el de justa limitación de las conveniencias particulares a las de la colectividad”.

El Ministro de Tierras y Colonización, Virgilio Morales, pensaba en una reforma agraria que diera existencia en Chile a un campesinado independiente, dentro de normas legales, organizados preferentemente en forma de colonias cooperativas (“La Nación”, 18 de junio y 1.º de julio). “El Mercurio” de 21 de junio señalaba la coincidencia de la posición de ese diario con la proyectada formación de pequeños propietarios, “para levantar sobre base segura el edificio de nuestra tranquilidad social”. Frente al peligro del socialismo, con un criterio realista, ese periódico recogía la experiencia europea: la de que un pequeño campesinado dueño de la tierra y arraigado al suelo es la base de un conservantismo popular que resiste la socialización.

El régimen de Dávila, en resumen, a pesar de titularse “República Socialista” a fin de no destruir la imagen creada por el golpe de Grove, tenía muchos rasgos semejantes a las concepciones corporativistas y de economía dirigida por finalidades sociales, que por entonces circulaban en Europa: ideas tradicionalistas de los unos, socialcristianas de otros, fascistas italianas de otros. Pero su gran diferencia de todas esas concepciones estaba en la falta de espontaneidad: eran planificaciones elucubradas dentro de un régimen dictatorial, lo que les quitaba la vida que podían haber tenido. Al fin, todo podía reducirse a un socialismo de Estado, sin apoyo orgánico de ninguna especie. Nunca se proclamó marxista. Incluso durante los días de Grove, “El Mercurio” de 13 de junio, en un editorial, declaraba que “el comunismo se proclama a sí mismo internacional, mientras el régimen actual se llama a sí mismo socialista nacionalista y anuncia su programa dentro de esas dos ideas”.

La ingenuidad —mezclada por desgracia a la ignorancia— de los políticos chilenos de ese momento se revela en un decreto de los ministerios de Educación y de Fomento de fecha 20 de junio (o sea, de los ministros Carlos Soto Rengifo y Víctor Manuel Navarrete, respectivamente), por el cual se contrata a “los célebres economistas” Werner Sombart, Wilfredo Pareto, Sammy Beracha y Pierre Dominique, “con el fin de orientar el desarrollo del plan de reconstrucción socialista del país”, sir-

viendo de asesores del Consejo Económico Nacional y además para dictar cursos y conferencias en la Universidad de Chile. Pareto había fallecido en 1923, pero Sombart aún vivía y era tal vez el mayor sociólogo de la economía en Alemania y en Europa, el que tenía mayor visión histórica en su campo. Pareto fue el sociólogo preferido del fascismo italiano: a pesar del error garrafal del decreto, sirve para mostrarnos el signo ideológico del régimen.¹²⁴

Se sabe que la falta total de apoyo político del régimen de Dávila lo forzó a renunciar el 12 de septiembre, ante la representación que en este sentido le hicieron los jefes del Ejército. Lo que he denominado "el tiempo de los caudillos" termina con el gobierno del General Blanche —la personificación más severa de las virtudes militares del momento; con el pronunciamiento del General Vignola en Antofagasta, para exigir el retorno de los militares a sus cuarteles; y en fin, con la Presidencia Provisional del Presidente de la Corte Suprema, Abraham Oyanedel, quien, con Javier Angel Figueroa como Ministro del Interior, presiden las elecciones en que resulta vencedor, por segunda vez, Arturo Alessandri. Pero su segunda Presidencia carecería del rasgo caudillesco y dramático de la primera. El país estaba resueltamente fatigado. Había llegado a ese estado de apatía y de total indiferencia ante todo lo que no fuese la tranquilidad, después de un ritmo de vida agitado; fase final de todos los períodos revolucionarios modernos, como lo ha mostrado Jacobo Burckhardt (tras de la Revolución Inglesa, la restauración de los Estuardos; tras de la Revolución Francesa, Bonaparte; agregaríamos ahora, tras de la Revolución Bolchevique, Kruschév). Alessandri, no obstante ser hombre de izquierda, representaba para todo Chile, en 1932, la única garantía de paz, porque era un real y maduro político.

Pero tenemos que volver a la historia ideológica de estos años 1931-1932.

Los meses de la República Socialista, en medio de toda la fermentación de ideas y los golpes políticos populares o militares, presencian la formación de diversos partidos socialistas. Algunos aparecen ya en 1931, como el fundado por Carlos Matus y el fundado por José Dolores Vásquez y Pedro León Ugalde. En el régimen del 4 al 16 de junio juega un rol importante Eugenio Matte Hurtado con su Nueva Acción Pública (en la cual se nombra también a Claudio Arteaga y a Waldo Vila), socialista, pero al parecer no marxista; Matte fue también gran dignatario masónico. Aurelio Núñez Morgado encabeza una

nueva entidad "Radical Socialista", formando ya en septiembre de 1931, o sea el mes de la sublevación de la marinería. En 1932 se dan también un Partido Social Demócrata; el Partido Socialista Unificado, formado el 15 de junio, que se proclama partido de clase, adicto al determinismo económico y a la concepción materialista de la historia, extraño por tanto a "las simples reformas burguesas y cualquiera acción individualista revestida de socialismo", lo que parece indicar su intención de sobrepasar la "República Socialista" oficial; en fin, la Gran Confederación Socialista de Chile", formada ya en tiempos de Dávila, el 8 de julio, que adhiere a un socialismo de Estado. Solamente en abril de 1933 se dará una fusión total o parcial de estos grupos; para dar nacimiento al Partido Socialista de Chile, sin perjuicio de otras fragmentaciones ulteriores. El núcleo intelectual más decisivo en el Partido Socialista ha sido el marxismo antistalinista, que acoge vagamente, durante largo tiempo, como emblema, el nombre de Trotzky.

En el campo católico, estos años son importantísimos. Ya en 1919 publicaba el presbítero Guillermo Viviani su libro sobre "Doctrinas Sociales", en que dibujaba la línea del Catolicismo Social. Más tarde, dentro de la línea social-cristiana, más acá de los hermanos Concha Subercaseaux y de Carlos Casanueva, tenemos, dentro del Partido Conservador, las figuras de Bartolomé Palacios, Exequiel González Cortés (autor de la Ley de Seguro Obrero), Francisco Huneeus (autor de la ley que creó la Caja de Crédito Popular), Jaime Larraín García-Moreno, Emilio Tizzoni (profesor de Literatura). Jaime Larraín presentó en el Partido un proyecto de subdivisión de la tierra, en 1931, que fue defendido además por Tizzoni, José Alberto Echeverría, Pablo Larraín, Oscar Gajardo. Jaime Larraín se había opuesto, durante el gobierno de Montero, a la política de Luis Izquierdo, Ministro de Hacienda, quien defendía, no ya los intereses de una clase, dice Larraín, "sino simplemente de un círculo, el más antipático a la opinión nacional: el bancario". El Partido sólo se ha interesado esporádicamente por la dictación de algunas leyes sociales, pero ha excluido sistemáticamente de la dirección a la corriente social-cristiana, acusa Oscar Gajardo Villarroel.¹²⁵

En "El Diario Ilustrado" de 18 y 19 de junio de 1932, el político conservador Guillermo González Echeñique, comentando las interpretaciones que se dan de las encíclicas papales de León XIII y de Pío XI, afirma que ellas están muy distantes a ser anticapitalistas, que sólo condenan los excesos e injusticias,

pero que amparan el derecho de propiedad, censuran los impuestos excesivos al capital y declaran que las desigualdades entre los hombres son inevitables. Al día siguiente recoge el guante Jaime Eyzaguirre, que tenía entonces tan sólo 22 años y que militaba en una "Liga Social" creada por el jesuita Fernando Vives Solar. Se opone nominativamente a González Echeñique y cita al teólogo de Lovaina Vermeersch: "Aun entre aquellos que se dicen católicos, ¡qué incomprensión social existe todavía! Ellos cuentan con la religión para afirmar las ventajas conquistadas y están prontos a tachar de socialistas todo discurso que pida reformas sociales, todo proyecto concebido para realizarlas. Verdaderamente para ellos la palabra hombre no tiene ningún significado: la religión debe servir de opio para adormecer al pueblo". El 3 de agosto, González Echeñique combatía el corporativismo por ser socialista: hoy día es imposible reconstituir los gremios como eran en la Edad Media. Por lo demás, el periódico no disimulaba dónde estaba su línea de pensamiento: el 12 de septiembre ensalzaba la competencia individual como supremo acicate del trabajo productivo (bajo la firma "C"). "El Mercurio" también se oponía a la representación corporativa: el 7 de agosto rechaza el sustituir las elecciones por designaciones gremiales, ya que serían miembros del Parlamento y del Gobierno personeros de reducidos círculos de intereses gremiales o profesionales. El artículo se titulaba: "Democracia republicana u oligarquía gremial". En "El Diario Ilustrado" del 2 de agosto, plantea Javier Cox Lira un artículo que, siendo idealizador de la capa aristocrática más antigua, significa una visión histórica tradicionalista que, por lo demás, ya hemos visto presente en algunos escritores de comienzos de siglo, e incluso en 1891, en boca de Adolfo Ibáñez. La aristocracia de la sangre y de la tierra, aunque paradójicamente burguesa —concede Cox—, supo imponer el régimen de República aristocrática que Chile necesitaba, a comienzos del siglo pasado. Pero luego se mezcló con la plutocracia y se transformó en oligarquía; anteriormente sentía como una obligación el servicio público, después sólo sabe defenderse de "la clase administrativa" que ascendía. Esa aristocracia plutocratizada es la culpable de los conflictos políticos y sociales. "El capitalismo bancario, los gestores y el capitalismo extranjero, en quienes la clase gobernante creyó ver su mejor apoyo, obtuvieron pasaporte y libre tránsito en los negocios del Estado. Toda la inmoralidad que hemos presenciado y sufrido más tarde en la gestión del Estado no es sino producto natural y

lógico del mal ejemplo, de la dañosa enseñanza de esa oligarquía gobernante. La antigua aristocracia sabía practicar la verdadera caridad cristiana, que supone previamente el cumplimiento de la justicia; la actual oligarquía sólo practica la cómoda caridad de la limosna, a veces generosamente, pero en otras ocasiones por afán de gloria". Otras veces practica el altruismo, "concepto pagano..., venido de la América del Norte". "Soy reaccionario —prosigue Cox—, porque estimo que la aristocracia chilena debe reaccionar contra sí misma; debe reaccionar contra su corrupción; debe reaccionar contra la estúpida influencia de los extranjeros del Norte... Pero que no intente otra vez, como hace poco —se refiere evidentemente al gobierno de Montero—, reaccionar oligárquicamente contra el país, haciendo labor negativa y aspirando a recobrar de golpe su antiguo predominio, sin haber alcanzado a purificarse. Fracasarán nuevamente, y cada vez será más precaria su posición política." Hemos citado largamente fragmentos del artículo de Cox Lira, porque representan una posición de crítica a la clase dirigente, que no viene precisamente de posiciones socialcristianas, como en el caso de Eyzaguirre, sino de un tradicionalismo puro, antinorteamericano, alimentado por simpatías hacia la Acción Francesa —ideas que van a encontrar algunas similitudes en la Juventud Conservadora de los años 1933 y siguientes.

La posición socialcristiana del clero está representada en estos años por Alejandro Huneeus: él resume en un largo artículo de "La Nación" de 28 de junio el llamado "Código Social de Malinas", citando sobre todo al belga Antonio Vermeersch, a cuya cátedra había asistido: allí se puntualizan las nociones del Hombre y Sociedad, Familia, Educación, misión del Estado, actividad libre de los gobernados, organización cristiana de las clases, etc. El artículo se titula "Sociología cristiana".

En fin, dentro de la juventud católica surgió, poco después del golpe de Grove, el Partido Social Sindicalista, cuyo manifiesto de 13 de junio (publicado en "La Nación" de ese día) contiene una amplia crítica del capitalismo, una aspiración a una sociedad justa y moral y un Gobierno corporativo o sindical.¹²⁶

Mirados, pues, en conjunto los años 1931 y 1932, en que tocan a su fin "los tiempos de los caudillos", dan la impresión de una tremenda inestabilidad política y, a la vez, una rica fermentación en la idealidad de la juventud. Durante los años siguientes, siguen desde luego produciendo sus obras las figuras más altas de la poesía chilena: Vicente Hudobro, que se había iniciado en la segunda década del siglo, y Pablo Neruda, en la

tercera. La figura "fundacional" más alta de este siglo es a nuestro juicio Huidobro, porque con él aparece realmente la poesía, la libertad poética creadora, como él la plantea ya desde 1914, antes de su viaje a Francia, para abrir a su regreso las puertas al conocimiento vital de la poesía francesa de vanguardia en la cual él había participado. Aun cuando la generación juvenil que se reunía en torno suyo no fuera compuesta estrictamente de discípulos, el hecho es que su formación, sus lecturas entusiastas y sus propias creaciones habrían sido tal vez imposibles sin las espléndidas dotes poéticas de Huidobro. El poeta de vanguardia, una figura antes totalmente desconocida en Chile, o sea, un nuevo y auténtico modelo cultural en nuestra patria, surge de la empresa huidobriana. En ese sentido, aparte de su valor personal, él ha sido uno de los grandes iniciadores de nuevas oleadas culturales advenidas en Chile. Tras de él y de su influencia anímica surge la llamada "generación del 38", y después, más difusamente, las siguientes generaciones.

Pero también en política los años 1933-1945 han sido de extraordinaria fecundidad en la formación de juventudes; y lo mismo podemos decir en los campos propiamente "intelectuales", la investigación y el ensayo filosófico o cultural. No existen biografías generacionales o individuales que nos permitan caracterizarlos: es una tarea para la investigación futura. Pero al menos podemos señalar un rasgo: la escisión total respecto de la intelectualidad formada en el siglo XIX chileno e incluso en las dos primeras décadas del XX, marcándose en cambio un conocimiento más inmediato de los movimientos espirituales europeos —especialmente franceses o alemanes— de comienzos de siglo y una nueva "química de la asimilación" de esos influjos. Además, esa generación se caracterizó en su juventud —y a veces en su madurez— por su independencia de todo oficialismo y de todo acartonado academicismo.¹²⁷

Apéndice

Balance patriótico

Un país que apenas a los cien años de vida está viejo y carcomido, lleno de tumores y de supuraciones de cáncer como un pueblo que hubiera vivido dos mil años y se hubiera desangrado en heroísmos y conquistas.

Todos los inconvenientes de un pasado glorioso pero sin la gloria. No hay derecho para llegar a la decadencia sin haber tenido apogeo.

Un país que se muere de senectud y todavía en pañales es algo absurdo, es un contrasentido, algo así como un niño atacado de arteriosclerosis a los once años.

El sesenta por ciento de la raza, sifilítica. El noventa por ciento, heredo-alcohólicos (son datos estadísticos precisos); el resto, insulsos y miserables a fuerza de vivir entre la estupidez y las miserias. Sin entusiasmo, sin fe, sin esperanzas. Un pueblo de envidiosos, sordos y pálidos calumniadores, un pueblo que resume todo su anhelo de superación en cortar las alas a los que quieren elevarse y pasar una plancha de lavandera sobre el espíritu de todo aquel que desnivela el medio estrecho y embrutecido.

En Chile cuando un hombre carga algo en los sesos y quiere salvarse de la muerte, tiene que huir a países más propicios llevando su obra en los brazos como la Virgen llevaba a Jesús huyendo hacia Egipto. El odio a la superioridad se ha sublimado aquí hasta el paroxismo. Cada ciudadano es un Herodes que quisiera matar en ciernes la luz que se levante. Frente a tres o cuatro hombres de talento que posee la República, hay tres millones setecientos mil Herodes.

Y luego la desconfianza, esa desconfianza del idiota y del ignorante que no sabe distinguir si le hablan en serio o si le toman el pelo. La desconfianza que es una defensa orgánica, la defensa inconsciente del cretino que no quiere pasar por tal y cree que sonriendo podrá enmascarar su cretinismo, como si la mirada del hombre sagaz no atravesara su sonrisa mejor que un reflector.

El huaso macuco disfrazado de médico que al descubrirse la teoría microbiana exclama: a mí no me meten el dedo en la boca; el huaso macuco disfrazado de filósofo que al oír los

problemas del transformismo dice: a otro perro con ese hueso; el pobre huaso macuco disfrazado de artista o de político que cree que diciendo: no comprendo, mata a alguien en vez de hacer el mayor elogio.

Por eso Chile no ha tenido grandes hombres, ni podrá tenerlos en muchos siglos. ¿Qué sabios ha tenido Chile? ¿Qué teoría científica se debe a un chileno? ¿Qué teoría filosófica ha nacido en Chile? ¿Qué principio químico ha sido descubierto en Chile? ¿Qué político chileno ha tenido trascendencia universal? ¿Qué producto de fabricación chilena o qué producto del alma chileno se ha impuesto en el mundo?

No recuerdo nunca en una universidad de Europa, ni en Francia, ni Alemania, ni en ningún otro país haber oído el nombre de un chileno, ni haberlo leído en ningún texto.

Esto somos y no otra cosa. Es preciso que se diga de una vez por todas la verdad, es preciso que ni vivamos sobre mentiras, ni falsas ilusiones. Es un deber, porque sólo sintiendo palpitar la herida podremos corregirnos y salvarnos aún a tiempo y mañana podremos tener hombres y no hombrinos. //

Decir la verdad significa amar a su pueblo y creer que aún puede levantársele y yo adoro a Chile, amo a mi patria desesperadamente, como se ama a una madre que agoniza.

Recorred nuestros paseos, mirad las estatuas de nuestros hombres de pensamiento: ¡qué cisos (*sic*) de valores efectivos! A la excepción de 4 ó 5, ninguno de ellos habría sabido responder en un examen universitario de hombres serios ¡qué sabios de aldea, qué cerebros más primarios! ¿En dónde fuera de aquí iban a tener estatuas esos pobrecitos?

Es necesario levantar estatuas en los paseos y como no hay a quién elevárselas, el pueblo busca el primero que pilla, y cuando es el pueblo el que levanta monumentos, ellos surgen debidos a las influencias de familias, son los hijos que levantan monumento al papá en agradecimiento por haberlos echado al mundo. ¡Es conmovedor!

¿Y el mérito, en dónde está el mérito? El pueblo pasa soñoliento y lánguido, arrastrando su cuerpo como un saco de pestes, su cuerpo gastado por la mala alimentación y carcomido de miserias y entre tanto la sombra de FRANCISCO BILBAO llora de vergüenza en un rincón. ¿Qué hombre ha sabido sintetizar el alma nacional?

¡Pobre país; hermosa rapiña para los fuertes!

Y así vienen, así se dejan caer sobre nosotros; las inmensas riquezas de nuestro suelo son disputadas a pedazos por las

casas extranjeras y ellos viendo la indolencia y la imbecilidad troglodita de los pobladores del país, se sienten amos y les tratan como a lacayos, cuando no como a bestias. Ellos fijan los precios de nuestros productos, ellos fijan los precios de nuestra materia prima al salir del país y luego nos fijan otra vez los precios de esa misma materia prima al volver al país elaborada. Y como si esto fuera poco, ellos fijan el valor cotidiano de nuestra moneda.

Vengan los cuervos. Chile es un gran panizo. A la chuña, señores; corred todos, que todavía quedan migajas sobre la mesa. ¡Es algo que da náuseas!

Chile aparece como un inmenso caballo muerto, tendido en las laderas de los Andes bajo un gran revuelo de cuervos.

El poeta inglés pudo decir: "Algo huele a podrido en Dinamarca", pero nosotros, más desgraciados que él, nos veremos obligados a decir: "Todo huele a podrido en Chile".

Un gran banquero alemán decía en una ocasión a un ex ENCARGADO DE NEGOCIOS DE CHILE EN AUSTRIA: "LOS POLITICOS CHILENOS SE COTIZAN COMO LAS PAPAS", y un magnate de las finanzas francesas decía otra vez, y esto lo oí yo: "DESDE QUE A LOS POLITICOS ARGENTINOS LES DIO POR PONERSE HONRADOS, EL GRAN PANIZO PARA LOS NEGOCIOS ES CHILE".

Y esos prohombres de la política chilena, esos señores que entregarían el país maniatado por una sonrisa de Lord Curzon y unos billetes de Guggenheim, no se dan cuenta que cada vez que esos hombres les dan la mano, les escupen el rostro.

¡Qué desprecio deben sentir los señores del cobre por sus abogados!

¡Qué asco debe sentir en el fondo de su alma en el AMO DE NUESTRAS FUERZAS ELECTRICAS por los patrióticos TINTERILLOS que defienden sus intereses en desmedro de los intereses del país!

Y no es culpa del extranjero que viene a negocios en nuestra tierra. Se compra lo que se vende; en un país en donde se vende conciencias, se compra conciencias. La vergüenza es para el país. El oprobio es para el vendido, no para el comprador.

Frente a la antigua oligarquía chilena, que cometió muchos errores, pero que no se vendían, se levanta hoy una nueva aristocracia de la banca, sin patriotismo, que todo lo cotiza en pesos y para la cual la política vale tanto cuanto sonante pueda sacarse de ella. Ni la una ni la otra de estas dos aristocracias ha producido grandes hombres, pero la primera, la de los apellidos

VINOSOS, no llegó nunca a la impudicia de esta otra de los apellidos BANCOSOS.

La historia financiera de Chile se resume en la biografía de unos cuantos señores que asaltaban el ERARIO NACIONAL, como Pancho Falcato asaltaba las casas de una hacienda. Pero aquéllos más cobardes que éste, porque el célebre bandido por lo menos exponía su pellejo.

¡Pobre Chile! Un país que ha tenido por toda industria el aceite de Santa Filomena y los dulces de la Antonia Tapia.

(Chile tiene hierro, Chile entero es un gran bloque de hierro y no posee Altos Hornos. La Argentina no tiene hierro y tiene Altos Hornos.)

¿Y la Justicia?

La Justicia de Chile haría reír, si no hiciera llorar. Una Justicia que lleva en un platillo de la balanza la verdad y en el otro platillo, un queso. La balanza inclinada del lado del queso.

Nuestra Justicia es un absceso putrefacto que empesta el aire y hace la atmósfera irrespirable. Dura o inflexible para los de abajo, blanda y sonriente con los de arriba. Nuestra Justicia está podrida y hay que barrerla en masa. Judas sentado en el tribunal después de la crucifixión, acariciando en su bolsillo las treinta monedas de su infamia, mientras interroga a un ladrón de gallinas.

Una Justicia tuerta. El ojo que mira a los grandes de la tierra, sellado, lacrado por un peso fuerte y sólo abierto el otro, el que se dirige a los pequeños, a los débiles.

Buscáis a los agitadores en el pueblo. No, mil veces no, el más grande agitador del pueblo es la Injusticia, eres tú mismo que andas buscando a los agitadores de abajo y olvidas a los de arriba.

Las instituciones, las leyes, acaso no sean malas, pero nunca hemos tenido hombres, nunca hemos tenido un alma, nos ha faltado el Hombre.

El pueblo lo siente, lo presiente y se descorazona, se desalienta, ya no tiene energías ni para irritarse, se muere automáticamente como un carro cargado de muertos que sigue rodando por el impulso adquirido.

Hace días he visto al pueblo agrupado en torno a la estatua de O'Higgins. ¿Qué hacían esos hombres al pie del monumento? ¿Qué esperaban? ¿Buscaban acaso protección a la sombra del gran patriota?

Tal vez creían ellos que el alma del Libertador flotaba en el aire y que de repente iba a reencarnarse en el bronce de su estatua y

saltando desde lo alto del pedestal se lanzaría al galope por calles y avenidas, dando golpes de mandoble hasta romper su espada de tanto cortar cabezas de sinvergüenzas y miserables. No valía la pena haberos libertado para que arrastrais de este modo mi vieja patria, gritaría el Libertador.

Y luego, como una trompeta, exclamara a los cuatro vientos: Despiértate, raza podrida, pueblo satisfecho en tu insignificancia, contento acaso de ser un mendigo harapiento del sol, resignado como un Job que lame su lepra en un establo.

Los países vecinos pasan en el tren del progreso hacia días de apogeo y de gloria. El Brasil, la Argentina, el Uruguay ya se nos pierden de vista y nosotros nos quedamos parados en la estación mirando avergonzados el convoy que se aleja. Hasta el Perú hoy es ya igual a nosotros y en cinco años más, en manos del dictador Leguía, nos dejará también atrás, como nos dejará Colombia, que se está llenando de inmigrantes europeos.

¿Y esto debido a qué? Debido a la inercia, a la poltronería, a la mediocridad de nuestros políticos, al desorden de nuestra administración, a la chuña de migajas y, sobre todo, a la falta de un alma que oriente y que dirija.

Un Congreso que era la feria sin pudicia de la imbecilidad. Un Congreso para hacer once buenas y discursos malos.

Un municipio del cual sólo podemos decir que a veces poco ha faltado para que un municipal se llevara en la noche la puerta de la Municipalidad y la cambiase por la puerta de su casa. Si no empeñaron el reloj de la Intendencia y la estatua de San Martín, es porque en las agencias pasan poco por artefactos desmesurados.

¿Hasta cuándo, señores? ¿Hasta cuándo?

Es inútil hablar, es inútil creer que podemos hacer algo grande mientras no se sacuda todo el peso muerto de esos viejos políticos embarazados de palabras ñoñas y de frases hechas.

Al día siguiente del 23 de enero, cuando el país estaba sobre un volcán, ¿saben ustedes en qué se entretenía una de las lumbresas de nuestra vieja politiquería, a quienes preguntaban los militares qué opinaban sobre la designación de don Emilio Bello para ponerle al frente del Gobierno? En dar una conferencia de dos horas para probar que el nombramiento de don Emilio Bello era razonable, pues este caballero había sido Ministro de Relaciones cuando el General Altamirano era Ministro del Interior; por lo tanto, pasando el Ministro del Interior a la Jefatura del país, al Ministro de Relaciones le tocaba pasar al Interior, automáticamente, según las leyes, a la Vicepresi-

dencia de la República, en caso de quedar vacante la Presidencia, y por lo tanto..., etc., etc., etc.

No se le ocurrió por un momento hablar de la competencia ni de la energía, ni de los méritos o defectos del señor Bello. El pobre hombre estaba buscando argucias justificativas cuando se trataba de obrar rápidamente, hipnotizado por las palabras cuando había que saltar por encima de todo. Pobre atleta enredado en la madeja de lanas de una abuela cegatona, en los momentos en que la casa está ardiendo.

He ahí el símbolo de nuestros políticos. Siempre dando golpes a los lados, jamás apuntando el martillazo en medio del clavo.

Cuando se necesita una política realista y de acción, esos señores siguen nadando sobre las olas de sus verbosidades.

Por eso es que toda nuestra insignificancia se resuelve en una sola palabra: Falta de alma.

¡Crisis de hombres! ¡Crisis de hombres! ¡Crisis de Hombre!

Porque, como dice Guerra Junqueiro, una nación no es una tienda, ni un presupuesto una Biblia. De la mera comunión de vientres no resulta una patria, resulta una piara. Socios no es lo mismo que ciudadanos. Al hablar de Italia decimos: la Italia del Dante, la Italia de Garibaldi, no la Italia de Castagneto, y es que el espíritu cuenta y cuenta por sobre todas las cosas, pues sólo el espíritu eleva el nivel de una nación y de sus compatriotas.

Se dice la Francia de Voltaire, de Luis XIV, de Víctor Hugo, la Francia de Pasteur; nadie dice la Francia de Citroën, ni de monsieur Cheron. Nadie dice la España de Pinillos, sino la España de Cervantes. Y Napoleón sólo vale más que toda la historia de la Córcega; como Cristóbal Colón vale más que toda la historia de Génova.

El mundo ignorará siempre el nombre de los pequeños polítilos y comerciantes que vivieron en la época de los grandes hombres. Sólo aquellos que lograron representar el alma nacional llegaron hasta nosotros; de Grecia guardamos en nuestro corazón el nombre de Platón y de Pericles, pero no sabemos quiénes eran sus proveedores de ropa y alimentos.

En Chile necesitamos un alma, necesitamos un hombre en cuya garganta vengan a condensarse los clamores de tres millones y medio de hombres, en cuyo brazo vengan a condensarse las energías de todo un pueblo y cuyo corazón tome desde Tacna hasta el Cabo de Hornos el ritmo de todos los corazones del país.

Y que este hombre sepa defendernos del extranjero y de nosotros mismos.

Tenemos fama de imperialistas y todo el mundo nos mete el dedo en la boca hasta la campanilla. Nos quitan la Patagonia, la Puna de Atacama, firmamos el Tratado de Ancón, el más idiota de los tratados, y nos llaman imperialistas.

Advirtiendo de pasada que hubo un ministro de Chile en Argentina, el ministro Lastarria, que tuvo arreglado el asunto de la Patagonia, dejando a la Argentina como límite sur el río Negro, y este ministro fue retirado de su puesto por antipatriota. Tal ha sido siempre la visión de nuestros gobernantes. Los huasos macucos tan maliciosos y tan diablos y sobre todo tan boquiabiertos.

Necesitamos lo que nunca hemos tenido, un alma. Basta reparar nuestra historia. Necesitamos un alma y un ariete, diré, parafraseando al poeta ibero.

Un ariete para destruir y un alma para construir.

El descontento era tan grande, la corrupción tan general, que dos revoluciones militares estallaron al fin: la del 5 de septiembre de 1924 y la del 23 de enero de 1925.

La primera giraba a todos los vientos como veleta loca, para caer luego en el mismo desorden y en la misma corrupción que atacara en el Gobierno derrocado, echando sobre las espaldas de un solo hombre culpas que eran de todos; pero más que de nadie, de aquellos que, en vez de ayudarle, amontonaban los obstáculos en su camino.

La segunda, hecha por un grupo de verdaderos idealistas, se diría que principia a desflecarse y a perder sus rumbos iniciales al solo contacto de la eterna lepra del país, los políticos viejos. ¿Hasta cuándo tendrán la ingenuidad de creer que esa gente va a enmendarse y cambiar de un solo golpe sus manías del pasado, arraigadas hasta el fondo de las entrañas, como quien se cambia un paletó?

Dos revoluciones llenas de buenos propósitos, pero escamoteadas por los prestidigitadores de la vieja politiquería, de esa vieja politiquería incorregible y con la cual no hay que contar sino para barrerla.

El país no tiene más confianza en los viejos, no queremos nada con ellos. Entre ellos, el que no se ha vendido, está esperando que se lo compren.

Y no contentos con tener la mano en el bolsillo de la Nación, no han faltado gobernantes que emplearan a costillas del Fisco a más de alguna de sus conquistas amorosas, pagando con dineros del país sus ratos de placer. ¿Y éstos son los que se atreven a hablar de patriotismo? Roban, corrompen las administraciones

y, como si esto fuera poco, convierten al Estado en un cabrón de casa pública.

¿Qué se puede esperar de un país en el cual al más grande de los ladrones, al que comete la más gorda de las estafas, se le llama admirativamente: ¡gallo padre! Este es un peine, dicen, y lo dejan pasar sin escupirle el rostro.

Se dice que el robo lo tenemos en la sangre, que es herencia araucana. Bonita disculpa de francachela. Pues bien, si lo tenemos en la sangre, quiere decir que hay que extirparlo cortando cabezas. Por ahí sale la sangre. Si no hay más remedio, que salga como un río.

¡Que mueran ellos, pero que no muera el país!

Que suban al arca unos cuantos Noé y los demás perezcan en el diluvio de la sangre pútrida.

Como la suma de latrocinios de los viejos políticos es ya inconmensurable, que se vayan, que se retiren. Nadie quiere saber más de ellos. Es lo menos que se les puede pedir.

Entre la vieja y la nueva generación, la lucha va a empeñarse sin cuartel. Entre los hombres de ayer sin más ideales que el vientre y el bolsillo, y la juventud que se levanta pidiendo a gritos un Chile nuevo y grande, no hay tregua posible.

Que los viejos se vayan a sus casas, no quieran que un día los jóvenes los echen al cementerio.

Todo lo grande que se ha hecho en América y sobre todo en Chile, lo han hecho los jóvenes. Así es que pueden reírse de la juventud. Bolívar actuó a los 29 años. Carrera, a los 22; O'Higgins, a los 34, y Portales, a los 36.

Que se vayan los viejos y que venga juventud limpia y fuerte, con los ojos iluminados de entusiasmo y de esperanza.

VICENTE HUIDOBRO

(“Acción”, número 4, de 8 de agosto de 1925, y no incluido en las dos ediciones publicadas de las obras de Huidobro.)

Esbozo de una caracterización del período 1932-1980

1932-1964: Régimen presidencial con alianzas de Partidos

Por primera vez se logra desde fines de 1932, con la segunda Presidencia de Alessandri, aplicar el régimen cuya legalización había promovido con tanto ardor él mismo durante su primera Presidencia. El tribuno de 1920-1925 se había convertido ahora, con el correr de los años, en un mandatario maduro y que mostraba la misma habilidad para manejar las relaciones con las directivas de los Partidos políticos que la que poseía como diputado en el ámbito del Parlamentarismo. Desde entonces y hasta 1964 ningún Presidente posee el apoyo de un solo Partido mayoritario en el Congreso, de suerte que se mantiene, dentro de las nuevas condiciones, la necesidad de combinaciones partidistas.¹²⁸ En el período de Jorge Alessandri, 1958-1964, quien tuvo siempre un Congreso con mayoría opositora, el Presidente acusa y lamenta la falta de iniciativa posible que ello implica para el Ejecutivo: o sea, la mesocracia que está ahora a la cabeza de la mayoría de los Partidos ha heredado de la aristocracia su "frondismo", su oposición a "a los hombres fuertes", sus habilidades en el juego de gobierno-oposición.

En el plano mundial, posteriormente a 1943, desde que Chile entra a actuar entre los Aliados de la Segunda Guerra Mundial, y después en las Naciones Unidas y en la Organización de Estados Americanos (OEA), el ámbito de libertad del Estado Nacional se restringe severamente. Pero este debilitamiento de los Estados Nacionales se da también en multitud de casos, salvo en las superpotencias; Chile no es una excepción. Esta mundialización y continentalización de la política es mirada

por algunos pensadores (un Toynbee, por ejemplo) como un decisivo progreso. A mi juicio, un Estado Mundial puede significar por el contrario, la más terrible tiranía, de la cual ya nadie podrá escapar a parte alguna.

Los Presidentes salidos de las filas del Partido Radical (Aguirre Cerda, Juan Antonio Ríos, Gabriel González Videla) tuvieron una política imaginativa en grande en materias territoriales y oceánicas. En 1940, Pedro Aguirre Cerda anexó a Chile el casquete de la Antártida comprendido entre los grados 53 y 90 de longitud oeste, con todas sus tierras, islas, islotes, arrecifes, glaciares y el mar territorial adyacente. Después, Gabriel González desembarcó en ese Continente y dejó establecida la primera de las bases que allí existen (a las cuales el Presidente Frei añadió un Centro Meteorológico). El mismo Gabriel González inició la conexión aérea con la isla de Pascua. El Presidente Frei inició una política de colonización en las islas del Beagle (Plan Navarino).

Esos mismos presidentes radicales fomentaron de una manera más orgánica que anteriormente la industrialización del país, mediante la creación de la Corporación de Fomento (CORFO), en 1939, que promovió o creó una serie de grandes industrias, como la del acero (CAP), semiestatales o privadas, pero protegidas aduaneramente frente a la competencia extranjera. El impulso venía de un conjunto de ingenieros que, en los años anteriores percibían que la agricultura no podía ya ser la base del crecimiento económico, sino la industria dentro de un régimen proteccionista: así Rodolfo Jaramillo, Roberto Wachholtz (el Ministro de Hacienda que firmó la creación de la CORFO), Jorge Alessandri, Desiderio García, Raúl Simón, etc. El impulso industrializador se debilita en las décadas siguientes a 1940, por la estrechez del mercado nacional. Durante el debate sobre la creación de la CORFO, surgió también la importante iniciativa de fijar un derecho a la exportación del cobre como en otro tiempo se había establecido sobre el salitre. La iniciativa partió del diputado Jorge González von Marées.¹²⁹

Un actor cada vez más importante en la política chilena a partir de 1936 fue el Partido Comunista. Ese año él logró formar, con Socialistas y Radicales un "Frente Popular", siguiendo las tácticas de la III Internacional de acercarse a los Partidos Socialistas y a lo que ella llama "burguesía progresista", para combatir al Fascismo. Esa combinación logró el triunfo de sucesivamente tres Presidentes Radicales (1938-1952); pero el último de ellos, Gabriel González Videla (1946-1952), ya durante la

“Guerra Fría” entre Occidente y la Unión Soviética, los desalojó del poder y dictó su ilegalización en 1948. Diez años después surgieron de la clandestinidad, con nuevo vigor. Para el estudio del “estilo” de los Partidos chilenos es muy interesante la comparación entre Comunistas y Socialistas. Los primeros representan la ortodoxia y estricta observancia comandada por la Unión Soviética. Los Socialistas son típicamente “hispanoamericanos”. Tienen algo del americanismo del APRA, pero con un mayor número de ingredientes. Abarcan, desde simpatizantes del trozkismo, o mejor dicho, antistalinistas, hasta simpatizantes de Tito; marxistas doctrinarios pero no moscovitas; masones; hombres de una izquierda definida como actitud más que como una idea; violentistas junto a hombres que podrían haber sido ministros durante el régimen parlamentario. A pesar de la antipatía casi visceral que sentían por los Comunistas, se logró agrupar a los sindicatos de ambos Partidos en la Central Unica de Trabajadores (CUT), durante el gobierno de Ibáñez.

Pero la inflación, el mal endémico de Chile, continuó implacablemente. Durante la segunda presidencia Alessandri, su ministro de Hacienda, Gustavo Ross, logró una estabilización y un equilibrio fiscal; pero desde 1940 ella volvió a avanzar inexorablemente. La masa electoral se vuelve en 1952, de nuevo, hacia el anciano caudillo Ibáñez, que desde 1932 había sido dos veces candidato a la Presidencia. La enorme masa de los independientes lo hizo triunfar, a pesar de que los Partidos que lo acompañaban eran débiles y de reciente formación. Pero con él la inflación subió en 1955 a un 86%. Una misión norteamericana (Klein-Sacks) logró reducirla en buena proporción, pero en todo caso no hubo el menor crecimiento económico, y la masa electoral giró entonces hacia el caudillismo civil de los Alessandri. El mismo ex presidente había figurado como precandidato en 1946; delegó su “imagen” en un hijo suyo, pero fue derrotado por González Videla. En 1958 surgió como candidato otro de sus hijos, Jorge Alessandri, que obtuvo el triunfo. Reunía al carisma “dinástico” el muy personal de tener algunas cualidades del “viejo Chile” y a la vez algunas cualidades acomodadas a la actualidad: era un ingeniero y presidente de una gran compañía industrial, lo que lo hacía grato a los hombres de negocios. Logró durante sus primeros años tres años mantener un tipo de cambio fijo, que inspiraba confianza y sensación de seguridad; pero una crisis cambiaría, en diciembre de 1961, trajo consigo, de nuevo, la ineludible crisis chilena y el recrudecimiento de la inflación. Quedaron, en todo caso,

como bienes positivos, una buena política de vialidad y una política de fomento a las viviendas de la clase media.

Hemos dicho que uno de los polos de la política chilena desde 1920 es el caudillismo o el presidencialismo legal, ambos fuertemente monárquicos; la "imagen" del jefe del Ejecutivo preside el estilo político, administrativo, incluso de política económica, de todo el país. Pero el otro polo es lo que llamamos "democracia de masas". Esta tiene desde luego, una base cuantitativa, que se demuestra por algunas cifras generales de los Censos de la República:

1865.....	1.800.000
1885.....	2.527.320
1907.....	3.219.279
1920.....	3.703.799
1930.....	4.827.445
1940.....	5.023.539
1952.....	5.932.995
1970.....	8.853.140

Si en la Independencia, los cálculos aproximados hacen conjeturable la cifra de 1 millón de habitantes, la población ha subido, pues, en 160 años, en un 800%. Otro factor que documenta la formación de "masas" en lugar de "pueblo" es el crecimiento de la población urbana en desmedro de la rural:

en 1930, la población rural era todavía un 50,6%

en 1940, la población rural es el 47,6%

en 1952, el 39,8%

en 1970, el 24%, o sea, menos de una cuarta parte de la población del país. Y se sabe, por las cifras de la mano de obra, que no toda la población rural que emigraba hacia Santiago, Valparaíso o Concepción ingresaba en la producción de bienes o en los servicios; sino que se iba constituyendo junto a las ciudades una población marginal, que vivía en poblaciones "callampa", poco a poco trasladadas a otros lugares, o urbanizadas, en las décadas del 1960 y 1970.

Ahora bien, esta masa tiene derecho electoral: en 1874 se había otorgado sufragio a todos los mayores de 21 años que supieran leer o escribir; desde la Presidencia de Allende, desapareció este requisito. El sufragio femenino, desde 1949, duplicó la masa electoral. En 1958 la votación por un sistema de "lista única" hizo imposible el cohecho, porque todos los votos tenían el mismo tamaño, forma y color. En fin, una reforma del tiempo de Jorge Alessandri vino a exigir la inscripción en los registros electorales, por medios indirectos.¹³⁰

A este tamaño del electorado corresponde lo que cualitativamente hace posible hablar de "masas". El "ethos republicano" de la aristocracia del siglo XIX, heredado por la Mesocracia Radical de fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, y por las cúpulas directivas de la Falange y Democracia Cristiana, se extingue en "las bases". Los ideales constitucionalistas y legalistas, tan fuertes en el siglo pasado, se hacen indiferentes: en 1925 la abstención fue superior a la cifra de votantes, para pronunciarse sobre la nueva Constitución. Las luchas religiosas también se extinguen, en la medida que crece el indiferentismo y la incredulidad en los estratos educados, y también en la medida en que aparece la tolerancia y el nuevo "ecumenismo" de la Iglesia (si bien es bastante difícil separar entre sí todos estos factores.). Lo nuevo del siglo XX es precisamente la emergencia de "las masas", ya sea mirada como una rebelión contra las élites (Ortega y Gasset), ya como un correlativo del predominio de la técnica sobre el "ser-sí-mismo" del hombre (Jaspers). Técnica y Masa se han generado recíprocamente, dice Jaspers. La masa, agrega él mismo, no es solamente la muchedumbre, ni la opinión pública-engañosa, momentánea y escurridiza—, sino que es algo abstracto, anónimo y aparentemente prepotente: el aparato que sirve al abastecimiento de las masas sobre la base de invenciones técnicas. El ideal de libertad, en sentido conservador o liberal del siglo pasado, queda sometido a una nueva meta, la eficiencia en el servicio de ese aparato. De allí la alteración en el valor que se atribuye a las profesiones, en Chile como en el resto del mundo: la profesión más valorada en el siglo pasado era la de abogado y junto a él, pero sin poder político, el médico; hoy día, permaneciendo el médico, el abogado es sustituido por profesiones más eficientes para la producción racional de bienes: el economista y el ingeniero.

Pero la masa es también opinión pública; por inasible que sea, como expresa Jaspers, ha surgido una "psicología social" que, apelando no sólo a lo consciente, sino a zonas más oscuras, arriesga la manipulación de "imágenes". Tal como se usa en la publicidad comercial, se utiliza en la propaganda política, ineludible en una democracia. El manejo de las representaciones colectivas por los equipos de propaganda de los candidatos, sustituyen como poder a lo que era hasta 1891 la intervención gubernamental en las elecciones, y lo que después de 1891 fue el cohecho. Los medios de comunicación (periódico, radio, televisión) pasan a ser decisivos en la difusión de consignas para la decisión "democrática".

1964-1980: la época de las planificaciones globales

Mientras que los políticos de Derecha atribuían la inflación chilena a fenómenos monetarios y financieros, surgió desde la década del 1950 toda una serie de economistas y sociólogos que piensan en términos estructurales y globales. Para ellos, la inflación era una manifestación de deficiencias estructurales básicas en la sociedad chilena, entre las cuales el alza más rápida de los precios que el alza de los salarios era solamente un síntoma, pero el más sensible para la masa de los consumidores, con las consecuencias políticas que se sabe.¹³¹

La Comisión Económica para América Latina de la Organización de Estados Americanos (CEPAL), bajo la presidencia del argentino Raúl Prebisch, elaboró en la década del 1950 el diseño de una política económica hispanoamericana, fundada en la noción de "Desarrollo" de economistas europeos. Hispanoamérica quedó clasificada como "subdesarrollada", por carecer de factores fundamentales del desarrollo, carencias que deberían ser corregidas por decisivas intervenciones estatales. Tales deficiencias capitales eran, entre otras, la coexistencia de estructuras socio-económicas "tradicionales" o "atrasadas", especialmente en la agricultura, con estructuras "modernas" en la industria o en el comercio internacional; las desigualdades de nivel económico, que arrojaban una escasa renta per capita media; la resistencia a las innovaciones técnicas; la falta de una educación básica y después especializada en aplicaciones técnicas o en investigación científica (entendiendo por "ciencias" solamente las que siguen modelos matemático-naturales o biológicos, no las "ciencias culturales"); la falta de empresarios innovadores y creativos, como los que exigía la doctrina de Schumpeter, etc. Para salir del subdesarrollo era precisa la acción concertada del Estado, en primer lugar, con todos los sectores "progresistas" de la sociedad: empresarios innovadores, ingenieros, etc.; pues el desarrollo no se produciría aquí como en los países nórdicos, por el despliegue espontáneo de las fuerzas productivas, sino que tendría que ser "un proceso inducido" por medios directos e indirectos que forzaran a racionalizar la producción, comercialización y consumo, venciendo todos los obstáculos que pusiera la mentalidad "tradicional" de origen hispánico o indígena.¹³²

En 1960, por otra parte, planteaba el Presidente Kennedy su "Alianza para el Progreso", como plan conjunto de todo el

Hemisferio Occidental, para romper la "imagen" de los Estados Unidos aliados constantemente a las clases dominantes "tradicionales" de América Latina. Su programa significaba trasladar el favor de la potencia hegemónica norteamericana a los gobiernos de Centro, para implantar el modelo norteamericano de democracia. Según el pacto constitutivo de la Alianza, los países del Hemisferio fijarían precios estables a sus exportaciones, racionalizando la localización de las producciones para la exportación (superando así el gran obstáculo que tuvo la industrialización chilena, al cual ya aludimos); se favorecerían las reformas agrarias que terminarían con los latifundios; los capitales norteamericanos se asociarían a capitales nacionales en industrias de alto rendimiento y con empleo de mano de obra local, etc.

Desde que sube a la Presidencia Eduardo Frei (1964), gobernando exclusivamente con su Partido Demócrata Cristiano, la política chilena toma un nuevo estilo, caracterizado por la influencia de los científicos sociales y de los puntos de vista de la CEPAL en los políticos del Partido gobernante.

Es interesante perseguir la historia de la Democracia Cristiana. Nació como Juventud Conservadora hacia 1933, adoptando un par de años después la denominación de Falange Nacional, vocablo de estilo militar que concordaba mucho con la tendencia de los años 30, de tantos Partidos europeos (y en Chile del Partido Socialista, con sus "milicias"). La Falange, sin embargo, no siguió particularmente el modelo de la Falange Española de Primo de Rivera, sino el de la "Acción Popular" de Gil Robles, más influida por los ideales de la Acción Católica, como lo estaba en Chile la Falange. Era una nueva oleada socialcristiana dentro del Partido Conservador, como se habían dado ya otras anteriores que hemos citado en este trabajo, avivada por la reciente encíclica "Quadragesimo Anno" de Pío XI, en 1931, y cuyo lema fundamental era el mismo de ese documento papal, a saber, el Corporativismo. En 1938 se separó del Partido Conservador por negarse a apoyar la candidatura presidencial de Derecha de Gustavo Ross. Mayoritariamente aliadófila durante la Segunda Guerra Mundial, inició así sus contactos con la Izquierda. La palabra "Corporativismo" dejó de usarse porque era un vocablo tabú, un vocablo "fascista", olvidando naturalmente los orígenes románticos, tradicionalistas y pontificios del concepto y de la palabra. El principal de sus ideólogos, Jaime Castillo Velasco, un gran admirador del Maritain de la segunda fase, lanzó en cambio la palabra "comunitarismo", que conte-

nía efectivamente el núcleo de sentido del Corporativismo. Pero la mutación se hizo mas y más visible desde el período de González Videla, porque la Falange se hizo más y más liberal en Política (lo que no era al comienzo), conservando sin embargo la vía media entre Capitalismo y Socialismo en materias económicas. Solamente a finales de la década del 1960 la Juventud del Partido optó por la denominación "Socialismo comunitario", una aberración conceptual. En 1957 el Partido tomó ya el nombre de "Demócrata Cristiano", que correspondía efectivamente a su nueva posición, y bajo esta nueva denominación absorbió a todo un sector socialcristiano que se separó del Partido Conservador. Pero la gran mutación consistió en que, siendo en los años 30 un Partido de juventudes universitarias, empieza a transformarse en los años 50 en un Partido de masas, con gran favor entre clases medias, empleados, campesinos, algunos sindicatos, etc. y, naturalmente, en la mayor parte del clero; bien que el programa del Partido borró todo resto de eclesiasticismo, proclamando únicamente el Cristianismo como concepción social matriz.

La Presidencia de Eduardo Frei se inició, pues, bajo las más favorables coyunturas internacionales, como un gobierno plenamente concordante con la Alianza para el Progreso y con la CEPAL. No es nuestra tarea hacer aquí su historia detallada, que ha sido descrita ya por economistas.¹³³ Sus dos grandes decisiones en el campo de las reformas estructurales fueron la "chilenización" de la gran minería del cobre y la reforma agraria. La "chilenización" correspondía efectivamente a una de las ideas de la Alianza para el Progreso: el Estado chileno adquiriría grandes paquetes de acciones en las compañías norteamericanas del cobre: en el caso de "El Teniente", el 51%, en otras cantidades menores, excluyendo Chuquibambilla, en la que vino a participar solamente en un segundo momento. Así, el Estado entraba a la esfera de las decisiones sobre comercialización y precios de exportación, de los cuales hasta ese momento estaba totalmente ajeno, teniendo que atenerse al precio de Norteamérica y no al de la Bolsa de Metales de Londres. El gobierno rebajó los tributos, con el objeto de que las compañías hicieran nuevas inversiones que, sin embargo, no se llevaron a cabo.

En cuanto a la reforma agraria (ya iniciada bajo el gobierno de Jorge Alessandri, para concordar con la Alianza para el Progreso, pero aplicada solamente a predios en estado de notorio abandono), ella consistió en la potestad gubernativa de expropiar todas las haciendas y fundos, salvo una reserva de 80

hectáreas de tierra regada en el Valle Central (que naturalmente se ampliaba proporcionalmente hacia el Sur); expropiación con pago a largo plazo sin reajustarse por la inflación. En las tierras así expropiadas se instalarían provisionalmente "asentamientos" cooperativos, que después de un cierto plazo podrían prolongarse o dar lugar a división en lotes individuales, de acuerdo a la voluntad de los asentados. El período cooperativo o comunitario tendía a formar un capital de explotación, a tener facilidades de crédito, aprendizaje técnico, etc. Se trataba de una reforma substancial, que efectivamente habría modificado la estructura social del campo chileno, creando una clase media campesina, independiente, conservadora como en Europa, y próspera, en lugar de la antigua yuxtaposición de latifundio y minifundio; con mentalidad empresarial suficiente para aumentar la productividad de la agricultura. Esto suponía evidentemente un cambio de mentalidad, que habría necesitado un largo tiempo y una política consistente para poder prosperar. Además, las expropiaciones, en los términos señalados, crearon una oposición violenta de la Derecha, que políticamente hizo imposible la unión entre ambas fuerzas, que habían llevado al triunfo a Frei en la campaña presidencial de 1964, y dio necesariamente la victoria a la candidatura marxista en 1970.

El gobierno de Frei tuvo en su favor los altos precios del cobre en el mercado internacional y el cobre era aproximadamente el 85% del valor de las exportaciones nacionales. Pero la estabilización monetaria, bien sostenida hasta 1966 o 1967, tendió nuevamente la inflación desde este último año, hasta llegar de nuevo a un 34,5 en 1970. El crecimiento se estagnó.

Pero fue más grave todavía para el Gobierno la oleada política izquierdista que se desencadenó desde Europa y los Estados Unidos desde los mismos años 1967, particularmente el neomarxismo francés y el maoísmo occidentalizado. Una fracción de la Democracia Cristiana se margina hacia la Izquierda, el Movimiento de Acción Popular Unificado (MAPU), que se transforma en partido marxista. Los movimientos de Reforma Universitaria, iniciados en la Universidad Católica de Valparaíso con fines puramente intelectuales e institucionales, se transforman en seguida en movimientos partidistas en todas las universidades del país, exigiendo el cogobierno de esas corporaciones por Profesores, Estudiantes y Funcionarios. No llegó a producirse en Chile algo tan imaginativo como el movimiento de los estudiantes de la Sorbonne en mayo de 1968, que partió

de los estudiantes mismos, porque en Chile los Partidos conservaron estrictamente bajo de su mano a las fuerzas universitarias. El resultado fue que el nivel intelectual de las Universidades no subió un punto entre 1967 y 1973.

La segunda fase de lo que hemos llamado "época de las planificaciones" es la del Presidente Salvador Allende y la Unidad Popular, que gobiernan desde noviembre de 1970 a septiembre de 1973. Si el gobierno de Frei se situó sobre todo en el marco de las corrientes americanistas, la Unidad Popular se liga a la causa del Marxismo internacional, a la Unión Soviética y a Fidel Castro, que hizo una larga visita a Chile. El país entra a figurar en un horizonte de guerra ideológica mundial, en un horizonte en que jamás había comparecido antes. La Unidad Popular consistía en los dos grandes Partidos marxistas, en el ya dividido y debilitado Partido Radical y en el MAPU, decididamente marxista, de la cual se desprendió más tarde la "Izquierda Cristiana", también gobiernista. La política dirigida hacia el Socialismo no abordó, sin embargo, una posición inmediatamente destructora de las empresas capitalistas, sino solamente antimonopólica y antimperialista, y ello dentro del Estado y la Constitución "burgueses". Los sectores más cercanos al modelo cubano o al "maoísta" eran opuestos a acatar esta línea provisional, que habían decidido los Comunistas, los Socialistas oficialistas y los Radicales, y en la cual se apoyaba Allende. Para él, ésa era solamente una posición táctica, como lo dijo explícitamente en una ocasión. En el discurso de 5 de noviembre de 1970 decía: "Yo sé que esta palabra "Estado" infunde cierta aprehensión... No le tengamos miedo a la palabra "Estado", porque dentro del Gobierno Popular están ustedes, estamos todos. Juntos debemos perfeccionarlo, para hacerlo eficiente, moderno, revolucionario".¹³⁴ Joan Garcés, un español, consejero de Allende, ha defendido esta línea, porque, sin la fuerza de la legalidad, las Fuerzas Armadas no lo aceptarían. Efectivamente, el General Carlos Prats, Comandante en Jefe del Ejército, había declarado que en las Fuerzas Armadas "no hay división mientras subsista el Estado de Derecho".¹³⁵ Para el sector más extremo del Partido Socialista, el de Carlos Altamirano, y la Izquierda Revolucionaria (MIR), esta última más francamente partidaria de las tomas de fundos y fábricas y del "poder popular" armado, la línea gubernativa era ilusa. El MIR ha sido el núcleo más fuerte del terrorismo después de 1973.

Así, durante el mismo régimen de Unidad Popular, subsiste y es defendida la idea de Estado, pero por motivos esencial-

mente tácticos, no porque se acepte teóricamente el Estado. Para esto último, habrían tenido que deshacerse de la doctrina de Marx y de Lenin, para quienes la sociedad sin clases no necesitará ya de Estado, porque éste no ha sido sino un instrumento de dominación de una clase sobre las otras. Pero Allende y los partidarios de "la legalidad burguesa" sostenían que el Estado burgués chileno les había permitido llegar por medio de las elecciones al triunfo, y que debían por lo tanto situarse en ese horizonte y aprovechar exhaustivamente todo lo que pudiera dar de sí el Estado burgués para su transformación en socialista, valiéndose hasta de los últimos "resquicios legales". Para el Comunismo se trataba, lo mismo que durante el Frente Popular, de no perder ningún apoyo eventual, ni de "los sectores democráticos progresistas", ni del clero, ni de los países "no-alineados", ni de los países europeos "burgueses". El Estado como noción se mantenía, pero por razones meramente tácticas, no sustanciales.

En el campo económico, la Unidad Popular programó la expropiación de todo un grupo de industrias que formaría "el sector social": la gran minería del cobre, del salitre y yodo, del hierro, del carbón; los Bancos y Compañías de Seguros; las grandes Compañías importadoras y distribuidoras; los monopolios industriales estratégicos; las empresas de electricidad, aeronavegación y comunicaciones; la refinería y distribución del petróleo y derivados; el cemento, la petroquímica y la química pesada; el papel y la celulosa.

Este era el programa inicial. Desde luego, en la gran minería del cobre, se llevó a su término la nacionalización iniciada por el gobierno demócrata cristiano, pero ella se extendió ahora a la totalidad, no solamente a la porción de acciones, y el sentido nacionalista impuso a la unanimidad del Congreso su aprobación. Pero, a diferencia de los procedimientos anteriores, no se pagó indemnización alguna, y ello provocó naturalmente la animadversión de los sectores capitalistas norteamericanos.

En materia de reforma agraria, el Gobierno Allende continuó aceleradamente las expropiaciones: en 1970 se habían expropiado 4.093,4 miles de hectáreas; en 1971, 2.025,8; entre enero y mayo de 1972, 2.359,3: es decir, en un año y medio, se había expropiado una cantidad aproximadamente igual a la del gobierno de Frei, que había iniciado el proceso en 1967. Debido, no solamente a las expropiaciones, sino a la toma de fundos, al aislamiento y ataques a las casas de hacienda, la inseguridad rural trajo consigo la caída vertical de la producción, subieron

los precios internos, y hubo que importar bienes de consumo agrícola y ganadero por valor de 263 millones de dólares en 1971 y 410 millones en 1972.¹³⁶ Las reformas agrarias entre 1960 y 1973, dice Markos J. Mamalakis, significaron una profunda redistribución de la tierra y eliminaron a la ya debilitada aristocracia rural; entre 1930 y 1973 se desató —continúa— una verdadera “psicosis del latifundio”, atribuyéndosele casi todos los males muy reales de Chile, y además los imaginarios; la preocupación por ello distrajo el cuidado por una política de precios y de formación de capital en esa rama de la producción.¹³⁷ En cuanto a las industrias, la aplicación de la frontera entre el sector social y el sector privado no pudo nunca trazarse con claridad; muchas pequeñas empresas, que no podían aumentar sus utilidades, llegaban a pedir ser nacionalizadas, pues no podían aumentar los salarios y debían mantener fijos los precios. Los problemas en la producción de alimentos y en las industrias alimenticias llegaron a un colmo. Stefan De Vylder, testigo nada sospechoso dice que, al fin, por combatir la anarquía del mercado, no hubo ni plan ni mercado.¹³⁸ Las tasas de la incontenible inflación llegaron, entre julio de 1972 y julio de 1973 a un 323,2%, ciertamente la más alta de la historia chilena.

Aunque existen buenos análisis de la política económica de este período, no ha ocurrido hasta ahora lo mismo sobre su política interna y sus relaciones internacionales, y es probable que las circunstancias del pronunciamiento del 11 de septiembre de 1973 hayan traído consigo la destrucción de los archivos de los partidos de gobierno, lo que impedirá tal vez el conocimiento más profundo que el que puede dar la prensa. La perspectiva general de esos años, sobre todo la del último, 1972-1973, es la de una guerra civil todavía no armada, pero catastrófica, análoga a los últimos meses de la República Española, antes de julio de 1936. Fue un reflejo de la guerra ideológica mundial entre concepciones irreconciliables: más que una guerra de clases, una lucha de pasiones, que destruyó para siempre la imagen convencional del Chile moderado y equilibrado.

Una tercera fase de lo que hemos llamado tentativamente “época de planificaciones” es la que se abrió con el movimiento militar del 11 de septiembre de 1973, la formación de una Junta formada por los Comandantes en Jefe del Ejército, Armada, Aviación y Carabineros, seguida en 1974 por la asunción del mando presidencial por el General Pinochet. La victo-

ria sobre el internacionalismo marxista-leninista y la toma del poder por las fuerzas que han sido la columna vertebral del Estado chileno pudo representar la reanudación de la idea de Estado Nacional.

Se inicia a partir de entonces una reestructuración general de la economía, de la sociedad y del poder estatal: en cierto modo una "revolución desde arriba", en la cual estamos todavía inmersos muy inmediatamente. Del régimen anterior ha subsistido una sola decisión importante, la nacionalización de las que entonces eran las únicas grandes minas de cobre, y que quedaron bajo la autoridad de la Corporación del Cobre (CODELCO), la más importante empresa industrial del país.

La Declaración de Principios del Gobierno de 1974, condenaba explícitamente el Marxismo y el estatismo en general, proclamaba el respeto por el Cristianismo y su concepción del hombre y de la sociedad, acentuaba "la tradición cristiana e hispánica", el Nacionalismo más como una actitud que como una ideología; marcaba la afirmación de comunidades tales como la familia y los cuerpos intermedios ("el poder social", "de origen hispánico", como decía textualmente el documento). Condenaba la atmósfera materialista de la actual civilización occidental ("las llamadas sociedades de consumo"). Reconocía los derechos naturales de la persona humana como superiores a los de la sociedad y el Estado, ya que aquélla —decía— es un ser substancial y éstos son seres accidentales de relación. (La Constitución de 1980 fue más allá: no solamente los derechos personales son superiores a los del Estado, sino "anteriores" al Estado. Es un término que produce cierta perplejidad teórica: se está acaso afirmando un estado de naturaleza aislada del hombre y un pacto social por el cual se funda el Estado, como en tantos jusnaturalistas racionalistas de los siglos XVII y XVIII?). En cuanto a la Declaración de Principios, no cabe duda de que extrae su inspiración del Tradicionalismo español y más generalmente, de la concepción tomista, en cuya virtud la finalidad suprema del Estado es la idea del Bien Común, que es más que la suma de intereses particulares; noción que ese Documento chileno define como "el conjunto de condiciones sociales que permite a todos y a cada uno de los chilenos alcanzar su plena realización personal".

Pero el principio verdaderamente operativo de la Declaración de Principios ha terminado por ser el "principio de subsidiariedad", en virtud del cual las sociedades o grupos mayores no deben absorber el ser mismo o las funciones que pueden ejercer

eficientemente los individuos o "los grupos intermedios". En el contexto de la Declaración, ello significaba proteger una concepción orgánica del Estado, que tiende a evitar la nivelación centralizadora.

Pero ese principio vino a ser, entre los discípulos de la escuela de Milton Friedman, "el principio" casi único. Este equipo logró la gran hazaña de reducir la hiperinflación de aproximadamente 600% recibida en 1973 a un 31,2% en 1980. Pero no se limitó a eso: desde el Ministerio de Hacienda y el de Economía, desde el Banco Central y el organismo central de planificación (ODEPLAN), y desde gran parte de los puestos claves de la administración pública, ha construido sistemáticamente un esquema que, primero parecía ser sólo dirigido contra el Estado empresario (remate de las empresas en que participaba la CORFO); pero que ha ido transformándose en siete u ocho años en una "revolución desde arriba", derivando francamente a una tendencia anti-estatal.

La idea cardinal del Chile Republicano es, históricamente considerado, que es el Estado el que ha ido configurando y afirmando la nacionalidad chilena a través de los siglos XIX y XX; y que la finalidad del Estado es el Bien Común en todas sus dimensiones: defensa nacional, justicia, educación, salud, fomento de la economía, protección a las actividades culturales, etc. Únicamente se detiene la competencia del Estado ante el núcleo interno del sacerdocio eclesiástico, ante el cual incluso el Regalismo, tan fuerte en el siglo XIX, siempre se detuvo. Ahora, en cambio, se expande la tendencia a la privatización y la convicción de que la "libertad económica" es la base de la libertad política y finalmente de toda libertad se enuncia por representantes del equipo económico, sin tomar el peso a la semejanza de este postulado con los de un Marxismo primario. Un ejemplo de aplicación de la noción mercantil de competencia a viejas instituciones es el de la Ley General de Universidades de 1980: una institución es repensada como empresa en competencia con otras empresas que pueden crearse con un criterio muy liberal; el aporte fiscal irá disminuyendo, y creciendo en cambio el autofinanciamiento por los alumnos, que pagarán el costo de la docencia posteriormente, durante el ejercicio de su profesión. La Universidad, siguiendo la tendencia mundial, atiende más a las profesiones científicas de modelo matemático-físico y biológico, que a las Humanidades.

En campos como la Previsión, los Correos, etc., entidades privadas entran también en competencia con los servicios estata-

les. Desaparece el papel mediador del Estado en los conflictos laborales: sus representantes en los tribunales de Conciliación y Arbitraje son sustituidos por árbitros profesionales designados por las partes. Desaparecen también los tribunales del Trabajo. El Código del Trabajo y buena parte de la legislación social forjada por los movimientos militares de 1924-1925 y la administración de Ibáñez ha quedado superada por el modelo neo-liberal.

Ciertas medidas sin relieve económico ponen más de manifiesto el criterio neoliberal. Así, el que la Constitución de 1980 haya suprimido el pasaje de la Constitución anterior según el cual "la educación pública es atención preferente del Estado", idea que venía de toda la tradición estatal, no solamente del Estado Republicano chileno. O también el principio corporativo de los Colegios Profesionales, eliminados como opuestos a la libertad de trabajo, y cuya jurisdicción ha sido entregado a la justicia ordinaria: el equipo económico repite así una idea de la Revolución Francesa, cristalizada en la célebre Ley de Chapelier de 1791.

Naturalmente, lo fundamental de esta política económica se ha producido en el campo específicamente económico. Se ha eliminado toda huella de "dirigismo estatal", para que funcione el mercado sin distorsiones. La más grave de esas distorsiones era, para esta política, el proteccionismo aduanero y los subsidios a ciertas ramas de la producción. Las industrias chilenas están ahora en el dilema de bajar sus costos de producción para competir con las mercadería importadas (cuyo arancel es uniforme y bajo), o bien desaparecer. La agricultura cerealista ha quedado perjudicada por ese criterio librecambista y cede terreno a producciones con mayores "ventajas comparativas" y que son exportables (maderas, frutas, "exportaciones no tradicionales", junto a derivados de la pesquería). Se ha roto así el cuasi-monopolio que de las exportaciones chilenas tenía el cobre (80% en 1974, 45,2% en 1980); pero el precio internacional del cobre sigue siendo un factor capital para el comercio chileno. La balanza de pagos y las reservas de divisas arrojan datos muy favorables, pero la balanza comercial y las cuentas corrientes de capital arrojan déficits grandes, a causa del excedente de las importaciones sobre las exportaciones y el pago de créditos externos para la producción y sobre todo para el mercado financiero chilenos. El tipo de cambio ha estado fijo en los últimos años, para acercar la inflación interna a la internacional, y llegar así a precios equivalentes; pero eso naturalmente pro-

duce un grave conflicto de intereses entre exportadores, que estiman que el dólar está muy bajo y favorece a los importadores y a la abundancia de importación de bienes diversos. La tasa global de crecimiento del Producto Geográfico Bruto fue de 8 a 8,5% entre 1976 y 1979, pero bajó a 6,5% en 1980 y tiende de nuevo a bajar a causa de la presente recesión internacional, que ha afectado gravemente a las exportaciones, tanto del cobre como a las "no tradicionales". En las décadas anteriores el promedio del crecimiento era de 3,7%.¹³⁹ El sector financiero, los bancos, financieras y administradoras de fondos previsionales, ha adquirido un enorme influjo dentro de la economía chilena. En cuanto al desempleo, muy grande desde la crisis de 1975 (más de 13%) ha ido descendiendo lentamente (en el Gran Santiago un 8% en 1980). Los salarios reales, según el ministro de Hacienda Sergio de Castro, han ido subiendo: en 1980 son 9,5% más que en 1979. El gasto Público se ha canalizado a la salud (la tasa de mortalidad infantil ha descendido) y a la educación Básica.¹⁴⁰ Pero hay que acotar que el aporte fiscal a las universidades se ha reducido constantemente, argumentándose que la universidad chilena sirve a 130 mil alumnos, y los grados medio y básico a 3 millones. El argumento es lamentable: en cosas culturales no se cuenta, sino que se pesa. La tradición occidental ha sido siempre la de que la educación irradia desde las universidades, que preparan las élites del país, hacia abajo. La concepción masiva hoy dominante dará un pueblo sin analfabetismo, pero infinitamente menos cultivado que el de 1940 ó 1970. No obstante últimamente se ha apoyado mucho la investigación científica y técnica.

Si los resultados de la política económica han sido, hasta ahora, positivos, sobre todo al reducir la inmensa inflación heredada —a costa, eso sí, de la ideade "Welfare State"— se muestran ya relegados al olvido ante el materialismo económico ambiente, por lo demás común a todo el mundo de masas. La planificación ha partido de cero, contrariando o prescindiendo de toda tradición, lo que siempre trae consigo revanchas culturales. El neoliberalismo no es, efectivamente, un fruto propio de nuestra sociedad, como en Inglaterra, Holanda o los Estados Unidos, sino una "revolución desde arriba", paradójicamente anti-estatal, en una nación formada por el Estado.

La civilización de masas en que nos vemos hoy involucrados significa, como lo ha escrito Jaspers, que la existencia se percibe como un aparato anónimo de "abastecimiento", en sentido amplio,¹⁴¹ de las masas, en producción racional mediante invenciones técnicas. De allí el predominio de los técnicos,

que resuelven esos problemas, en sus distintos niveles. Tal es el "régimen existencial" de hoy; pero, dice el mismo Jaspers, el hombre no puede convertirse en mera función de esa totalidad, no puede ingresar del todo en ese régimen. Ya al conocerlo, al saber que es sólo parte de una totalidad mayor, que abarca el todo del ser (das Umgreifende), al conocerse el hombre como ser-sí-mismo (das Selbstsein), puede llegar a la libertad y a la trascendencia, abrir nuevos caminos.¹⁴² Hay pues una posibilidad de escapar interiormente a la prepotencia reconocida del "aparato" del régimen de masas. Eso significa la verdadera libertad.

¿Es compatible el liberalismo como idea con la planificación de un sistema liberal en un país en el cual esa idea no está incorporada en la tradición? Friedrich von Hayek, al responder a una pregunta sobre su afinidad con el pensador liberal Karl Popper, dice terminantemente que no: "El problema es que no somos neoliberales. Quienes así se definen no son liberales, son socialistas. Somos liberales que tratamos de renovar, pero nos adherimos a la vieja tradición, que se puede mejorar, pero que no puede cambiarse en lo fundamental. Lo contrario es caer en el constructivismo racionalista, en la idea de que se puede construir una estructura social concebida intelectualmente por los hombres, e impuesta de acuerdo a un plan, sin tener en consideración los procesos culturales evolutivos". A continuación señala, con buen conocimiento de la historia latino-americana, que este constructivismo puede deberse en parte al influjo del Utilitarismo de Bentham y al Positivismo. Y de Friedman dice que se formó en una escuela donde se enseñaba que, puesto que hemos creado las instituciones, también las podemos cambiar cuando queramos.¹⁴³

Por último, Chile tiene un límite tal vez imposable frente a la ofensiva contra el Estado. Este país ha tenido que defender a lo largo de todo este siglo lo ganado territorialmente en el siglo pasado, frente a los países limítrofes. Esto requiere de una política exterior y de unas Fuerzas Armadas poderosas; se trata de un deber que está por encima de todo cálculo económico y de toda ideología individualista.

Si contemplamos en una mirada de conjunto el período que en Chile pensamos que se inicia en 1964, se percibe una diferencia muy fuerte con las décadas anteriores. A la política más empírica, a las combinaciones partidarias, a las tentativas de tratar el problema de la inflación desde puntos de vista puramente monetarios y fiscales, incluso a la tentativa de industria-

lización marcada por la Corfo —de largo alcance, pero parcial— sucede otro momento histórico, que denominamos “de las planificaciones globales”. El espíritu del tiempo tiende en todo el mundo a proponer utopías (o sea, grandes planificaciones) y a modelar conforme a ellas el futuro. Se quiere partir de cero, sin hacerse cargo ni de la idiosincracia de los pueblos ni de sus tradiciones nacionales o universales; la noción misma de tradición parece abolida por la utopía. En Chile la empresa parece tanto más fácil cuanto más frágil es la tradición. Se va produciendo una planetarización o mundialización, cuyo resorte último es técnico-económico-masivo, no un alma. Suceden en Chile, durante este período “acontecimientos” que el sentimiento histórico vivió como decisivos: así lo fue el 11 de Septiembre de 1973, en que el país salió libre de la órbita de dominación soviética. Pero la civilización mundial de masas marcó muy pronto su sello. La política gira entre opciones marxistas a opciones neoliberales, entre las cuales existe en el fondo “la coincidencia de los opuestos”, ya que ambas proceden de una misma raíz, el pensamiento revolucionario del siglo XVIII y de los comienzos del siglo XIX. Otras vías aparecen cerradas, como la que señala Solzhenitsyn, la mayor autoridad moral del mundo de hoy.

En la inacabable crisis del siglo XX, que puede ser mirada desde tan diversos ángulos, hemos querido señalar en este ensayo tan solamente una, la crisis de la idea de Estado en Chile: es decir, la de una noción capital para nuestro pueblo, ya que es el Estado el que ha dado forma a nuestra nacionalidad.

NOTAS

- ¹ Alonso de Góngora, Marmolejo, *Historia de Chile desde su descubrimiento hasta el año de 1575*, en "Colección de Historiadores de Chile", II, 1.
- ² William F. Sater, Arturo Prat, *secular saint. The heroic image in Chile*, (University of California Press, 1973).
- ³ Unamuno, en el prefacio a Luis Ross Mujica, *Más allá del Atlántico*, citado por Hernán Godoy Urzúa en "El pensamiento nacionalista en Chile a comienzos del siglo XX" ("Dilemas" 9, de XII-1973).
- ^{3bis} *Estudios y ensayos literarios*, 87-88) 1973.
- ⁴ La carta de Portales, en Ernesto de la Cruz (ed.), *Epistolario de Portales* III, 452-454.
- ⁵ F. A. Encina, *Historia de Chile*, XI, 493-494.
- ⁶ Raúl Silva Castro (ed.), *Cartas chilenas*, 18-21.
- ⁷ Citado por Fanor Velasco, *La Revolución de 1891. Memorias* (Santiago, 1914). 302-303.
- ⁸ Isidoro Errázuriz, *Juicio Político sobre don Diego Portales*, en Ernesto de la Cruz, *Epistolario* citado, II, 31 ss.
- ⁹ F. A. Encina, *Historia de Chile*, XI, 493-494.
- ¹⁰ Jaime Eyzaguirre, *Fisonomía histórica de Chile*, (Santiago, II ed., 1958, 110).
- ¹¹ Ernesto de la Cruz, ob. cit., cartas de Portales, en I, 377 y 386 ss.; II, 418-419, 270 ss.; III, 337 y 486.
- ¹² Las primeras cartas en Raúl Silva Castro (ed.), *Cartas chilenas*, 72 ss y 76-81 (las de Rengifo y Montt). La carta de Bello, citada por Manuel Salvat Monguillot, en *Andrés Bello integrado a la vida chilena*, en "El Mercurio" de 14 de febrero de 1981.
- ¹³ Ernesto de la Cruz, *Epistolario*, cit., I, 352-353.
- ¹⁴ Isidoro Errázuriz, en la obra citada en nota 8.
- ¹⁵ Sobre esta nueva capa de la clase alta, Fernando Silva Vargas, *Notas sobre la evolución empresarial chilena en el siglo XIX*, (en "Empresa Privada", por Fernando Durán y otros, Escuela de Negocios de Valparaíso, 73-103) y Julio Heise González, *Historia de Chile. El Régimen Parlamentario 1861-1925*, I, 164: mineros y banqueros extranjeros enriquecidos: nombra a Josué Waddington, Ricardo Price Evans, Ramón y Vicente Subercaseaux, José Santos Ossa, Agustín Edwards Ross, Pascual Baburizza, Juan Arnoldo Smitmans.
- ¹⁶ Sobre el Club de la Reforma, Patricio Estellé Méndez, *El Club de la Reforma de 1868-1871 (Historia, 9, 1970)*.
- ¹⁷ Ricardo Krebs Wilkens, *El pensamiento de la iglesia frente a la*

laicización del Estado de Chile 1875-1885, en "Catolicismo y Laicismo", (Santiago, 1981).

¹⁸ El discurso de Adolfo Ibáñez, citado literalmente, en parte, por Fanor Velasco, ob. cit., 388.

¹⁹ Las *Cartas políticas*, son una serie de artículos, publicados unos en "La Unión" de Valparaíso y otros en "La Libertad Electoral", ambas en 1886. Sobre su autoría, Eduardo de la Barra y otros, en la "Revista Chilena de Historia y Geografía", 120, 185-222.

²⁰ F. A. Encina, *Historia de Chile*, XX, 452-456. Sobre el conflicto "doctrinario" bajo Santa María, ver también *Cuatro Cartas Políticas de Domingo Santa María*, publicados por A. Santa María, ("Revista Chilena de Historia y Geografía", 119; *Cartas de don Domingo Santa María a don Domingo Gana*, publicadas por Jaime Eyzaguirre, (Boletín de la Academia Chilena de Historia, 1950, I); *Correspondencia recibida por don Exequiel Balmaceda Fernández, Encargado de Negocios de Chile ante la Santa Sede, entre julio de 1887 y febrero de 1889*, publicado por Adolfo Ibáñez S.M. (Historia 14, 1979); y en fin la obra colectiva dirigida por Ricardo Krebs citado en nota 17.

²¹ Ver la nota 14.

²² Hernán Ramírez Necochea, *Balmaceda y la contrarrevolución de 1891*, (Santiago, II edición, 1969).

²³ Harold Blakemore, *British Nitrates and Chilean Politics 1886-1876: Balmaceda and North*, (The Athlone Press of the University of London, 1974). Las citas de Balmaceda, de Domingo Godoy y de "La Nación", en Fanor Velasco, ob. cit. en nota 7 especialmente páginas 40, 51, 335, 383; Julio Bañados Espinoza, *Balmaceda, su Gobierno y la Revolución de 1891*, (Paris 1894, II, 73); Ricardo Salas Edwards, *Balmaceda y el Parlamentarismo en Chile*, (Santiago, 1916, I, 307-312: Bañados Espinoza habla en su diario del "meeting de los banqueros").

²⁴ El artículo de König, citado por Bañados Espinoza, ob. cit., II, 51.

²⁵ Joaquín Fernández Blanco, citado en Fanor Velasco, ob. cit., 302; Alfredo Ovalle Vicuña citado por Julio Heise González, ob. cit., en nota 15, 117. Las palabras del curso de Valentín Letelier en Bañados Espinoza, ob. cit., II, 53.

²⁶ "La Patria", 6 de marzo 1894, citado por Carmen Gloria Ochoa Moreno, "La Revolución de 1891. Un ideal de regeneración política, (Memoria inédita para recibir el título de Profesor de Estado, dirigida por Javier González Echeñique).

²⁷ Sobre el proyecto de Banco del Estado y la repulsión al socialismo del senador balmacedista Lauro Barros, Fanor Velasco, ob. cit., 119, 319.

²⁸ Ver Alberto Edwards, *La Fronda aristocrática*, los capítulos sobre la Guerra Civil.

²⁹ Carlos Oviedo Cavada, *La iglesia en la Revolución de 1891* (Historia, 14, 1979). Sobre el partidismo anti-balmacedista del clero, Fanor Velasco, ob. cit., en varios pasajes, por ejemplo, sobre Salvador Donoso. Entre ellos, el más notorio es el relato de cómo Balbontín, un gran abogado católico, que se resistía a plegarse a los revolucionarios

porque la Iglesia era opuesta a las revoluciones y por eso perdió buena parte de su clientela, hasta que su confesor lo convenció de lo contrario, con textos de doctores (páginas 389-390).

³⁰ Agustín Venturino, *Sociología chilena con comparaciones argentinas y mejicanas*, (Barcelona, 1929, 227-293). De la importancia del ferrocarril dice en 255-256: "En realidad, el ferrocarril es casi la historia, lo mejor de la incipiente y breve historia chilena, porque se relaciona con los esfuerzos e impulsos sociales más poderosos, con el nacimiento de la zona minera y de la zona salitrera y con el auge de la boscomaderera del Sur".

³¹ Ver nota 28.

³² C. G. Ochoa, citada en nota 26. Cecil Chellew Cáceres, *Esquema de la evolución política en el gobierno de don Jorge Montt*, *Escuela de Derecho de la Universidad Católica*, 1964, (inédito).

³³ Citado en C. G. Ochoa, *ob. cit.*, en nota 26; páginas 50-51.

³⁴ Manuel Rivas Vicuña, *Historia política y parlamentaria de Chile*, 3 vol., Santiago, 1964, (Ed. de la Biblioteca Nacional), I, 110 y 318.

³⁵ En Hernán Godoy Urzúa, *Estructura social de Chile*, Ed. Universitaria, 1971. El discurso de Mac-Iver "sobre la crisis moral de la República", en 283-291.

³⁶ Citado por Gonzalo Vial, *Historia de Chile 1891-1973*, (Santiago, Ed. Santillana del Pacífico, 1981, I, II, 616). Marcial Martínez, en *ibíd.*, 614. En general, todo el capítulo X, *El fracaso de un triunfo*, del libro de Vial, da una tremenda vista de conjunto sobre el régimen parlamentario.

³⁷ *Cartas inéditas de Miguel de Unamuno*, recopilación y prólogo de Sergio Fernández Larraín, Santiago 1965, 376.

³⁸ Juan Eduardo Vargas Cariola, "Notas sobre el pensamiento político de Pedro Montt", (en "Estudios de Historia de las instituciones políticas y sociales", de la Universidad de Chile, 2, 1967, 271-297).

³⁹ Citado por Fernando Silva Vargas, *Historia de Chile*, de Sergio Villalobos y otros (Ed. Universitaria, IV, 1974, 792).

⁴⁰ Ricardo Donoso, *Alessandri, agitador y demagogo*, (México, Fondo de Cultura Económica, 1952), I, 187.

⁴¹ Rivas Vicuña, *ob. cit.*, I, 294-298.

⁴² Ricardo Donoso, *ob. cit.*, I, 189-190.

⁴³ Rivas Vicuña, *ob. cit.*, I, 618-624 y 80. Gonzalo Vial, *ob. cit.*, II, 560: solamente Jorge Montt siguió estrictamente la política del "laissez faire" en política; "el segundo Errázuriz pretendió engañar a los engañadores, manipular Congreso y partidos con su cazarería de huaso colchagüino"; Barros Luco y Sanfuentes siguieron también esa política, pero sin su malicia.

⁴⁴ Gonzalo Vial, *ob. cit.*, II, 585-613.

⁴⁵ Fanor Velasco, *ob. cit.*, 26.

⁴⁶ Gonzalo Vial, *ob. cit.*, I, 408-420. (En 408 menciona el hecho de que Agustín Ross, agente de los revolucionarios de 1891 en Europa, haya atacado la empresa ferroviaria-salitrera de North, en un panfleto de

finés de 1891; es una seria objeción a la tesis generalizadora de Hernán Ramírez Necochea, en su obra cit. en nota 22).

47 Rivas Vicuña, ob. cit., I, 554-566.

48 Julio Heise González, *El caciquismo político en el período parlamentario*, (en "Homenaje a Guillermo Feliú Cruz"), Santiago, Ed. Andrés Bello, 1973).

49 Citado en Julio Heise González, ob. cit. en nota 15, páginas 151 y 159.

49bis Gonzalo Vial, ob. cit.; Hernán Godoy Urzúa, ob. cit. en nota 3; Cristián Gazmuri, "Testimonios de una crisis: Chile 1900-1925" (Fascículo del Consejo de Rectores, 1979).

50 I edición, 1904; II, en 1918 (con prólogo de su hermano Senén Palacios).

51 Carta a Ross Mujica de 25 de mayo de 1907, en la obra cit. en nota 37, páginas 381-382.

52 *El carácter chileno*, con estudio preliminar y selección de Hernán Godoy Urzúa (II edición, Ed. Universitaria, 1981), 304-311.

53 Ricardo Donoso, ob. cit., I, 182.

54 Zorobabel Rodríguez, *De nuestra inferioridad económica* (en "Revista Económica", 1886, 65-82 y 127-145). La referencia se halla en Sergio Villalobos R., *Historia del Pueblo Chileno* (Santiago, 1980), I, 39.

55 Guillermo Subercaseaux, *Estudios políticos de actualidad* (Santiago, 1915) y "Los ideales nacionalistas ante el doctrinarismo de nuestros Partidos políticos históricos" (Santiago, 1918).

56 Doctor J. Valdés Cange, *Sinceridad. Chile íntimo en 1910*, 1-3, 51.

57 Este lugar común ha sido impugnado por Gonzalo Vial, ob. cit., II, 428-439.

58 *Sinceridad*, 205.

59 En Hernán Godoy Urzúa, *Estructura Social de Chile*, 223-231.

60 Fanor Velasco, en la *Revista de Santiago* de 31 de agosto de 1872, citado por Hernán Ramírez Necochea, *Historia del movimiento obrero en Chile*, Santiago, s/f, 137. José Francisco Vergara, *Guerra del Pacífico. Memorias*, (Recopiladas por Fernando Ruz Trujillo, Ed. Andrés Bello, 1979), 25.

61 Fernando Silva Vargas, *Notas sobre el pensamiento social católico a fines del siglo XIX*, (Historia 4, cita en 241.242 a Zorobabel Rodríguez); Fernando Aliaga R. y Jorge Osorio V., *Del Ultramontanismo a la apertura nacional*, ("Mensaje", de 30 de junio de 1981).

62 Rivas Vicuña, ob. cit., I, 418-419; Gonzalo Vial, ob. cit., II, 503.

63 En Hernán Godoy Urzúa, *Estructura social de Chile*, 272-283. René Millar Carvacho, *Significado y antecedentes del movimiento militar de 1924* ("Historia", 11, 1972/1973, cita en página 16 este trozo de otro folleto de Letelier: "Los radicales debemos extirpar de nuestro espíritu la preocupación metafísica y revolucionaria que supone ser la libertad una panacea propia a curar todas las enfermedades del organismo social en todos los grados de su desarrollo").

64 Sobre la Convención Radical de 1906, Angel C. Espejo, *El Partido*

Radical, sus obras y sus hombres, Santiago 1912, 232/244, con las intervenciones de Mac-Iver y Letelier; Benjamín Vicuña Subercaseaux, *La Convención Radical. Informe presentado a la Asamblea Radical de Iquique*, ("El Mercurio", 20 enero 1906) y *El Socialismo revolucionario y la cuestión social en Europa*, (Santiago 1908, 262-267). Luis Galdames, *Valentín Letelier y su obra* (Santiago, 1937, 376-379).

⁶⁵ Valentín Letelier, *Génesis del Estado y de las instituciones fundamentales*, (Buenos Aires 1917, I, 9/10 y 696/697).

⁶⁶ Gonzalo Vial, ob. cit., II, capítulo XV, con bibliografía. Julio César Jobet, *Los precursores del pensamiento social en Chile*, (Santiago, 1956). Jorge Barría S. *El movimiento obrero en Chile*, (Santiago, 1971). Gonzalo Izquierdo, *Octubre de 1905. Un episodio en la historia social chilena*, (Historia, 13, 1978).

⁶⁷ Pedro León Loyola L., *Hechos e Ideas de un Profesor*, (Santiago, 1966).

⁶⁸ Sobre él, Carlos Vicuña Fuentes, *La tiranía en Chile*, I, 56-59. Según esas páginas, Yáñez fue repudiado como candidato presidencial en 1915, por los oligarcas de su propio Partido. A propósito de la rancia aristocracia chilena, tiene Vicuña Fuentes un pasaje panfletario divertido, al estilo de las enumeraciones de caballeros en el "Quijote", (I, 60): "Ahí están, como en una justa, en los salones del Club de la Unión, los Errázuriz numerosos y tercios, los Ovalles campanudos y los austeros y secos Valdeses, los afables y elegantes del Río, los Lyon agusanados y huecos, los Amunátegui acomodaticios y fofos, los testarudos y codiciosos Echeñiques, los linajudos y variados Figueroas, los vacíos y solemnes Tocornales y tantos y tantos otros... Cuatro caballeros, ni uno más, decidieron en 1861 que don Antonio Varas no tenía *calidades*—esto es, prosapia— para ser Presidente y ungieron candidato a don Joaquín Pérez, que era casi un desconocido". Según Vicuña Fuentes, la misma palabra *calidades* usaron los jefes liberales para anunciar a Yáñez su negativa. Sobre Yáñez, ver también Rivas Vicuña, ob. cit., I, 546-548.

⁶⁹ Pedro León Loyola, ob. cit., 42.

⁷⁰ Vicuña Fuentes, ob. cit., I, 93-94.

⁷¹ Rivas Vicuña, ob. cit., I, 143-144, 458 y passim; II, III Parte. Vicuña Fuentes ob. cit., I, 37-40.

⁷² Vicuña Fuentes, I, 116-117.

⁷³ Vicuña Fuentes, en *Babel* 28, junio-julio 1945; Laín Diez, en *Babel* 40, julio-agosto 1947.

⁷⁴ Noticia que debo a la gentileza de Hugo Ramírez.

⁷⁵ En la Convención de 1920 de la Alianza Liberal, cuando se propuso a MacIver como primer nombre de candidato, Santiago Labarca, "un joven pálido, de aspecto enfermizo y lleno de energía febril", dijo que las tradiciones y por consiguiente los hombres tradicionales habían hecho ya su época y que debieran relegarse al sitio en que sólo deben inspirar respeto y agradecimiento; pero que de ningún modo podríamos apegarnos a ellos cuando se trata de rehacer el país. "En esta obra

no hay sino un hombre al cual deben mirar los chilenos, el señor Alessandri”, (Vicuña Fuentes, ob. cit., I, 3).

⁷⁶ Sobre Alessandri, aparte de sus propios *Recuerdos de Gobierno* (3 tomos, Santiago, Nascimento, 1967) y Armando Donoso, *Conversaciones con don Arturo Alessandri* (de diciembre 1921) (Santiago, Ercilla, 1934). Ricardo Donoso, *Alessandri. Agitador y Demagogo*, (Fondo de Cultura Económica, 1952, 2 tomos). Nicolás Cruz. 1891-1918, *El nacimiento de un líder político* (en “7 Ensayos sobre Arturo Alessandri Palma”, de Claudio Orrego V. y otros, Instituto Chileno de Estudios Humanísticos, Santiago, 1979). Sol Serrano, *Arturo Alessandri y la campaña electoral* (en *ibíd.*).

⁷⁷ Rivas Vicuña, ob. cit., I, 89. Ricardo Couyoumdjian, *El Mercado del salitre durante la I Guerra Mundial y la Postguerra*, (*Historia*, 12, 1974-1975).

⁷⁸ *Vicuña Fuentes, I, 118-119.*

⁷⁹ *El discurso de Pablo Ramírez, el 16 de julio de 1924, en General Enrique Monreal Historia Completa y Documentada del Período Revolucionario 1924-1925* (Santiago 1927, 234-236).

⁸⁰ *Vicuña Fuentes, ob. cit., I, 155-156.*

⁸¹ General Carlos Sáez Morales, *Recuerdos de un soldado* (Santiago, Ercilla, 1933, I, 125).

⁸² Las frases de Ibáñez en Luis Correa Prieto, *El Presidente Ibáñez. La Política y los Políticos*, (Santiago, 1962, 65-67).

⁸³ Gonzalo Vial, ob. cit., II, 689, 693-694.

⁸⁴ Monreal, ob. cit., 39-44. General Arturo Ahumada, *El Ejército y la Revolución del 5 de septiembre de 1924. Reminiscencias*, (Santiago, 1931), 5-29, 53-54. General Sáez, ob. cit., I, 17-37. Sobre el complot de Armstrong, Ricardo Donoso, ob. cit., I, 227-239.

⁸⁵ General Sáez, ob. cit., I, 64.

⁸⁶ A esas fuentes y al trabajo de R. Donoso hay que agregar el artículo de René Millar Carvacho, citado en nota 63.

⁸⁷ General Sáez, ob. cit., I, 84-85.

⁸⁸ General Juan Pablo Bennett A., *La Revolución del 5 de septiembre de 1924*, (Santiago, s/f, capítulos I al IV).

⁸⁹ Citado por Ernesto Würth Rojas, “Ibáñez, caudillo enigmático”, (Santiago, Editorial del Pacífico, 1958, 57-58).

⁹⁰ En la obra del General Bennett, citada en nota 88, 103-105.

⁹¹ Todo ello muy documentado en Monreal, ob. cit., en nota 79, II Parte.

⁹² General Sáez, ob. cit., 16-18.

⁹³ Ricardo Donoso, ob. cit., I, 437-438.

⁹⁴ General Sáez, ob. cit., II, 35. Vicuña Fuentes, ob. cit., II, 24, 79. Correa Prieto, ob. cit., 115.

^{94bis} Monreal, ob. cit., 181-183.

⁹⁵ Correa Prieto, ob. cit., 82, 106.

⁹⁶ Tal vez vale la pena citar los 20 nombres que uno de los señalados como “gestores y políticos peligrosos” por Acción, proponía en el número 5, para que de entre estos nombres, consagrados como ínte-

gros, se formara un tribunal de honor que juzgara sobre los cargos hechos por el diario: Crescente Errázuriz, Alejandro Fierro, Augusto Villanueva, Ismael Tocornal, Alberto González Errázuriz, Pedro Bannen, Luis Barros Borgoño, Luis Dávila Larraín, Arturo Lyon Peña, José Alfonso, Guillermo Edwards Garriga, Miguel Letelier, Joaquín Larraín Alcalde, Gustavo Walker, Roberto Sánchez García de la Huerta, Abraham del Río, Guillermo Edwards Matte, Aquiles Vergara, Santiago Labarca, Guillermo Pérez de Arce.

97 Würt, en nota citada en nota 89, 112. General Sáez, ob. cit., II, 47.

98 Correa Prieto, ob. cit., 137. Vicuña Fuentes, ob. cit., I, 131-133.

99 General Sáez, ob. cit., II, 65-66.

100 Los votantes inscritos eran 302.142. Votó el 82% de los inscritos en las elecciones del 22 de mayo. Por Ibáñez, 222.139; dispersos, 8.077 ("El Mercurio" de 23 de mayo).

101 Vicuña Fuentes, ob. cit., tomo II. Correa Prieto, ob. cit., 151, Ricardo Donoso, ob. cit., tomo II.

102 René Millar Carvacho, ob. cit., 75. Alessandri, *Recuerdos de Gobierno*, II, 17. Monreal, ob. cit., 293 y 336. General Ahumada, ob. cit., 53-54. General Bennett, ob. cit., 122 y 193-194.

103 Monreal, ob. cit., 438-441. General Sáez, ob. cit., II, 35.

104 Publica esta carta a Mons. Casanueva Teresa Pereira Larraín, *El pensamiento de una generación de historiadores hispanoamericanos: Alberto Edwards, Ernesto Quesada, Laureano Vallenilla*, (Historia 15, 1980, 335-337).

105 Correa Prieto, ob. cit., 151.

106 Aquiles Vergara Vicuña, *Ibáñez, César criollo*, (Santiago, 2 tomos, 1931).

107 Un buen resumen de la labor administrativa y de la política económica de Ibáñez, en Fernando Silva Vargas, *Historia de Chile*, (ed. por Sergio Villalobos y otros, tomo IV, 911 ss.). Sobre la COSACH, Arturo Alessandri, *Recuerdos de Gobierno*, III, 28-29.

108 General Sáez, ob. cit., II, 144.

109 Joaquín Fermandois, *Chile y la "cuestión cubana" en 1959-1964* (inédito).

110 Jaime Eyzaguirre, *Chile durante el Gobierno de Errázuriz Echaurren*, (Santiago, Zig Zag, 1956, 90).

111 Jaime Eyzaguirre, ob. cit., 93-94, 95, 101-105, 181-247, 263-268.

112 Zeballos, ex canciller y publicista argentino, en un discurso de diciembre de 1901, cuando se discutía la nacionalidad del Seno de Ultima Esperanza, dice: "Si Chile busca la solución en las batallas, tendremos que aceptarlo... para eliminar de una vez por todas la industria bárbara de la guerra, que hace 30 años explota impunemente la Moneda". Chile quedará reducido "a lo que es su forma en el mapa, a una vaina", (cit. en Germán Riesco, *Presidencia de Riesco 1901-1906*, (Santiago, Nascimento, 1950, 188). Ya Góngora Marmolejo comparaba Chile a una vaina de espada (ver nota 1).

113 Jaime Eyzaguirre, ob. cit., 105, 183, 226-227.

114 Germán Riesco, ob. cit., 226-232.

- 115 Germán Riesco, ob. cit., 222-225.
- 116 Jaime Eyzaguirre, ob. cit., 167-173 y 288-298.
- 117 Frederick B. Pike, *Chile and the United States 1880-1962*, (University of Notre Dame Press, 1963, 81-146). Ya el 5 de febrero 1892, Gonzalo Bulnes escribía al Ministerio de Relaciones Exteriores: "Ahora que Chile ha escapado de la intervención de los Estados Unidos por el asunto del 'Baltimore' por la política de conciliación, debe construir su futura fuerza acimentando sus lazos con Europa. El futuro de Sudamérica está en Europa" (ib. 85).
- 118 Pike, ob. cit., 148-154: oposición del ABC al Pacto Hemisférico de Wilson, que incluía entre otras cosas un arbitraje obligatorio.
- 119 Pike, ob. cit., 214-223. Ricardo Donoso, ob. cit., I, capítulo XVI. Arturo Alessandri, *Recuerdos de Gobierno*, tomo I.
- 120 Conrado Ríos Gallardo, *Chile y Perú. Los pactos de 1929*, (Santiago, 1959).
- 121 Gonzalo Vial, ob. cit., I, 323.
- 121bis Ob. cit. en nota 77.
- 122 Carlos Charlín O., *Del avión rojo a la República Socialista*, (Santiago, 1970, 392-497).
- 123 Carlos Charlín O., ob. cit., 526-786.
- 124 La exposición que aquí se hace del Gobierno Dávila se basa en la documentación dada por la prensa. Ricardo Donoso le dedica solamente en ob. cit., II, 108-115. Alfredo Guillermo Bravo, *El Festín de los audaces*, (Santiago, 1932). Ramón Vergara Montero, *Por rutas extravías*, (Santiago, 1933).
- 125 La Nación, 20 julio 1932.
- 126 Firman el manifiesto Antonio Morales, Guillermo Labatut, Carlos Arias, Eduardo Medina, Bartolomé Ramírez, Carlos Contreras Sepúlveda, Armando Fontaine, Eduardo Meza, Carlos Vergara Bravo, Emilio Morales Delpiano, Ismael Canessa, Eduardo Morales, Ignacio Matte, Francisco Castillo, Guillermo Hurtado Cruchaga, René Honorato, Antonio Cifuentes Grez, Clotario Blest, Ignacio Palma Vicuña, y Ramón Pineda. Antes que este fugaz Partido, hubo otros grupos social-cristianos: La Unión de Centros de la Juventud católica, presidida en los años 20 por Clotario Blest; un semanario "Justicia Social", en 1922; la "Unión Social Católica", que edita en 1925 "Unión Social". Se destacan también, en esta tendencia, los diputados conservadores Bartolomé Palacios, Emilio Tizzoni, Jaime Larraín G. M.
- 127 Los focos de la renovación juvenil católica fueron la Acción Católica Universitaria, dirigida por Oscar Larson y la revista "Estudios", dirigida por Jaime Eyzaguirre (ver la "Bibliografía General de la Revista Estudios, Ed. de la Biblioteca Nacional, 1969). Entre los grupos católicos juveniles hacia 1930-1945, podemos citar, en el campo intelectual, a Clarence Finlayson, Armando Roa, Rafael Gandolfo, Jaime Eyzaguirre y (cercano a ellos, aunque no coetáneo) Osvaldo Lira; al escritor Roque Esteban Scarpa; a los políticos Manuel Garretón, Eduardo Frei, Bernardo Leighton, Ignacio Palma, Jorge Prat y Jaime Castillo. La figura religiosa más alta floreciente en esos años fue Juan

Salas Infante. En otros campos, los poetas Eduardo Anguita, Braulio Arenas y el grupo Mandrágora, el pintor Roberta Matta, el escritor Miguel Serrano. Félix Schwartzmann, Jorge Millas, Luis Oyarzún; el político Raúl Ampuero. Entre los jóvenes investigadores de entonces, Joaquín Luco (Biología) y Néstor Meza (Historia). En otras áreas, la figura del arquitecto Juan Borchers, el poeta Godofredo Iommi, los arquitectos Alberto Cruz Covarrubias e Isidro Suárez. Los grandes profesores y promotores de la Universidad Eduardo Cruz-Coke y Juan Gómez Millas nacen hacia 1900, pero florecen en ella, hasta 1945 el primero, y hasta 1980 el segundo.

¹²⁸ Bernardino Bravo Lira, *Régimen de Gobierno y Partidos Políticos en Chile 1924-1973*, (Santiago, 1978).

¹²⁹ Debo las informaciones y criterio de este último párrafo al profesor Jorge Marshall Silva.

¹³⁰ Fernando Silva Vargas, ob. cit., en nota 107.

¹³¹ La literatura chilena sobre desarrollo y "subdesarrollo" es ya vasta: nombremos tan sólo a Aníbal Pinto, Osvaldo Sunkel, Eduardo Hamuy, Jorge Ahumada, etc. (Ver textos en Hernán Godoy Urzúa, ob. cit., en nota 59, capítulo V). Ernesto Tironi, *El comercio exterior en el desarrollo chileno: una interpretación*, (en Roberto Zahler y otros "Chile 1940-1975", Santiago 1975) plantea en el capítulo "Estrategias y políticas de comercio exterior" una interesante periodificación de las políticas de desarrollo desde 1930 a 1975, basado en la terminología de "desarrollo hacia afuera" y "desarrollo hacia adentro", que usa básicamente A. Pinto en *Chile, un caso de desarrollo frustrado*, (Santiago, 1962).

¹³² Sobre la CEPAL: Fernando Moreno, *La integración Latino Americana (Instituto chileno de Estudios Humanísticos)*, Santiago 1978, 92-106).

¹³³ Sergio Molina, *El proceso de cambio en Chile. La experiencia 1965-1970*, (Santiago, Editorial Universitaria, 1972). Paul E. Sigmund, *The overthrow of Allende and the Politics of Chile 1964-1976*, (University of Pittsburg Press, 1977, 33-60). Ricardo Ffrench-Davis, *Políticas económicas de Chile 1952-1970*, (Santiago, 1973, I Parte, III). Tendencioso en contra, Stefen De Vylder, *Allende's Chile*, (1974, 1976 trad. al inglés en "Cambridge University Press, capítulo "The Christians Democrats "Révolution in Freedom").

¹³⁴ En Hernán Godoy Urzúa, ob. cit., en nota 59, 587-588.

¹³⁵ Joan E. Garcés, *El Estado y los problemas tácticos en el gobierno de Allende*, (Siglo XXI, 1974).

¹³⁶ Stefan De Vylder, ob. cit., en nota 133.

¹³⁷ Markos J. Mamalakis, *The growth and structure of the Chilean Economy: from Independence to Allende*, (Yale University Press, 1976, 348).

¹³⁸ Stefan De Vylder, ob. cit., en nota 133, 153.

¹³⁹ Sergio Molina, ob. cit., en nota 133, 41.

¹⁴⁰ Declaraciones del Ministro de Hacienda Sergio De Castro, "El Mercurio", 31 de mayo 1981. Para la política económica del Gobierno

Pinochet me han sido sumamente útiles las conversaciones con Jorge Marshall Silva.

141 Lo traducido por "abastecimientos" es en el original alemán "Versorgung".

142 Karl Jaspers, *Die geistige Situation der Zeit* (Götschen 1000, Berlin 1955. La traducción española en Editorial Labor traduce incorrectamente por "Ambiente espiritual de nuestro tiempo").

143 El Mercurio de 19 de abril 1981. Entrevista a Hayek de Lucía Santa Cruz.

SUMARIO

<i>Prefacio</i>	5
El Estado Nacional Chileno del siglo XIX	7
<i>Chile, Tierra de Guerra</i>	7
<i>El "Estado Portaliano". Revisión de un concepto</i>	12
<i>El fin del régimen portaliano</i>	17
La República aristocrática y la autocrítica de Chile	29
<i>Una política fantasmal</i>	29
<i>La crítica nacionalista</i>	34
<i>La crítica social y la "cuestión social"</i>	39
<i>La rebeldía juvenil universitaria y la generación del año 20</i>	46
El tiempo de los caudillos (1920-1932)	57
<i>Alessandri</i>	57
<i>Ibáñez y Alessandri (1924-1925)</i>	62
<i>Ibáñez</i>	75
<i>Posiciones frente a los problemas internacionales desde 1891</i>	88
<i>El caudillismo en los años 1931-1932</i>	97
Apéndice: " <i>Balance Patriótico</i> " de Vicente Huidobro .	113
Esbozo de una caracterización del período 1932-1980	121
1932-1964: <i>Régimen presidencial con alianzas de Partidos</i>	121
1964-1980: <i>La época de las planificaciones globales</i> ...	126
Notas	139